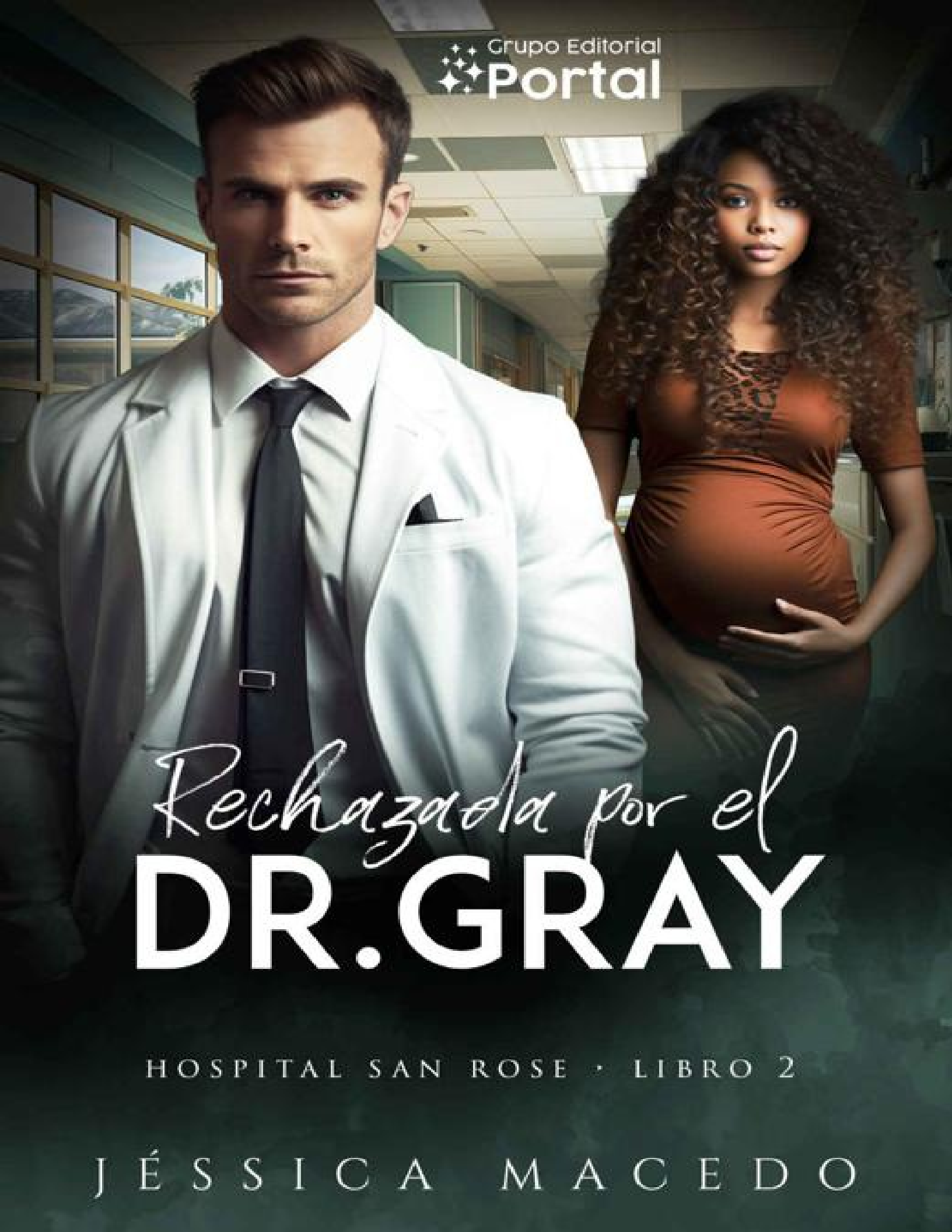

Grupo Editorial
Portal
Rechazada por el
DR. GRAY
HOSPITAL SAN ROSE · LIBRO 2
JÉSSICA MACEDO

JÉSSICA MACEDO

Rechazada por el DR. GRAY

HOSPITAL SAN ROSE · LIBRO 2

Grupo Editorial Portal

Copyright ©2024Jéssica Macedo

Todos los derechos reservados. Está prohibido almacenar o reproducir cualquier parte de esta obra —física o electrónica —sin autorización previa de la autora. La violación de los derechos de autor es un delito tipificado en la Ley nº 9.610/98 y sancionado en el artículo 184 del Código Penal.

Portada y diseño

Jéssica Macedo

Consulte

Sonia Carvalho

Traductor

Matías San Miguel

Esta es una obra de ficción. Se han utilizado nombres de personas, acontecimientos y lugares que existen o que existieron realmente en algún momento de la historia para ambientar la escena. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

Resumen

Sinopsis
Prólogo
Capítulo uno
Capítulo dos
Capítulo tres
Capítulo cuatro
Capítulo cinco
Capítulo seis
Capítulo siete
Capítulo ocho
Capítulo nueve
Capítulo diez
Capítulo once
Capítulo doce
Capítulo trece
Capítulo catorce
Capítulo quince
Capítulo dieciséis
Capítulo diecisiete
Capítulo diecocho
Capítulo diecinueve
Capítulo veinte
Capítulo veintiuno
Capítulo veintidós
Capítulo veintitrés
Capítulo veinticuatro
Capítulo veinticinco
Capítulo veintiséis
Capítulo veintisiete
Capítulo veintiocho
Capítulo veintinueve
Capítulo treinta
Capítulo treinta y uno
Capítulo treinta y dos
Capítulo treinta y tres
Capítulo treinta y cuatro
Capítulo treinta y cinco

Capítulo treinta y seis
Capítulo treinta y siete
Capítulo treinta y ocho
Capítulo treinta y nueve
Capítulo cuarenta
Capítulo cuarenta y uno
Capítulo cuarenta y dos
Capítulo cuarenta y tres
Capítulo cuarenta y cuatro
Capítulo cuarenta y cinco
Capítulo cuarenta y seis
Capítulo cuarenta y siete
Capítulo cuarenta y ocho
Capítulo cuarenta y nueve
Capítulo cincuenta
Capítulo cincuenta y uno
Capítulo cincuenta y dos
Capítulo cincuenta y tres
Capítulo cincuenta y cuatro
Capítulo cincuenta y cinco
Capítulo cincuenta y seis
Capítulo cincuenta y siete
Capítulo cincuenta y ocho
Epílogo
El autor
Lea también:
Redes sociales (del editor)

Sinopsis

Guapo, arrogante y lo bastante rico como para actuar como si fuera el dueño del mundo, el doctor Gray era odiado por la enfermera Yasmin Jackson.

Ivan Gray es un neurocirujano de renombre y heredero del hospital San Rose. Soltero empedernido y mujeriego, a diferencia de su hermano gemelo, nunca había pensado en comprometerse con nadie.

Yasmin Jackson es una enfermera dedicada que trabaja en uno de los hospitales más grandes de Miami. Es amable y querida por todo el personal y los pacientes, pero no soportaba tener que lidiar con el heredero prepotente del hospital. No quería asistir a un cóctel elegante de inversionistas, pero su supervisora insistió en que la acompañara. Después de unas copas de más, la tensión sexual entre ella y el doctor Gray estalló.

Al día siguiente, ambos prefirieron fingir que nada había pasado, pero fue imposible cuando Yasmin descubrió que estaba embarazada. Ivan decidió no creerle y rechazó la posibilidad de que el bebé fuera suyo.

Para mi lectora Maria Yasmin ❤



Ivan

GRAY

Prólogo

Me palpitaba la cabeza y luché por abrir los ojos mientras me revolvía en la cama cuando me despertó el pitido de mi buscapersonas. Sentí un brazo femenino estirarse sobre mi rostro y rodé un poco hacia un lado, evitando por poco caerme de la pequeña cama individual.

—¡Ay! —Oí un grito agudo cuando ella saltó y se golpeó la cabeza con la litera de arriba —. ¿Qué haces aquí?

—Yasmin... —Parpadeé al ver a la enfermera desnuda a mi lado.

—¡¿Qué estamos haciendo aquí?! —Me froté los ojos, intentando deshacerme de la jaqueca que me taladraba la cabeza—. ¡Fuera de aquí! —Me empujó de la cama, casi haciéndome caer al suelo.

—¿Qué haces, loca? —Me levanté tambaleándome y por poco no me golpeo contra la litera del otro lado de la habitación.

—No sé qué haces aquí, doctor arrogante, pero es mejor que te largues. —Cuando se levantó, me di cuenta de sus pechos desnudos.

Yasmin también miró hacia abajo y sus mejillas se sonrojaron de inmediato mientras agarraba la sábana y tiraba de ella hacia arriba, cubriéndose el cuerpo.

—Sospecho lo que pasó... —Una sonrisa maliciosa apareció en mis labios, pero se desvaneció en cuanto el cojín me golpeó de lleno.

—¡Fuera de aquí!

—Este es mi hospital, ¿sabes? No puedes echarme de esta manera.

Apretó los dientes, resoplando como un perro furioso, y salió de la cama, aún envuelta en la sábana, hasta que sacó un delantal que yacía en la litera superior y se cubrió con él. Rápidamente recogió las bragas y el vestido que estaban en el suelo y se los metió en el bolsillo, saliendo de la sala de descanso tan rápido como pudo.

¿Habíamos tenido sexo los dos?

No recordaba nada de lo que había pasado la noche anterior.



Yasmin
JACKSON

Capítulo uno

24 horas antes...

—¿Vas a ir hoy a la fiesta? —me preguntó Jolie, mi amiga y compañera de trabajo, mientras caminábamos codo con codo por el pasillo del hospital al comienzo de nuestro turno.

—¿Fiesta? —Levanté las cejas sin recordar, mientras acomodaba mi identificación que estaba al revés.

—La inauguración de la nueva ala de oncología. Dicen que habrá cóctel, champaña y un buffet de lujo para los inversionistas.

—Como si el personal estuviera invitado a este tipo de fiestas —refunfuñé mientras me detenía ante la enfermería.

—No eres una empleada cualquiera —me recordó Jolie—. Eres una de las jefas de enfermería del hospital.

—Esto me recuerda que tengo aún más trabajo que hacer. —Entré en la enfermería y abrí el ordenador, leyendo la información sobre los pacientes hospitalizados y fijándome en las recetas médicas de cada uno de ellos.

—¿Ya tomaron los signos vitales y cambiaron los vendajes del 1206?

—Todavía no —respondió Kathy, una técnica de enfermería que estaba de guardia con nosotros.

—¿Quieres que vaya allí? —preguntó Jolie.

—No, voy para allá. Quiero comprobar sus fluidos y ver si su acceso venoso ha dejado de volver. En mi último turno estaba perdiendo sangre.

—De acuerdo.

Tomé la pequeña estación móvil con el medidor de presión y la oximetría, arrastrándola hasta la habitación del paciente. Toqué la puerta antes de entrar y me encontré con el señor Dickens, retorciéndose en la cama para alcanzar un control remoto que se había caído al suelo.

—¿Qué está haciendo, señor Dickens? —lo regañé mientras corría a recoger el control y se lo entregaba.

—¡Ah, gracias, señorita!

—No puedes hacer eso, imagínate si te caes o se te abren los puntos. —Cerré los ojos, reprochándole—. ¿Dónde está su hijo? Debería estar aquí con usted.

—Fue a comprar algo al bar y dijo que volvería enseguida.

—¿No podía esperarlo?

—Quería cambiar de canal —dijo en voz baja, avergonzado, lo que me hizo sonreírle al señor mayor.

—¿Me promete que la próxima vez esperará a que su hijo regrese?

Me miró fijamente hasta que movió la cabeza afirmativamente, asintiendo tras mi petición.

El señor Dickens era un hombre de sesenta y cinco años que había sido sometido a un procedimiento de embolización de un aneurisma para prevenir un derrame cerebral. Tendría que permanecer otras 48 horas en el hospital bajo observación tras la cirugía.

Tenía muchas posibilidades de recuperarse, por no hablar de que le había operado el mejor de Miami, o al menos eso decía el doctor Gray. Si era tan bueno, no podía confirmarlo, pero no me cabía duda de que era el hombre más arrogante de todo el hospital.

—Hola, enfermera Jackson. —El hijo del paciente entró en la habitación mientras le tomaba la tensión y le comprobaba el pulso.

—Tiene que estar más pendiente de su padre —le advertí.

—¿Qué ha hecho esta vez? —Miró a su padre con reproche.

—Casi se cae de la cama intentando recoger el control remoto del televisor.

—¡Papá!

—Le prometí a la hermosa enfermera que no lo volvería a hacer.

—¡Bien hecho! —Le guiñé un ojo.

Terminé de medir los signos del paciente, que eran los esperados, y los anoté en su historial. Luego cambié la bolsa de suero por una nueva.

—Estaré en la enfermería, si me necesita, llámeme.

—¡Que tenga buen día! —El paciente me saludó con la mano y yo le devolví el gesto al salir del cuarto, sin darme cuenta que choqué contra el pecho de un médico.

Levanté la cabeza cuando le oí resollar y mis ojos se encontraron con unos marrones llenos de la más profunda arrogancia.

—Mire por dónde va, enfermera —murmuró.

—Lo siento, doctor —dije con un sabor amargo.

—Apártate de mi camino.

—¡Claro que sí! —Empujé el carrito y por poco no lo pisé.

Reconozco que me hubiera encantado atropellarlo, aunque eso me hubiera podido costar el puesto de trabajo.

Todavía estaba bufando cuando regresé al puesto de enfermería, lo que llamó la atención de Jolie y Kathy.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Jolie.

—¡Él maldito pasó! —Apreté los dientes.

—¿Él maldito? —Kathy estaba confusa.

Antes de que pudiera contestar, vieron al doctor Gray pasar por delante de la sala de enfermeras y dirigirse al ascensor, sin tener la decencia de detenerse a saludar o dar los buenos días.

—¡Ah! —murmuró Kathy.

—¿Todavía hay tensiones entre ustedes? —Jolie se inclinó sobre el mostrador, estirando el cuello justo a tiempo para ver al médico entrar en el ascensor.

—¿Tensiones? ¡Es un imbécil! —solté, todavía más enfurecida.

—Sabes que puede echarte, ¿verdad? —comentó Kathy—. Su familia es la dueña del hospital.

—¡Que me despida! Abuso de poder no sería una sorpresa viniendo de un tipo como él. Es la perfecta definición de "se cree el rey del mundo".

—Dicen que su hermano es más simpático —dijo Jolie, recordándome que el doctor arrogante tenía un hermano gemelo.

—¡Eso es puro cuento! —bufé—. Sólo dicen eso porque conviven menos con él. Menos mal que no es médico, o estaríamos jodidas. Sabemos que el doctor papá tampoco es mucho mejor.

—Tienes razón.

—Sí... —suspiré.

El San Rose era el hospital de los Gray, y teníamos que lidiar con ellos porque era parte del trabajo. Lo que no significaba que lo hiciera bien. Prefería mucho más los días en los que mis turnos no coincidían con los de él.



Ivan

GRAY

Capítulo dos

—¿Has recogido tu traje de la tintorería? —preguntó Ian cuando quedamos para comer aquel día.

—¿Traje? —Alcé las cejas mientras tomaba los cubiertos junto a mi plato en el restaurante del hospital.

—Sí.

—¿Para qué?

—¿Te olvidaste que vamos a inaugurar la nueva ala de oncología? Habrá una fiesta para los inversionistas, y como un Gray, tienes que estar allí.

—¿De verdad?

Ian torció los labios y yo sonreí forzado.

—Tengo una operación en dos horas, no tengo tiempo para buscar mi traje.

—Me encargaré de eso.

—¡Genial! —Clavé el tenedor en un poco de brócoli y me lo llevé a la boca.

—Lis preguntaba por su tío.

—Estuve ocupado este fin de semana.

—¿Con qué? Por lo que sé, estabas fuera de servicio.

—Asuntos personales. —Solté una risita y mi hermano gemelo movió la cabeza negativamente.

—¿Mujeres? —supuso.

—El casado aquí eres tú. Menos mal que la locura no es hereditaria.

—Tampoco la falta de vergüenza.

—¿De qué están hablando? —nos interrumpió nuestro padre al acercarse a la mesa y sentarse con nosotros.

—De la apertura de la sala de oncología —dijo Ian, ignorando el hecho de que estábamos discutiendo la forma en que llevamos nuestra vida sexual y amorosa.

Si el deseo de casarse y ser padre se repartiera en el vientre, Ian se lo habría llevado todo. Desde que conoció a Priscilla, estaba decidido a pasar su vida con ella; solo había postergado esa idea porque pensaba que ella lo había engañado. A mí, por otro lado, no me preocupaba ese tema. Después de todo, no hay traición si no hay relación.

Lo único con lo que estaba comprometido era con mi profesión y mi vocación de seguir los pasos de mi familia y convertirme en médico como mi padre y mi abuelo.

—Tu madre me volvió loco con esa fiesta... —refunfuñó nuestro padre.

—¿Por qué? —preguntó Ian—. Ni siquiera se involucra en ninguna de las organizaciones del hospital.

—Por un vestido. No sabía qué ponerse.

—¿Lo dices en serio? —Ian se quedó boquiabierto.

Mi padre asintió.

—¿Ves? Por eso sigo soltero. —Me encogí de hombros.

Mi hermano movió la cabeza negativamente y mi padre se rió antes de cortar su trozo de carne.



Yasmin
JACKSON

Capítulo tres

Dejé escapar un largo y profundo suspiro al ver en mi reloj la hora en que llegaba el nuevo equipo de enfermeras para su siguiente turno.

—Me voy a casa a dormir en el sofá con un buen pote de helado —le dije a Jolie, que ya estaba recogiendo sus cosas.

—No, no lo harás. —Oí una voz detrás de mí y giré sobre mis talones para mirar a Kendra.

Era una señora de casi sesenta años con muchísima experiencia en enfermería, tan esencial para ese hospital que era la jefa general del área, responsable de todo el personal. Había sido mi mentora desde que entré en el San Rose.

—¿A qué te refieres?

—Necesito que te quedes, Yasmin.

—¿Quieres que haga doble turno? No, estoy tan cansada...

—No —me interrumpió—. Te vienes conmigo a la fiesta.

—No... No... No... —Agité las manos en señal de negación—. ¡Estoy fuera de eso! Es una reunión de ricos y médicos arrogantes.

—¿Cómo quiere que recuerden a las enfermeras si no les mostramos que existimos?

—Hay docenas de enfermeras en este hospital, Kendra. ¿Por qué no eliges a otra? —Me crucé de brazos.

—Porque eres mi pupila.

—Por favor... —refunfuñé como una niña intentando convencer a sus padres de no hacer la tarea.

—Te necesito.

—No somos la élite hospitalaria.

—Pero somos fundamentales para que siga funcionando.

Abrí la boca, pero no me dejó decir nada más.

Kendra no solo era mi jefa, sino la persona a la que más admiraba y que me había enseñado todo lo que sabía cuando me incorporé al hospital hacía tres años como recién graduada en enfermería.

—Ni siquiera tengo un vestido... —Esa era mi última carta bajo la manga.

—Ya pensé en todo.

—¿Estás bromeando?

Ella negó con la cabeza y sonrió.

¡Mierda!

Incliné la cabeza hacia adelante, rindiéndome, y escuché a Jolie soltar una risita, burlándose de mi desgracia.

No había a quien quisiera evitar más que a la junta directiva de ese hospital, encabezada por el señor Gray, que estaba compuesta por los mayores especialistas en sus áreas, incluido el hijo de Gray. Médicos que se creían dioses.

Seguro que todos estarían en esa fiesta. Al menos la doctora Clark, la jefa de oncología, solía ser amable y no trataba a los enfermeros como si fuéramos simples subordinados, a diferencia de la mayoría.

Seguí a Kendra hasta el vestuario y, cuando llegué, me dio un precioso vestido azul y forcé una sonrisa más grande. Quería parecer agradecida, pero estaba furiosa. Dejar mi sofá y mi pote de helado para ir a esa fiesta era lo peor que me podía pasar.



Ivan

GRAY

Capítulo cuatro

Ni siquiera tuve tiempo de ir a casa, tenía que ducharme en el hospital y cambiarme para la fiesta que se iba a celebrar con motivo de la inauguración de la nueva planta de oncología. No era la primera vez que ocurría algo así, lo que no significaba que yo fuera el mayor fan. Sin embargo, mi hermano tenía razón: como Gray, tenía que estar allí y, además, el hospital dependía de los inversores y, sobre todo, de las grandes donaciones para seguir funcionando.

La reforma en oncología se había logrado principalmente gracias a una donación millonaria de una familia adinerada de Miami, cuyo hijo de cinco años fue curado de un delicado cáncer óseo bajo los cuidados de la doctora Clark.

En aquel hospital ocurrían milagros todos los días y los médicos éramos responsables de ellos.

—Tienes la corbata torcida —refunfuñó mi madre mientras se inclinaba sobre mí y la enderezaba.

—Mamá...

—Ya está.

Puse los ojos en blanco e Ian rió suavemente.

Mi hermano gemelo iba del brazo con su mujer cuando entramos en la sala de oncología, donde los camareros servían champán a los invitados.

—¡Ahí están! —dijo un miembro del consejo de administración del hospital y uno de los principales inversores—. La familia que hace posible la magia en este hospital.

Por suerte, era mi hermano quien lidiaba con esos imbéciles. Yo prefería operar cerebros que tratar con números, ricos e inversores. Él pensaba que se había librado de ser médico, pero a veces creo que los retos como presidente del hospital eran aún mayores.

—Bell —Mi hermano le saludó.

—Gray.

Mientras ellos conversaban, me escabullí hacia los médicos con quienes me sentía más a gusto. Tomé una copa de champaña y me detuve frente a Cristine Clark, la jefa de oncología del hospital, quien lucía radiante en un vestido verde y con el cabello perfectamente arreglado.

—¡Felicidades! Tienes un ala nueva solo para ti.

—No habría sido posible sin tu hermano. —Dejó el vaso vacío en la bandeja de un camarero y se giró hacia mí.

—En realidad, es gracias a la donación millonaria de los Vargas. Un punto más para ti por salvarle la vida a su hijo.

—¿Bajándole la moral a Cristine? —Mason Foster se acercó a nosotros.

—¿Desde cuándo Iván Gray adula a alguien? —bromeó Jeremy Donovan.

El primero era cirujano cardiotorácico y el segundo, cirujano plástico. Nosotros cuatro éramos los mayores especialistas del hospital, junto con mi padre, cirujano general, y nos encargábamos de los casos más complejos.

Había otros médicos por debajo de nosotros, de otras especialidades, pero nosotros éramos el plato fuerte del San Rose, los médicos que atraíamos a pacientes de todo Estados Unidos e incluso del mundo.

Con esa nueva sala de oncología, sin duda recibiríamos aún más pacientes en busca de tratamiento para sus tumores.

—Solo está celebrando más cerebros para que los opere. —Cristine se rió.

—No lo digamos en voz alta —dije.

Además de mi propia madre, Cristine era la mujer con la que más tiempo pasaba sin haberme involucrado personalmente. Ambos habíamos estudiado medicina juntos y ella se inscribió en el programa de residencia del San Rose, aprendiendo de mi padre. Luego, pasó algunos años en California especializándose en oncología antes de regresar a trabajar con nosotros.

—Como si no tuviera ya suficientes pacientes —dijo Jeremy.

—No más que las putas vanidosas que quieren que les levantes las tetas.

—Tetas, culos, arrugas... entran como brujas a mi consultorio y salen como princesas.

—¡Jeremy! —le reprendió Cristine—. ¡Cálmate un poco!

—No hay nadie escuchando. —Se encogió de hombros—. Además, es mi sector el que más dinero gana en este hospital. Mis manos valen doscientos millones de dólares.

—Tú levantas pechos mientras los demás salvamos vidas... —Mason habló, pero se detuvo a mitad de frase, como si algo más hubiera captado su atención—. ¿Esa no es la enfermera temperamental junto a la jefa de enfermería?

Giré sobre mis talones y vi entrar a Yasmin con Kendra.

Después de haberme topado con ella por la mañana cuando fui a ver a un paciente, no esperaba volver a verla en esa fiesta.

La enfermera llevaba un precioso vestido azul ajustado, que resaltaba su piel negra y hacía que sus ojos negros brillaran, pero noté un destello de furia en ellos cuando nuestras miradas se cruzaron por una fracción de segundo.

—Parece que la categoría del evento ha bajado —soltó el cirujano cardíaco.

—Pobrecita, me cae bien —murmuró Cristine.

—¿Y a ti quién no te cae bien? —preguntó Jeremy.

—Solo creo que ustedes son demasiado duros con el resto del equipo —continuó la oncóloga—. No tiene sentido tanta persecución. Dependemos de ellos para hacer nuestro trabajo.

—Solo estamos haciendo lo nuestro —aseguró Mason.

—Exacto —concordé mientras tomaba otra copa de champaña.



Yasmin
JACKSON

Capítulo cinco

Sabía que no debía estar allí.

Ese ambiente me incomodaba tanto que sentí cómo el aire se volvía pesado en cuanto entré en el área de oncología y vi a los médicos del equipo. Iván Gray no era el único imbécil que se creía dios en el San Rose. El Olimpo incluía al doctor Foster, el doctor Donovan y la doctora Clarck, pero, sin duda, quien lo regía eran los Gray.

—Creo que será mejor que me vaya... —Intenté volver por el pasillo que nos había llevado hasta allí, pero Kendra me sujetó por la cintura y me hizo quedarme quieta.

—No irás a ninguna parte.

—Mira a esos tipos —refunfuñé.

—Son médicos, como si no trataras con ellos todo el tiempo.

—Porque no tengo otra opción.

—Pues entonces piénsalo de esa manera.

—¿Me estás obligando? —Fruncí el ceño sorprendida.

—Si tiene que ser así, sí.

—¡Kendra!

—Relájate, Yasmin. —Me entregó una copa de champán—. Pueden pensar que son mejores que nosotras, pero sabemos que no es así.

—Saberlo no cambia nada —resoplé.

—Por supuesto que sí. Nos motiva cada día.

—Kendra, no deberíamos estar aquí.

—No solo deberíamos, sino que vamos a quedarnos.

—¿Es una orden?

Asintió con la cabeza.

—Recordaré esto en mi jubilación.

—Me alegro de irme yo primero. —Me dio una ligera palmada en la espalda mientras bebía un sorbo de champán.

Vamos, Yasmin, solo unas horas en este circo y podrás irte a casa.

Kendra saludó a la doctora encargada de obstetricia del hospital y pronto se distrajo hablando con otros profesionales. Yo, mientras tanto, me sentía cada vez más fuera de lugar en ese ambiente. Aparte de los médicos del hospital y las personas adineradas de Miami, yo era la única enfermera presente. Ni los técnicos ni otros empleados con rangos más bajos en la jerarquía del hospital eran invitados a eventos como ese.

Tomé otra copa de champán y me la bebí de un trago.

¿Qué hago realmente aquí? Me preguntaba mientras veía pasar a la gente de un lado a otro como si yo no existiera, igual que todos los días en el hospital.

¿Dónde está mi pote de helado?

Tomé una copa de champán y me deslicé a un pasillo vacío, donde me sentía menos sofocada por el ego de todos aquellos médicos.

—Ah, ¿qué haces aquí?

Me di la vuelta al oír su voz.

—Seguro que no estoy buscándote a ti —respondí con el pecho en alto, poniendo las manos en la cintura para enfrentarme al doctor arrogancia en persona.

—No imaginé que habría personal de enfermería aquí.

—Créeme, yo tampoco quería estar.

—Entonces, ¿por qué viniste?

—Kendra me arrastró.

—¿La directora?

—Sí... Impresionante que ni su nombre recuerdes.

—Hay muchos empleados.

—Por supuesto —resoplé, dejando claro que no me tragaba su excusa.

—¿Qué estás diciendo? —Hinchó el pecho.

—Nada —murmuré—. Ni siquiera debería estar aquí. —Di un paso tambaleante hacia adelante y me di cuenta de que tal vez había bebido más de la cuenta sin haber comido nada, lo que hizo que el alcohol me subiera rápido.

Me sostuvo, sorprendiéndome, antes de que me diera de cara contra el suelo.

—¡Eh!

—¡Suéltame!

—Acabo de evitar que te cayeras, loca.

—¿Loca yo? —fruncí el ceño, irritada.

—Sí —se burló de mí, y gruñí.

Podría perder el trabajo por esto, pero antes de darme cuenta, ya le estaba golpeando el pecho a Iván con ambas manos, empujándolo hacia atrás. Sin embargo, el doctor reaccionó, agarrándome la muñeca y mirándome fijamente.

Habíamos tenido tantos roces desde que comencé a trabajar en ese hospital que parecía como si todo se acumulase en ese instante. Nuestros ojos se quedaron clavados el uno en el otro, intenté zafarme una vez más, pero en lugar de soltarme, el maldito médico se inclinó hacia mí y, cuando me di cuenta, ya nos estábamos besando.



Ivan

GRAY

Capítulo seis

De todas las mujeres en ese hospital, la enfermera Jackson era con quien menos debía involucrarme. Éramos enemigos ocultos, siempre teníamos roces, como si el hecho de que yo fuera el heredero de ese lugar le molestara.

Ella era molesta y no sabía ubicarse en su lugar, lo cual hacía que solo verla me hirviera la sangre. Probablemente fue ese impulso de rabia lo que me llevó a inclinarme hacia ella y unir nuestros labios.

Me jactaba de ser un conquistador, coleccionaba aventuras y no me importaba ninguna mujer. No tenía planes de casarme y formar una familia como había hecho mi hermano gemelo. Me parecía una tontería por parte de Ian, pero Yasmin Jackson no era alguien que yo quisiera agregar a mi lista de conquistas. Teníamos que vernos casi a diario, y sabía que eso podría empeorar la situación. Sin embargo, aun así, mi lengua se entrelazaba con la suya, con sabor a champán.

Había bebido demasiado, no solo yo sino también ella, y ésa era la única razón plausible para que yo la besara y Yasmin me correspondiera.

Mis manos recorrieron las curvas generosas de su cuerpo mientras sus dedos se aferraban al cuello de mi camisa.

Por suerte, todas las personas en ese piso estaban concentradas en el evento y nadie nos vio cuando la arrastré por el pasillo hasta la sala de descanso y cerré la puerta.

Nos detuvimos en la sala de descanso, con dos literas, donde los médicos y otros profesionales echaban una siesta o dos, sobre todo en los turnos de noche, en los que el cansancio siempre se apoderaba de nosotros.

Mordisqueé su regordete labio inferior y me aparté brevemente mientras nos mirábamos.

Parecía ser el último instante en que alguno de los dos podía echarse atrás y evitar que todo sucediera, pero en lugar de eso, la enfermera aferró con más fuerza las solapas de mi saco y

volvimos a besarnos.

Cerré la puerta y la empujé contra la madera mientras mis manos volvían a recorrer su cuerpo. Sin duda, se veía mucho más sexy en ese vestido ajustado que con el uniforme de enfermera y la bata amplia con la que la veía a diario.

Apreté uno de sus pechos con la mano, mientras con la otra bajaba más, alrededor de su cintura y hasta su culo grande y redondo. Ella soltó un gemido bajo, que yo amortigué con los labios, enroscando mi lengua en la suya y haciendo que el beso fuera aún más ardiente y hambriento.

Sus suaves manos subieron por mis hombros y clavaron sus uñas en la tela de mi ropa mientras le subía el vestido y le bajaba las bragas, tocándola directamente, sintiendo su vulva suave y cada vez más húmeda mientras la estimulaba.

Yasmin abrió un poco más las piernas y yo le introduje un dedo, penetrándola al mismo tiempo que la enfermera me besaba aún más hambrienta. Era como si todos nuestros desacuerdos y disputas se hubieran convertido en una intensa combustión de excitación.

Nunca había comprendido tan bien lo que era "pensar con la cabeza equivocada" hasta ese momento, cuando mi verga palpitaba dentro de los pantalones y nada podía detener el deseo que me consumía.

Tiré aún más fuerte de sus bragas y cayeron a sus pies, descansando sobre sus zapatos mientras la daba la vuelta y la dejaba de cara a la puerta. El hambre que sentía en mi interior se hizo aún más intenso cuando le recogí el pelo rizado y le mordisqueé la nuca.

Observé cómo sus uñas, pintadas de azul, arañaban la puerta cuando le mordisqueaba la oreja, mientras mis manos bajaban la cremallera de su vestido y tiraban de él hacia abajo.

La dejé desnuda, mordiéndole y besándole la espalda antes de desabrocharme el cinturón del pantalón. Solo me di cuenta de que ya estaba penetrándola cuando sentí su culo rebotar sobre mí y percibí las deliciosas contracciones de su canal.

—Shhh... —reprendí, con la boca en su oreja, cuando soltó un gemido un poco más fuerte.

No quería que nadie sospechara lo que hacíamos allí.

Apreté su espalda con mi pecho mientras le agarraba el culo y me movía aún más rápido.

Si había algún sentido de la racionalidad que me impidiera mantener relaciones sexuales con la enfermera, ya era demasiado tarde para que se manifestara, porque en aquel momento lo único que me movía era el instinto incontrolable que me llevaba al orgasmo.

Apreté aún más su suave culo y ella me apretó con su canal, haciendo que no pudiera contenerme. El orgasmo llegó rápida e intensamente, dejándome sin aliento y jadeando, pero ella aún no estaba satisfecha y se frotó contra mí hasta que volvimos a empezar.



Yasmin
JACKSON

Capítulo siete

El crujir de la cama, seguido del pitido de un buscapersonas, me despertó. Me di cuenta de que había un cuerpo firme y grande a mi lado.

Pronto me di cuenta de que tenía resaca cuando me empezó a palpitar la cabeza. Desde luego, bebí mucho más de lo que debía.

Estiré el brazo, dándome cuenta de la diminuta cama individual que compartía con él.

Él...

¿Qué demonios hacía ese doctor arrogante aquí?

—¡Ah! ¿Qué haces aquí? —grité con fuerza.

—Yasmin... —Pareció tardar un poco en procesar que era yo la que estaba a su lado—. ¿Qué estamos haciendo aquí?

—¡Fuera de aquí! —Le empujé de la cama, casi haciéndole caer al suelo.

—¿Qué haces, loca? —Se levantó tambaleándose y por poco no se golpea contra la litera del otro lado de la habitación.

—No sé qué hace aquí, doctor arrogancia, pero será mejor que se vaya. —Cuando me levanté, me di cuenta de mis pechos desnudos.

Miré hacia abajo y mis mejillas se sonrojaron de inmediato mientras retiraba la sábana que cubría mi cuerpo.

—Sospecho lo que pasó... —Una sonrisa maliciosa apareció en sus labios, pero conseguí borrarla lanzándole una almohada.

—¡Fuera de aquí! —gruñí.

—Este es mi hospital. No puedes echarme así.

Apreté los dientes, resoplando, era obvio que aquel idiota me lo iba a echar en cara.

¿Cómo pude dejar que pasara algo así?

Me deslicé fuera de la cama, aún envuelta en la sábana, hasta que tomé una bata que estaba en la cama de arriba y me la puse. Rápidamente, recogí mi ropa interior y el vestido tirados por ahí y los metí en el bolsillo, saliendo de la sala de descanso lo más rápido que pude.

Poco a poco, entre el dolor de cabeza causado por la resaca, empecé a recordar lo que había pasado la noche anterior. Encontrarme con Iván en el pasillo... El beso... El sexo...

Los destellos en mi cabeza eran cada vez más intensos y me dejaban más avergonzada.

¡Mierda!

Entré en uno de los baños y me puse las bragas y el vestido, pero volví a abotonar la bata, intentando ocultar que había pasado la noche en el hospital. Después, me apoyé sobre la mesa, echando un poco de agua en mi rostro, tratando de arreglar el cabello despeinado, con los rizos descontrolados.

Si alguien sospechaba que había tenido sexo con Iván Gray, estaba perdida. Ya estaba metida en problemas por haberme involucrado con ese idiota. No nos llevábamos bien antes, y dudaba que después de esto la situación mejorara.

Salí del baño cuando una paciente entró y me dirigí al ascensor. Intentaba esconderme lo más posible, pero el ascensor se detuvo en un piso y Jolie entró empujando una camilla con un paciente, acompañada de una mujer que debía ser la familiar.

—¿Ya has llegado? —me preguntó al verme, pero en cuanto me miró de cerca, se dio cuenta de que aún llevaba puesto el vestido—. O mejor dicho, parece que ni siquiera te fuiste a tu casa.

—Eh... —Sonreí nerviosamente.

—Debió haber sido una gran fiesta.

—¡Oh!

¡Habla en serio!

Me sentía tan incómoda que ya pensaba que todos en el hospital sabían que había estado

con el neurocirujano.

Me sentí aliviada cuando Jolie salió del ascensor unos pisos más abajo y esperé no toparme con ninguna otra cara conocida hasta llegar a la recepción.

Mi turno solo empezaba por la tarde y esperaba poder recomponerme y encontrar alguna expresión que no delatara que había tenido sexo con el médico más idiota de ese hospital.



Ivan

GRAY

Capítulo ocho

—¡Guau! ¡Qué rápido llegaste! —comentó Cristine cuando entré a su consultorio tras recibir su mensaje en el buscapersonas.

Di algunos pasos y ella entrecerró los ojos, dándose cuenta de que aún llevaba el traje de la noche anterior.

—Parece que ni siquiera saliste del hospital. Eso sí es estar verdaderamente enamorado de este lugar.

—Tuve un paciente que necesitaba de mis cuidados —mentí descaradamente. Era mucho mejor que confesarle que había estado con una de las enfermeras y pasado la noche en una de las salas de descanso.

—Entonces, por eso te fuiste sin despedirte.

—¿Qué necesitas? —Cambié de tema antes de que me sacara información que no quería revelar.

Aún me dolía un poco la cabeza, a pesar de haber tomado café sin azúcar antes de llegar a su despacho. Sin embargo, tras esa breve amnesia, podía recordar con claridad todo lo que había sucedido la noche anterior.

No es como si nunca hubiera estado involucrado con alguna empleada del hospital antes, pero Yasmin debería estar en la lista de mujeres de las que debería mantenerme alejado.

—Tengo un paciente que quisiera que evaluaras. Es una mujer de treinta y cinco años, joven, saludable, hace ejercicio...

—¿Pero tiene un tumor?

—Sí. —Bajó la mirada, lamentándose.

—Sabes que le puede pasar a cualquiera

—Pero es mucho peor cuando los pacientes tienen toda la vida por delante.

—Hacemos lo que podemos.

—Quisiera que siempre fuera suficiente.

—Eres demasiado soñadora, Cristine, y no todo es siempre tan sencillo.

—Mi madre me dijo que enfrentaría muchos desafíos cuando decidí ser médica como ella.

—Ojalá la mía hubiera sido tan generosa. —Solté una risa.

La madre de Cristine era cirujana general en Miami, al igual que mi padre, y aunque nunca había trabajado en San Rose, oía mucho sobre ella a través de su hija.

—Dime que puedes operar. —Miré varias imágenes de tomografías.

Lo analicé durante unos instantes antes de dar una opinión sincera.

—¿Así? Ni de broma. Podría afectar el área motora de la paciente y, a pesar de que es joven, dudo que quiera seguir viviendo sin el control de su propio cuerpo.

—¿Y si obtenemos resultados con la quimioterapia?

—Si el tumor se reduce a la mitad, podríamos tener una oportunidad.

—Eso ya es algo.

—Inicia el tratamiento y esperemos que su estado mejore.

—Gracias, Iván.

—La próxima ronda la pagas tú.

—No hay problema.

Saludé con la mano y salí de su despacho.

Aunque Cristine era la mejor oncóloga que conocía, los casos delicados como el del cerebro siempre acababan en mis manos. A veces, sin embargo, incluso con toda mi habilidad, no había ninguna posibilidad de recuperación.

Si operaba a la paciente tal y como estaba, había muchas posibilidades de condenarla a un

terrible final de vida, pero con suerte, la quimioterapia podría darle algunas probabilidades más.



Yasmin
JACKSON

Capítulo nueve

Nunca sentí tanta vergüenza de pisar ese hospital como la tarde después de la fiesta. Juro que si no dependiera tanto de ese trabajo, nunca más volvería allí.

Cuando oía a otras personas culpar a la bebida de cometer una locura, pensaba que era lo más ridículo del mundo, hasta que pasé por ello.

¿Cómo podría?

De todos los médicos de ese hospital con los que podría haber tenido la idiotez de involucrarme, Iván Gray debería haber sido el último. Para acostarme con él, realmente tenía que estar fuera de mis cabales.

¡No! ¡De ninguna manera! ¡No puede ser!

Podía negarlo todo lo que quisiera, pero había sucedido. Algo dentro de mí me decía que esta historia no acabaría bien. Quizás debería organizar mi traslado a otro hospital antes de que fuera demasiado tarde y no pudiera contar con una buena carta de recomendación.

Kendra me llenaría de preguntas sobre la repentina necesidad de dejar San Rose, pero encontraría una buena excusa, cualquier cosa mínimamente convincente para salir de allí y comenzar de nuevo en otro lugar. Ganar la confianza de nuevos colegas de trabajo parecía mucho más sencillo que seguir lidiando con Iván después de eso. Si el idiota ya era arrogante antes...

Atravesé la puerta con la cabeza gacha y solo la levanté cuando recibí un *buenos días,* pero no me di cuenta de dónde venía. En cuanto mi credencial permitió la entrada, me dirigí directamente al elevador, mientras deseaba no encontrarme con ese médico.

Sinceramente, no quería ver a Jolie ni a nadie que pudiera hacerme preguntas.

—¡Buenas tardes, Yasmin! —me saludaron al llegar al puesto de enfermería del área de cirugía y solté un suspiro de alivio al darme cuenta de que mis compañeras en ese turno eran novatas.

—Buenas tardes, voy a cambiarme en el vestuario y vuelvo enseguida —dije mientras me dirigía al pasillo.

Tal vez el hecho de que ellas estuvieran allí, y no Kathy y Jolie, era una señal de que la suerte estaba un poco de mi lado.

Ese pensamiento no duró mucho, porque en cuanto giré hacia el pasillo, me topé con él... Me quedé paralizada, completamente inmóvil mientras Iván Gray caminaba hacia mí. Mis pulmones ni siquiera se movieron, conteniendo la respiración durante lo que me pareció una eternidad.

Durante los pocos segundos que tardó en pasar junto a mí, Iván ni me miró, notó o dijo alguna palabra. Fue como si no estuviera allí, como si fuera invisible o ni siquiera existiera. El médico simplemente giró en la esquina como si hubiera pasado junto a un jarrón.

¿Qué?

Lo seguí con la mirada hasta que desapareció de mi vista.

El imbécil ni siquiera me dio las buenas tardes ni me dijo que teníamos que olvidar lo que había pasado, se limitó a actuar como si yo ni siquiera existiera.

¿Qué estaba esperando?

¿Qué quería?

Discutir con él por la estúpida y tonta decisión de haber perdido el buen juicio y haber terminado acostándonos no sería la mejor opción.

¿Entonces la solución era esa? ¿Fingir que nada había pasado y seguir con nuestras vidas normalmente?

—¿Yasmin?

Me sobresalté y me di la vuelta al ver a Kendra en el pasillo.

—Ho... Hola. —Sonreí.

—Te he estado buscando desde ayer. ¿Te escapaste de la fiesta?

Sonreí de nuevo, pensando qué decir, porque cualquiera de mis excusas sonaría terriblemente mala en ese momento.

—Sé que no era un ambiente en el que te sintieras cómoda, pero ahí estaban las personas que deciden el futuro del hospital y necesitamos recordarles que los enfermeros existen y son cruciales para el cuidado de los pacientes.

—Tienes toda la razón.

—¿Va todo bien? —Se inclinó hacia mí, mirándome más de cerca.

—¿Por qué no debería de estarlo? —Intenté sonreír, pero estoy segura de que me quedó una mueca bizarra que solo me delató aún más.

—Estás un poco pálida.

—¿De verdad?

Ella asintió.

—Debe ser solo tu impresión.

Siguió analizándome con el rabillo del ojo hasta que sentí vibrar mi buscapersonas.

—Tengo que irme. —Me alivió tener una excusa para escapar de aquella desconcertante conversación.

En el fondo, estaba muerta de miedo de acabar confesándole lo que había pasado entre el doctor Gray y yo. Incluso había pensado en pedirle una carta de recomendación para cambiarme de hospital, pero creí que era mejor simplemente escapar de allí.

—Que tengas un buen día.

—Gracias, igualmente.

Continué por el pasillo, controlando mis pasos para no salir corriendo.



Ivan

GRAY

Capítulo diez

—¡Tío Iván! —Lis vino corriendo hacia mí cuando entré en la habitación de mi hermano y se colgó de mi abrigo, llamando mi atención sus ojos tan claros como los de su madre.

—¡Hola, bebé!

—¡Bebé, no!

—Tiene dos años y un mes —dijo mi hermano levantándose de la silla y caminando hacia mí—. Ya es una niña.

—¡Ah, claro! —Sonreí con una sonrisa forzada. Contuve un "me da igual" para no irritar a mi gemelo—. ¿Qué hace ella aquí? ¿Día de traer a la hija al trabajo?

—Tiene cita con la pediatra, así que le dije a Priscilla que la cuidaría.

—¿Está enferma? —Volví a mirar a la niña y ella me devolvió la mirada. El hecho de que su padre y yo tuviéramos la misma cara la confundía un poco, aunque lleváramos barbas y cortes de pelo diferentes.

—No. —Ian acarició la cabeza de su hija—. Solo es una consulta de rutina para verificar su salud.

—¡Qué bien! —Nos quedamos mirándonos hasta que fui directo al grano—. Espero que no me hayas llamado aquí para que sea la niñera, ¿verdad? Esa vocación es toda tuya.

—¡Oh, no! —Ian se echó a reír—. Estaría loco si dejara a mi hija contigo.

—Bien hecho.

—Quería contarte ayer, pero estábamos muy ocupados con el cóctel y cuando la gente comenzó a irse, tú desapareciste.

—Fui a ver a un paciente. —Estaba contando esa mentira tantas veces que hasta yo empezaba a creerme.

—Entiendo...

—¿Y qué querías decirme? —Descrucé los brazos en una postura más receptiva.

—Priscilla y yo vamos a tener otro bebé. Está embarazada de cuatro semanas, lo supimos hace unos tres días.

—Ah... ¡felicidades!

—Podrías mostrar un poco más de emoción, por favor.

—Ahora que dejaron de cambiar pañales, van a empezar todo de nuevo. Qué bueno...

—¡Es maravilloso!

—Si tú lo dices... —refunfuñé.

—¿No puedes al menos una vez estar feliz por mí?

—Vas a tener otro hijo y estás feliz por ello, así que yo estoy feliz porque tú estás feliz.

—¿En serio? —Frunció el ceño como si no se hubiera tomado en serio lo que le había dicho.

—Eres mi hermano gemelo. Quiero verte feliz, incluso si eso significa estar casado y rodeado de niños pequeños corriendo detrás de ti.

—¿Niños pequeños? —Comenzó a reírse a carcajadas.

—Eso es lo que veo cada vez que paso por el pasillo de pediatría.

Ian movió la cabeza negativamente y se inclinó hacia delante, poniéndome la mano en el hombro y haciendo que volviera a mirarlo.

—Cuando tengas a tus hijos, te darás cuenta de que es un amor como no hay otro en el mundo.

—Menos mal que no tengo ninguna intención de tener hijos.

—¿Y quieres morir solo?

Pensé que su pregunta era un poco exagerada, pero respondí como si no fuera para tanto.

—Tengo a ti y a tus niños. —Desordené el suave cabello de mi sobrina, lo que hizo que me mirara con un gesto feo.

—Quizás no sea suficiente. —Acercó a su hija y ajustó el moño de su pelo liso, castaño claro.

—Es suficiente —le aseguré.

—Entonces todo está bien.

—¿Eso es todo? —pregunté mirando mi teléfono. Tenía dos pacientes que visitar antes de volver a casa.

—Sí. Nos reuniremos el viernes por la noche para celebrarlo y quiero que estés allí.

—Puedes contar conmigo. —Le di una palmada en el hombro antes de darle la espalda y salir de su despacho.

Ian era mi único hermano, aunque no siempre estuviéramos de acuerdo, especialmente en lo que respecta a relaciones y compromisos. Siempre fue del tipo que salía con alguien mientras yo disfrutaba de la fiesta. Ambos estábamos bien con el tipo de vida que elegimos. En el fondo, aunque discrepáramos, nos amábamos y esperábamos que fuéramos felices con nuestras elecciones.



Yasmin
JACKSON

Capítulo once

Sin lugar a dudas, ese fue mi peor día de trabajo desde que llegué al San Rose. Sentía como si hubiera cometido un crimen y en cualquier momento alguien podría descubrirlo y denunciarme, lo que costaría no solo mi empleo, sino también mi dignidad.

—¡Hola, Yasmin!

Escuché la voz de mi hermana cuando entró al departamento, y me sobresalté porque no esperaba visitas. Había salido del hospital temprano en la mañana y al llegar a casa me hundí en el sofá sin hacer nada. Esperaba despertarme y que todo hubiera sido solo un mal sueño.

—¿Qué haces en el sofá?

—¿Hmm? —Me froté los ojos, completamente somnolienta—. ¿Qué haces aquí?

—Vine por esa blusa a cuadros que te pedí prestada, ¿recuerdas? No sabía si estabas en casa, así que entré.

—Ah...

—¿Todo bien? —Se sentó a mi lado y tomó la almohada para acomodarla en su regazo cuando me reacomodé.

—Mmm...

Mi hermana, Jasmine, era dos años mayor y vivía no muy lejos de mí, en un departamento con su esposo y sus dos hijos. Tenían un restaurante en la playa y atendían a turistas.

Le debía mucho, ya que me ayudó a pagar la carrera de enfermería y a construir el espacio que tenía. Nuestra madre había fallecido de cáncer hacía unos diez años y nuestro padre no era el mejor ejemplo de estabilidad. Él vivía de trabajos temporales, viajando por el país y apareciendo y desapareciendo. Solo teníamos la una a la otra en quien apoyarnos.

—No lo parece. ¿Fue un turno largo?

—Ojalá fuera solo trabajo... —murmuré, dejando caer la cabeza hacia adelante y apoyando la frente en las palmas de mis manos, masajeando las sienes. Era como si aún tuviera resaca, pero en realidad, solo era el peso de la culpa.

—¿Qué ha pasado, Yasmin? —Puso su mano en mi espalda y yo seguí inclinada hacia adelante, sin mirarla.

—Metí la pata...

—¿Con un paciente?

—¡¿Qué?! ¡No!

—Ah, menos mal. Entonces, ¿qué fue?

—Me acosté con quien no debía —confesé como si admitiera el peor crimen del universo —. Yo estaba un poco ebria por el champán y él también, así que eso jamás hubiera pasado si estuviéramos en nuestros cabales.

—¿Y él está casado?

—¡No!

—¿Tienes novia?

—No que yo sepa.

—¿Cuál es el problema? No entiendo...

—¡Es el imbécil de Iván Gray!

—¿Quién?

—El neurocirujano del hospital y heredero. Los Gray fundaron el San Rose.

—Sigo sin entender el problema de tener sexo con él...

—¿Cómo que no? —Enfadada, levanté la cabeza para mirarla.

—Ustedes son solteros. Bueno, puede que sea un poco antiético acostarse en el trabajo, pero ¿quién no lo ha hecho? —Soltó una risita.

—No estás entendiendo.

—No, para nada. Él es como tu jefe, pero son adultos, pueden manejarlo.

—Eso espero. —Vuelvo a bajar la cabeza.

—¿Acaso te amenazó con despedirte si se lo contabas a alguien o algo así? Eso es abuso de poder, ¿sabías?

—¡No! Ayer pasó a mi lado como si yo no existiera.

—¿Eso es lo que te molesta? ¿Se acostaron y ahora él finge que nada pasó?

—No —respondí demasiado rápido.

—¿Segura?

—Absolutamente.

—Relájate, hermanita. —Me abrazó por los hombros y me besó en la cabeza antes de levantarse—. ¿Dónde está tu blusa de cuadros?

—Colgada en el perchero, en la parte más cercana a la pared del clóset.

—Voy a buscarla.

—De acuerdo.

Mi hermana se dirigió al cuarto de mi pequeño departamento que alquilaba a unas cuadras del hospital. Era solo un cuarto, una cocina con sala y un baño diminuto, pero para quien solo necesitaba un lugar para dormir, parecía perfecto. Además, significaba que podía cuidarme sola y ya no dependía de ella.

—La encontré. —Jasmine no tardó mucho en volver—. ¿Necesitas algo más?

Negué con la cabeza.

—Me voy ahora, pero pasa por el restaurante más tarde para la noche temática de country, si no tienes turno en el hospital.

—De acuerdo.

—Hasta entonces.

—Adiós.

Mi hermana salió del departamento, cerrando la puerta tras de sí, y yo volví a hundirme en el sofá.



Ivan

GRAY

Capítulo doce

Me alisé la chaqueta al entrar en el restaurante que mi hermano había elegido para nuestra cena familiar. Era un lugar precioso en la ladera de una colina, con una pared de cristal y vistas al mar. Esa noche la luna llena resaltaba aún más las olas rompiendo en la playa allá abajo. En el centro del local había un acuario con langostas vivas, y todo el ambiente reflejaba el tema del océano. Nada muy sorprendente tratándose de Miami.

—Llegas tarde —refunfuñó mi madre cuando me reuní con ellos.

—Perdón si mi cirugía tomó más tiempo de lo esperado. No es un trabajo que pueda dejar a medias.

—Iván... —mi padre me dirigió una mirada de reproche por la forma en que hablaba a mi madre y yo me encogí de hombros, sin darle importancia.

—No estamos aquí para pelear —dijo Ian.

—Por supuesto que no —contesté, pero sin muchas ganas de seguir la conversación.

—Esta cena es para celebrar la llegada de otro miembro de la familia. —Extendió la mano y tocó el vientre de su mujer.

—¡Felicidades! —Forcé una sonrisa mientras hablaba con mi cuñada.

—Gracias. —Puso sus manos sobre las de mi hermano y su sonrisa era amplia y sincera. Estaba muy ilusionada con el segundo embarazo—. ¿Crees que algún día Lis y el nuevo bebé tendrán un primito?

¿Ella también insiste con esa idea? ¡No puede ser!

Parecía que Ian había hecho un acuerdo con su esposa para empezar esa conversación.

—No, paso. —Mantuve la postura y esbocé una pequeña sonrisa para que el ambiente no se tensara—. Ustedes son mucho mejores en eso de hacer bebés.

Desvié la mirada mientras sacaba el menú de la mesa para pedir un plato. Había pasado

seis horas en el quirófano y vine directamente al restaurante sin comer nada entre medias. Incluso aquellos grasientos buñuelos de pescado que odiaba parecían deliciosos en aquel momento de hambre.

Hice una seña al mesero y pedí un salmón a la parrilla y una bebida sin alcohol. Después de la estupidez que había cometido con el champán, lo mejor era mantenerme bien alejado de cualquier cosa que pudiera afectar mi juicio.

Pensar en ello me hizo recordar a Yasmin y lo que había pasado.

En los días posteriores, me comporté como si todo hubiera sido un delirio. No le dirigí ni una palabra, y ella hizo lo mismo. Aunque nos cruzáramos en alguna habitación de pacientes o en los pasillos, no nos hablábamos, ni siquiera un saludo.

De alguna manera, habíamos dejado de ser dos enemigos declarados, lo cual, supongo, era algo positivo.

—¿Qué creen que será esta vez? —preguntó mi madre, trayendo de nuevo la conversación al motivo de la reunión—. ¿Niño o niña?

—Estaremos contentos con cualquier opción —dijo Priscilla.

—Pero estaría bien que esta vez fuera un niño.

—Es demasiado pronto para saberlo, mamá —dijo mi hermano, mientras abría el plástico de la pajilla para dársela a su hija.

—Lo sé, pero el tiempo pasa volando. Mira lo grande que ya está Lis.

—No tan rápido. —Priscilla esbozó una sonrisa forzada.

—Para los que estamos de afuera, sí que pasa rápido.

—Por supuesto.

El mesero trajo mi plato y me concentré en satisfacer mi hambre mientras ellos hablaban de bebés, ropitas y pañales sucios. No me interesaba ni un poco el tema. No veía nada de malo en ser soltero por el resto de mi vida. Con tener la compañía de mi hermano y sus hijos ya me parecía suficiente.



Yasmin
JACKSON

Capítulo trece

Unas semanas después...

—¿Me has llamado? —Entré en la oficina de Kendra cuando me dijeron que me estaba buscando.

—Sí. Cierra la puerta, por favor. —La forma en que me miró, tan seria, hizo que todo mi cuerpo se estremeciera.

Hasta ese momento, días después de lo que ocurrió entre el doctor Gray y yo, nadie parecía saber nada. Él no me dirigía una sola palabra y yo tampoco decía nada cuando nos cruzábamos. En el fondo, parecía lo mejor para nosotros y para los pacientes.

Aunque no había razones reales para mi preocupación, cualquier persona o situación me ponía en alerta, como si mi empleo pendiera de un hilo.

Entonces, ¿por qué no había buscado otro trabajo? Esa era una pregunta para la cual aún no tenía respuesta. O simplemente no quería admitir que me gustaba San Rose y no quería irme a otro hospital. Llevaba tanto tiempo trabajando ahí que me había encariñado con el personal y los pacientes.

—¿Ha pasado algo? —pregunté, tensa.

—Soy yo la que pregunta. ¿Qué te pasa?

—¿A mí? —Me puse rígida.

—¿Te pasa algo? ¿Estás enferma?

—¿Enferma?

—Escuché que has estado vomitando algunos días. Me preocupé por lo que podría ser.

—¡Ah! —Dejé escapar un suspiro de alivio tan grande que probablemente delató mi tensión innecesaria—. Estoy bien.

—¿Segura?

—Sí. Probablemente fue algo que comí.

—Estás en un hospital, Yasmin. Tal vez deberías ir a emergencias para que uno de los médicos te revise.

—No es necesario.

—No quiero escuchar después que algo pudo haberse tratado antes. Llevas semanas comportándote de manera extraña.

—Tal vez solo sea cansancio, Kendra. Lo siento mucho. —Crucé los brazos detrás de mi cuerpo, incómoda.

—No deberías acumular tantos turnos si estás cansada.

—Estaré bien.

—Claro, porque te vas a ir a casa.

—No... No es necesario.

—No es una sugerencia, Yasmin. —Se inclinó hacia mí, seria—. Es una orden.

—Pero... —Mi jefa interrumpió rápidamente mi protesta.

—¿Cómo esperas cuidar de tus pacientes si no te cuidas a ti misma?

Su pregunta me dejó sin respuesta.

—Vete a casa, descansa, y regresa bien para el próximo turno. Si no te sientes bien, pasa por emergencias. Solo regresa aquí si ya te has recuperado.

—Sí, señora. —No me quedó otra más que asentir.

—Es bueno saber que nos entendemos.

Asentí con la cabeza.

—¿Puedo irme ya?

—Sí. Avísame si es algo más grave.

—Ok. Gracias.

Salí al pasillo completamente desconcertada, preguntándome cómo había dejado que la situación llegara a ese punto. Mentalmente, repasé los últimos días, tratando de entender qué había llamado la atención de los demás y de Kendra para que me mandaran a casa antes de empezar mi turno.

Me dolía la cabeza, tenía náuseas, estaba mareada y con malestar. Pensaba que todo eso venía de la tensión y el miedo de que alguien descubriera que me había acostado con Iván, pero nadie sabía nada, al menos no lo habían comentado. Ni siquiera él me había dirigido la palabra después del incidente.

Era como si hubiéramos acordado fingir amnesia. Eso era bueno para los dos. Nadie sabría nada si no hablábamos de ello.

Entonces, ¿por qué tanta tensión hasta el punto de vomitar?

Volví al puesto de enfermería y saqué mi celular de uno de los cajones. Jolie, que estaba allí, me miró curiosa.

—¿Qué quería Kendra contigo? ¿Otra reunión con el equipo?

Negué con la cabeza.

—Se dio cuenta de que estaba cansada y me dijo que me tomara el resto del turno libre.

—¡Ah! Últimamente tienes muy mal aspecto. —Se rió torpemente—. La última vez que estuve así fue cuando estaba embarazada de John. ¡Uf! Vomité hasta las tripas los primeros meses.

—Lo recuerdo.

—¡Sí!

—Me voy. Nos vemos después.

—Que descanses. —Me saludó mientras me alejaba rumbo al vestuario donde estaban mis cosas.

—Gracias.

Podría pasar el resto del día y de la noche en la cama, viendo series o simplemente durmiendo. Después estaría genial y lista para volver al trabajo con la misma excelencia de siempre.

¡Es solo cansancio!

No era solo a Kendra a quien intentaba convencer de eso. Todos mis años de experiencia cuidando pacientes me decían que lo que me estaba pasando era más que simple cansancio. Además, no estaba tomando turnos extras que justificaran tanto agotamiento. Algo más estaba pasando y tal vez realmente debería pasar por emergencias para ver qué era.

Kendra tenía razón, como siempre. Era imposible cuidar de los pacientes si yo misma no estaba bien de salud.

¿Sería un resfriado?

¿O algún un virus?

Las suposiciones eran muchas para tratar de justificar los síntomas. Mientras me cambiaba en el vestuario, me analizaba en busca de un autodiagnóstico que me evitara una visita al hospital. No quería lidiar con los médicos solo para descubrir que era algo insignificante que podía resolver por mi cuenta.

Cuando estaba embarazada de John...

La voz de Jolie resonó en mi mente y, en un principio, me pareció ridículo. No podía estar embarazada. Mi vida giraba en torno al trabajo y no tenía novio desde que terminé con Henry en el último semestre de la universidad, después de encontrar al idiota besando a otra mujer.

Yo no...

¡Mierda!

Mis neuronas parecieron chocar entre sí y me llevé un susto cuando, de repente, todo comenzó a tener sentido, aunque también era la mayor estupidez de todas.

¿Embarazada?

¡No!

—¡Oh, mierda! —Golpeé la puerta del casillero en el vestuario.

—¡Ey! Alguien está enojada —comentó Isaac, uno de los camilleros que trabajaba en el hospital, generalmente en el mismo turno que yo.

—No lo estoy...

—No es lo que parece.

—No estoy teniendo un buen día.

—Sé lo que se siente. —Me dedicó una sonrisa amable—. Cualquier cosa, aquí estamos.

—Muchas gracias. —Le devolví una sonrisa mientras tomaba mi mochila y la colgaba al hombro para irme.

El embarazo parecía improbable. En los últimos meses el único hombre con el que había tenido sexo era Iván Gray.

No... ¿Tal vez?

—¡Mierda! —Maldije de nuevo mientras caminaba hacia la salida del hospital.

Cerca de la parada donde tomaba el autobús para volver a casa, había una farmacia y entré sin mucho disimulo. Quería comprar un test de embarazo y quitarme esa sombra de la cabeza lo antes posible.

Mi ciclo nunca fue muy fiable. Variaba entre treinta y casi cuarenta días. Ya había pasado hasta dos meses sin menstruar por mis ovarios poliquísticos, algo que debía tratar pero siempre dejaba para después.

Eso era otro factor importante para que el embarazo no estuviera en el tope de mis sospechas. Mi ginecólogo solía decir que podría tener dificultades para embarazarme sin un tratamiento adecuado, pero como no tenía planes de ser madre pronto, había estado descuidando ese tema.

Después de ir a la caja y pagarlo, volví a guardar el test en la mochila y regresé a la parada del autobús, esperando unos quince minutos hasta que llegó.

Aunque Miami era una ciudad cálida todo el año, era invierno y el clima era seco, lo que significaba que las enfermedades respiratorias estaban muy extendidas y probablemente podría haber contraído una enfermedad vírica. Dolor de cabeza y malestar general eran síntomas muy genéricos que podían aplicarse prácticamente a cualquier infección viral.

Me bajé del autobús a dos manzanas del pequeño departamento donde vivía y me dirigí hacia allí a paso rápido. Cuanto antes hiciera ese test, más tranquila podría estar con un resultado negativo en mis manos. Solo necesitaría unos días de reposo para recuperarme y dejar de ser contagiosa, y luego volver a cuidar de mis pacientes.

Abrí la puerta, dejé la mochila en el sofá y me dirigí directamente al baño.

Había comprado uno de esos tests electrónicos, porque era el único que había en la farmacia, y después de tomar la muestra de pis, me incliné sobre el lavabo, esperando a que procesara el resultado.

Esa pequeña figura de reloj girando en la pantalla puso a prueba mi ansiedad. Aparecería "no embarazada" y yo...

Mis pensamientos se interrumpieron y quedé completamente paralizada cuando el resultado apareció. Esperaba que me dejara más tranquila, pero sucedió lo contrario.

¡Embarazada!

La palabra "embarazada" apareció en la pantalla.

Falso positivo, seguro.

Salí de casa y caminé tres manzanas hasta la farmacia más cercana y compré dos test más, para asegurarme de que la primera estaba defectuosa. Esas otras eran pruebas de tira, más simples, pero dieron el mismo resultado, a pesar de ser de marcas y modelos diferentes.

O tenía un tumor horrible que estaba produciendo HCG o era mejor que empezara a comprar ropa de maternidad.

Al parecer, la única posibilidad lógica era que estaba embarazada.

De Iván Gray.

Tuve que sentarme en el suelo del baño, con las pruebas en las manos, mientras mi corazón se aceleraba en el pecho.



Ivan

GRAY

Capítulo catorce

—Puedes cerrar. —Me hice a un lado y dejé que mi residente se hiciera cargo cuando terminé de extirpar un tumor.

La paciente de Cristine había pasado por un protocolo intenso de quimioterapia con el objetivo de reducir la masa, lo que permitió la cirugía. Las tomografías mostraban avances y estábamos llenos de esperanza. Esa solo era una etapa más del tratamiento; aún tendría que pasar por más quimioterapia una vez que se recuperara de la operación, pero había una buena probabilidad de que lograra una recuperación. No sería la misma mujer de antes, pero al menos tendría la oportunidad de empezar de nuevo.

—Gracias —dijo Cristine mientras nos inclinábamos sobre el lavamanos para lavarnos las manos después de quitar los guantes.

—No he hecho otra cosa que mi trabajo.

—Puede que le hayamos dado a esa mujer muchos años que no habría tenido sin la operación.

—Pero aún le queda un largo camino de tratamiento por delante.

—¿Qué tal si somos un poco más optimistas?

—De acuerdo, doctora Clark.

—Gracias.

Ella me sonrió y yo le devolví la sonrisa.

—¿Cómo va el embarazo de tu cuñada? —Cambió de tema y yo, sinceramente, prefería seguir hablando de nuestra paciente.

—Bien, creo.

—¿"Crees"? —Levantó las cejas oscuras, como si me juzgara por la forma en que respondí.

—Si algo hubiera pasado, Ian me habría dicho.

Se rió y negó con la cabeza.

—Sigues siendo el mismo idiota de la universidad.

—Hay cosas que nunca cambian.

—Tienes razón.

—Si tienes tanta curiosidad, puedes preguntarle a mi hermano.

—No tengo tanta confianza con el presidente, pero contigo sí, y soy lo suficientemente curiosa como para especular.

—Ya veo.

—¡Sí!

—Para satisfacer tu curiosidad y cumplir las expectativas de mi madre, esta vez mi hermano va a tener un niño.

—No pareces muy emocionado.

—¿Por qué lo estaría? —Me encogí de hombros mientras me quitaba la ropa de cirugía y la echaba en un cesto antes de volver a ponerme la bata.

—¡Es tu sobrino!

—Solo es otro niño en este mundo.

—Cuando sea tu hijo, será diferente.

—¿Y tú cómo lo sabes? —La miré entrecerrando los ojos—. Hasta donde sé, no tienes hijos, doctora Clark.

—Dicen que mi padre era como tú.

—¿Y crees que lo cambiaron? —pregunté en tono burlón.

—No yo, pero sí mi hermana mayor.

—Si tú lo dices.

—Iván…

—Dejemos esas historias para otro día, ¿sí? Tengo dos pacientes que visitar y después estoy muy ansioso por encontrarme con mi cama.

Cristine se rió y movió la cabeza negativamente antes de dirigirse en dirección contraria al pasillo.

Yo no era el tipo de hombre que creyera en el cliché de que los hijos pueden cambiar a los hombres.



Yasmin
JACKSON

Capítulo quince

—¿Qué es tan urgente que no puedes decírmelo por teléfono? —preguntó mi hermana al entrar en mi departamento aquella tarde. Por suerte, ella tenía la llave y no tuve que levantarme para abrir la puerta.

Estaba acurrucada en posición fetal en el sofá, mirando fijamente a la nada mientras dejaba los resultados tirados sobre la alfombra entre el sofá y el televisor.

Jasmine se acercó a mí, pero se dio cuenta de los tests. Se agachó, tomó uno y se quedó varios segundos asimilando lo que veía.

—¡Estás embarazada!

—O con un tumor terrible.

—No bromees con estas cosas. —Me miró feo—. ¡Qué bueno! Mis hijos tendrán un primito.

—No es como si estuviera casada, esperando tener hijos.

—Ya pasó, ¿ok? Vamos a enfrentarlo juntas… ¡Ay, qué buena noticia, Yasmin! Levántate de ese sofá. —Me jaló de la mano y me dio un abrazo tan fuerte como el día en que le conté que me habían aceptado en la escuela de enfermería.

Jasmine siempre había sido optimista, pero esta vez estaba exagerando.

—Sabes quién es el padre, ¿verdad?

—Prefiero no saberlo —murmuré.

—Graciosita.

—Lo digo en serio.

—Bueno, al principio les da un poco de miedo, pero luego se adaptan. Te lo digo porque a Harold le costó con Gina, pero con Kyle, lo está manejando sin problemas. Normalmente el

primer hijo es más complicado, pero con el tiempo todo se acomoda, ya verás.

—Hablas como si estuviera casada.

—¿Quién sabe? Quizás terminen casándose.

—¡No, Jasmine! ¡Ubícate!

Mi reacción la hizo dar un paso atrás y abrir los ojos como platos, dejando caer la prueba.

—¡Oye, cálmate!

—¿Ves que no estoy de fiesta?

—Bueno, no era algo que esperabas, pero es algo bueno. Un reto enorme, pero merece la pena, ya lo verás.

—Estoy aterrorizada —admití, soltando el aire de mis pulmones y dejándome caer de nuevo en el sofá.

—Eh, cálmate. —Jasmine se sentó a mi lado y me rodeó los hombros con los brazos, tirando de mí para acercarme más y yo apoyé la cabeza en su pecho—. Todo va a salir bien, hemos superado retos mayores que este. Cuando estés de guardia, puedo vigilar al bebé. Ya he cuidado de dos, uno más no será tan terrible.

—Qué mala suerte tengo, Jas...

—No digas algo así.

—Ni siquiera debería haberme acostado con él.

—Pero lo hiciste. —Me miró con esa expresión seria que solía poner cuando me decía que tenía que hacerme cargo de mis propios problemas.

—Eh...

—¿Ya le dijiste al tipo?

Negué con la cabeza.

—Acabo de enterarme.

—¿Y cuándo vas a hablar?

—Ni siquiera sé si quiero hacerlo.

—¡Ah, no! —Volvió a mirarme con esa mirada de reproche—. Tienes que decirle.

—No es como si estuviéramos saliendo o algo así.

—Pueden haberse visto una sola vez. No hiciste a ese bebé sola, o ¿acaso tengo que explicarle a una enfermera cómo sucede el embarazo?

—Estoy hablando en serio, Jasmine.

—Más en serio que esto, lo dudo.

—Yo no...

—Tienes que afrontarlo, hermanita. Todas las cosas que hacemos en nuestras vidas tienen consecuencias y tenemos que lidiar con ellas.

—Lo sé, pero eso no lo hace más fácil.

—Lo siento, pero las cosas son como son.

Me quedé quieta unos instantes, conteniendo la respiración. Miré las pruebas de embarazo tiradas en el suelo y solté un largo y profundo suspiro.

—Tienes razón.

—Sí, lo sé.

Me había esforzado las últimas semanas en fingir que lo que pasó con Iván no había ocurrido, pero ya no podía seguir engañándome.



Ivan

GRAY

Capítulo dieciséis

Después de haber atendido a dos pacientes y dado de alta a uno, ya estaba oscureciendo cuando me dirigí al estacionamiento del hospital, donde estaba mi auto. Tiré mi portafolio en el asiento del copiloto y me acomodé en el asiento del conductor. Cerré la puerta y estaba a punto de encender el motor cuando Yasmin apareció, poniendo las manos sobre el capó, haciéndome dar un salto del susto.

Por puro reflejo toqué la bocina, y ella dio la vuelta, golpeando mi ventana.

—¿Qué fue eso? —le gruñí—. ¿Te has vuelto loca?

—Tenemos que hablar —dijo seriamente.

—No tengo nada que hablar contigo.

—Cambiarás de opinión cuando me oigas.

—Pues habla.

—Aquí no.

Suspiré con fastidio, me incliné sobre el asiento del copiloto, moví mi portafolio hacia atrás y abrí la puerta.

—Entra.

Ella se sentó y se colocó el cinturón de seguridad.

—La playa no está lejos —dijo.

—Lo sé, pero no planeaba ir ahí.

—Entonces ve donde creas que es mejor. —Se encogió de hombros.

Conduje, sin saber por qué, hacia la playa. Aparqué cerca del paseo marítimo, donde aún había bares abiertos y turistas por todas partes. Para Miami Beach, la noche apenas comenzaba.

—Te escucho. —Me di la vuelta para mirarla.

Me preguntaba por qué había salido del hospital con esa mujer y por qué me estaba prestando a hablar con ella. Quizás solo quería evitar que nos vieran juntos.

—¿Qué quieres de mí? —continué cuando ella no dijo nada.

Me miró por unos momentos, o tal vez observaba la orilla detrás de mí. Tragó en seco.

—Sobre aquella noche en la inauguración... —La interrumpí antes de que pudiera decir nada más.

—Pensé que habíamos acordado no hablar de ello.

—No acordamos nada. —Apretó los dientes, lo cual me irritó un poco.

—¿Crees que será bueno para ti que esta noticia se extienda por el hospital?

—¡Claro que no!

—Entonces ya es suficiente para entendernos y no hablar más del asunto. Bebí demasiado, tú también, hicimos una estupidez. Simplemente olvídalo.

—No puedo dejarlo pasar.

—Claro que puedes —refunfuñé.

Pensé que ella era lo suficientemente racional como para dejar el tema en paz, pero parece que me equivoqué.

—Tenías razón, hablar contigo fue un error. —Se inclinó para abrir la puerta y salir del auto.

—¿Te has vuelto loca?

—Ojalá fuera así —murmuró.

—No entiendo nada.

—Mejor déjalo.

—¿Por qué no dices lo que quieres y te dejas de rodeos? Así ahorrarás mi tiempo y el tuyo.

Me miró fijamente durante unos instantes y pareció armarse de valor antes de hablar.

—Estoy embarazada.

Empecé a reírme tan fuerte y tan alto que mis carcajadas llenaron el interior del coche.

—¿Por qué te hace gracia?

—Debes estar bromeando. ¿Quién te pagó para decir eso, mi hermano?

—¿Pagarme? ¡Nadie me pagó!

—Entonces decidiste jugarme esta broma por tu cuenta. Muy gracioso.

—¿Broma? ¿Te volviste loco? —Apretó los dientes y estuvo a punto de lanzarse sobre mí.

—Solo falta que me digas que estás embarazada de verdad.

—¿Por qué iría a mentir sobre algo así?

Mientras me miraba con una mezcla de sorpresa y seriedad, caí en cuenta, y dejé de reír.

—¿No creerás que soy el padre? Eso sería ridículo.

—Ridículo fue que tuviéramos sexo sin condón.

—No... No... —balbuceé, negando con la cabeza—. Apuesto a que calculaste mal. No soy el padre. No puedo serlo.

—No hay error, fue la única vez que tuve sexo en meses.

—Si, seguro… claro… claro… muy creíble. —Me burlé.

—¿Me estás llamando mentirosa? —Se enfadó.

—Piensa lo que quieras.

—Eres aún más idiota de lo que pensaba. —Me empujó el pecho, haciendo que me golpeara contra el respaldo del asiento.

—La única imbécil aquí eres tú con esta broma.

Gruñendo de rabia, abrió la puerta y salió hacia la avenida, recibiendo un bocinazo de otro auto antes de desaparecer entre la multitud que caminaba por el paseo marítimo.

Me quedé sentado en el auto, observando cómo se alejaba hasta que finalmente desapareció de mi vista.



Yasmin
JACKSON

Capítulo diecisiete

Me froté los ojos con tanta fuerza que empezaron a arder, pero las lágrimas no dejaron de salir. Era como si eso las hiciera fluir aún más. Me arrepentía de haber escuchado a Jasmine y haber intentado hablar con ese imbécil.

Parecía una completa estupidez haber pensado por un momento que Iván podría reaccionar de manera diferente.

Era una gran mala suerte haberme quedado embarazada por un error tan estúpido. Lo único que quería era regresar al maldito ginecólogo que me había dicho que tendría dificultades para quedar embarazada y estrangularlo.

Caminé y caminé y caminé... Viendo cómo el mar se iba oscureciendo a medida que caía la noche y solo me detuve cuando las plantas de los pies empezaron a dolerme. Solo imaginaba que aún estaba en la costa de Miami Beach porque allí seguía habiendo tantos bares y veraneantes, tanta gente con bañador y sonrisas alegres que podía mezclarme fácilmente.

Cuando me di cuenta de que ya no podía caminar más, me senté en un banco de concreto, observando las olas romper en la playa mientras lloraba aún más.

Estaba destrozada y aterrorizada. No podía dejar de llorar.

Una parte de mí todavía deseaba que todo fuera un tumor que producía HCG y que no estuviera embarazada, aunque sabía que era una idea estúpida.

Me gustaban los bebés, mis sobrinos eran adorables, pero no estaba lista para tener los míos. A mis veintiséis años, aún estaba organizando mi vida, construyendo mi carrera como enfermera, comprando cosas para la casa, ahorrando y haciendo planes.

¿Esperaba ser madre algún día? ¡Claro que sí! Pero imaginaba que sería algo esperado y planificado. Haría pruebas de ovulación y tendría la habitación lista, porque me gustaba tener todo organizado al mínimo detalle antes de dar un paso tan importante.

Sobre todo, esperaba tener a mi lado a un hombre que amara y que me amara también.

Alguien en quien pudiera confiar y compartir ese momento. Definitivamente no esperaba a un imbécil que se reiría en mi cara y me haría sentir peor.

—Señorita... —Escuché una voz y levanté la cabeza.

Se me acerca una señora muy pálida, con el pelo gris recogido en un moño y aspecto de turista.

—Hola... —Me tragué las lágrimas, intentando ocultar mi estado, pero fracasé estrepitosamente.

—¿Se encuentra bien?

Moví la cabeza afirmativamente, aunque era una gran mentira.

—¿Estás segura? Parece que estás llorando.

—Solo me entró arena en los ojos.

Antes de que pudiera insistir, un niño pequeño se acercó y tiró de la falda de encaje de la señora.

—¡Vamos, abuela! Ya trajeron el camarón. ¡Ven a comer!

—Ya voy, cariño. —Ella le sonrió amablemente al niño, pero no fue suficiente para que él dejara de insistir.

—¡El tío se lo va a comer todo! ¡Apúrate!

Asintió y se despidió de mí con la mano antes de seguir a su nieto de vuelta a las mesas de un bar frente al mar.

Debía de estar tan desastrosa que había empezado a llamar la atención de la gente. Y nunca he sido el tipo de persona que se siente bien cuando la miran con lástima. Trabajando en el hospital, había visto tantos casos difíciles y tristes que me enseñaron a valorar mi vida y el hecho de estar sana y fuerte para enfrentar cualquier desafío.

¿Incluyendo un embarazo?

No es como si tuviera opciones. Independientemente de las circunstancias, yo había

hecho ese bebé. No es como si Iván me hubiera obligado a hacer algo que no quería. Él era un imbécil, un hipócrita, arrogante, con un maldito complejo de dios que lo hacía creerse por encima de todos, pero era un hombre atractivo.

Escuchaba constantemente lo que decían otras profesionales del hospital sobre él. Caí en esa misma aura de seducción, aunque ahora lo lamentaba profundamente.

Cuando comencé a estudiar enfermería, una de mis profesoras, la señora Thompson, una mujer de casi setenta años con quien más aprendí durante la carrera, me dijo que nuestras acciones siempre tenían consecuencias y que podían costar la vida de nuestros pacientes. En ese momento, pensé que ese consejo también aplicaba a mi vida.

Dolía como si me hubieran dado un golpe en la cara, pero sabía que tenía que mantenerme firme y enfrentar esa situación de la mejor manera posible.

Estuviera lista o no. Aunque no lo hubiera planeado, iba a ser madre, y tendría que afrontar esa realidad.

¿Madre?...

Pensativa, coloqué las manos sobre mi vientre, que aún no mostraba signos de embarazo. Respiré hondo, tragué todas mis lágrimas y me calmé, alejando el pánico.

Como no sabía exactamente dónde estaba, saqué mi celular y llamé a un conductor de aplicación para volver a casa.

Cuando llegó el auto, me acomodé en el asiento trasero y confirmé mi dirección.

Estaba mirando la orilla de la playa a través de la ventana del coche cuando vi una notificación en mi celular. Era un mensaje de mi hermana.

Jasmine:

¿Se lo has dicho?

Yasmin:

Sí.

Jasmine:

¿Y cómo te fue?

Yasmin:

Genial...

Jasmine:

¿De verdad?

Yasmin:

No. Claro que no. Es un gran idiota.

Jasmine:

¿Qué ha dicho?

Yasmin:

No cree que es el papá.

Jasmine:

Puedes pedirle una prueba de ADN y probarlo. Puedes exigirle que se haga cargo.

Yasmin:

¿De verdad voy a darle a mi hijo un padre igual o peor que el nuestro?

Jasmine:

Es mejor que nada.

Yasmin:

No estoy segura de eso.

Jasmine:

¿Y qué vas a hacer?

Yasmin:

Aún no lo sé.

Jasmine:

Pero sí vas a tener al bebé, ¿verdad? Sé que puede asustarte, hermana. Lo sé, pero cuando tengas a ese pequeño paquete de amor en tus manos, verás que valió la pena.

Yasmin:

Admito que estoy aterrada, pero voy a tenerlo.

Jasmine:

Qué buena noticia.

Yasmin:

Espero que sea la mejor decisión.

Jasmine:

Lo será, ya lo verás. Además, sabes que puedes contar conmigo para todo.

Yasmin:

Gracias, hermana. Voy a necesitarlo de verdad, jajaja. Quizás me consigas un puesto de mesera en tu restaurante.

Jasmine:

No digas tonterías, eres una enfermera excelente.

Yasmin:

No sé si podré conservar mi trabajo después de quedarme embarazada de uno de los dueños del hospital.

Jasmine:

Él no te despediría…

Yasmin:

No escuchaste lo que dijo...

Jasmine:

¡Vamos a demandarlo!

Yasmin:

Solo quiero criar a mi bebé en paz.

Jasmine:

Está bien, pensaremos en eso si es necesario más adelante.

Yasmin:

Sí.

Jasmine:

¿Dónde estás ahora?

Yasmin:

Volviendo a casa.

Jasmine:

¿Quieres que vaya allí?

Yasmin:

No es necesario.

Jasmine:

Si cambias de opinión, llámame.

Yasmin:

Gracias por todo, hermana.

Jasmine:

Estamos juntas en esto.

Yasmin:

Siempre.

Dejamos de mensajear y apoyé la cabeza en la ventanilla del coche, observando las luces y los semáforos de vuelta a mi pequeño departamento.

Tener ese bebé era un reto para el que no estaba preparada, pero tendría nueve meses para adaptarme hasta que llegara...



Ivan

GRAY

Capítulo diecocho

Cuando llegué a casa, todavía estaba un poco conmocionado por lo que había pasado. Durante el camino, me encontré riendo solo varias veces al pensar que me habían jugado una broma pesada.

Quienquiera que supiera sobre mi encuentro con Yasmin, claramente la había ayudado a idear ese plan ridículo para darme un susto. Estaba casi seguro de que mi hermano gemelo estaba detrás de eso, así que tomé mi celular y lo llamé después de dejar mi maletín en el sofá de la sala.

Mientras el teléfono sonaba, caminé hacia el balcón con vista al mar y me acomodé en una de las sillas.

—¿Iván? —contestó Ian al otro lado.

—¿Ya saliste del hospital?

—Sí. Una de las ventajas de no ser médico es que trabajo en horario de oficina. ¿Por qué, me estabas buscando?

—¡Felicidades, casi caigo en tu broma!

—¡¿Qué?!

—La broma que montaste solo porque dije que no tengo la menor vocación para ser padre.

—¿Broma? —Sonaba confuso al otro lado de la línea—. ¿Has estado bebiendo, hermano?

—¡Es tuya, papá! —Escuché la voz de Lis al otro lado.

—Espera un momento, niña. —Ian pareció alejarse de la niña antes de volver a hablarme —. ¿De qué hablas?

—No sé cómo descubriste que me acosté con la enfermera Jackson la noche de la inauguración, pero de verdad no me esperaba esto.

—¿Te acostaste con ella? ¡Por eso desapareciste! No había ningún paciente.

—¿No lo sabías? —Era mi turno de sorprenderme.

—¡Claro que no!

—¿Entonces cómo arreglaste la broma con ella?

—Ni siquiera sé de quién estás hablando, Iván. Me quedo en mi despacho y me ocupo del asesoramiento médico y administrativo. Apruebo informes y hojas de cálculo. No conozco a la mayoría del personal. Las enfermeras son responsabilidad de Kendra.

—Entonces... —Me sentí estúpido por haber sacado el tema.

—¿Entonces qué, Iván?

—¿Sabes qué? Olvídalo. Ya me di cuenta de que no tienes nada que ver con esto. Perdón por interrumpir tu momento con tu hija.

—¡Espera! No cuelgues sin decirme qué está pasando.

—Déjalo así. ¡Buenas noches!

Colgué, pero antes de que pudiera levantarme del balcón, me volvió a llamar.

—¿Qué ha pasado?

—Nada —dije.

—No me llamarías para nada. Iván, te conozco muy bien. ¿Qué pasó con la enfermera para que estés actuando así?

—Me vino con la historia de que está embarazada y pensé que tú estabas detrás, solo para darme un susto.

—No fui yo.

—Ya lo entendí.

—Entonces ¡felicidades!

—¿Felicidades por qué? —Me enfadé, gruñí y me agarré al brazo de la silla en la que

estaba sentado.

—Vas a ser padre.

—¡No lo creo!

—¿Piensas que está mintiendo?

—Sí, por supuesto.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? Acabas de decirme que tuviste sexo con ella. No necesito explicarte que así es como se hacen los bebés, ¿verdad?

—Qué gracioso —gruñí, apretando los dientes.

Ian rió al otro lado.

—Fue solo una vez y...

—¿Usaste preservativo?

—No, no lo usamos.

—Para ser un tipo de cuarenta años que no quiere ser padre, fuiste bastante irresponsable.

—Ah, claro, gracias.

—Solo estoy diciendo la verdad.

—Pero no está embarazada.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —insistió.

—Yo...

—No puedes.

—Es cierto, no puedo —me vi obligado a admitir.

Hubo un silencio al otro lado de la línea, y esperé hasta que mi hermano volvió a hablar.

—No hay nada de lo que me arrepienta más que haberme perdido los primeros meses de mi hija y todo el embarazo.

—Yo no soy tú, Ian —le recordé con firmeza. Aunque teníamos la misma cara, cada uno de nosotros tenía un perfil y una personalidad distinta.

—Exacto. Tienes la oportunidad de hacer las cosas de otra manera porque te has enterado del embarazo de antemano.

—Ian, no lo entiendes. —Me enfadé otra vez—. Este niño ni siquiera podría ser mío.

—Pero ella dice que sí.

—Como si no hubiera estafas.

—La solución es sencilla. Hazte una prueba de ADN y lo sabrás.

—¿Y si no quiero saberlo? —Tragué saliva, un poco tenso.

—Sabes que no tienes ese derecho. Si el hijo es tuyo, es tu responsabilidad. No puedes huir de eso, te guste o no.

—No te llamé para que me des una lección de moral —bufé.

—Solo estoy diciendo la verdad.

—Es una empleada del hospital...

—Ni siquiera tengo que decirte que debiste haber pensado en eso antes, ¿verdad?

Me callé, sin saber qué decir a continuación, porque mi hermano tenía razón, por mucho que me enfureciera.

—No puedes fingir que no está pasando, Iván —dijo cuando se dio cuenta de que no iba a decir nada más.

—Lo he entendido.

—¡Qué bien!

—Tengo que colgar ahora —traté de interrumpir la conversación porque ya no quería seguir hablando del tema ni admitir lo afectado que estaba emocionalmente.

—Llámame si necesitas otra sacudida.

—Ja ja —gruñí, aún más molesto, y colgué.

Ian siempre fue más padre de familia que yo. Estaba seguro de que le dejaría a él la tarea de dar nietos a nuestros padres, pero el azar decidió desafiarme.

Lo único que necesitaba era demostrar que aquel bebé no era mío y librarme de aquella situación y, sobre todo, del juicio de Ian.



Yasmin
JACKSON

Capítulo diecinueve

Seguí sintiéndome mareada y con dolor de cabeza, pero ahora que sabía la causa de los síntomas, era más fácil lidiar con ellos. Me había tomado una pastilla para las náuseas y me arreglé para ir a trabajar. En ese momento, más que nunca, necesitaba ahorrar dinero para la llegada de ese bebé.

Todavía estaba aterrada, y mientras colaba el café por la mañana, me di cuenta de que me temblaban las manos. Sin embargo, todo sería mucho más difícil si no contara con Jasmine. Mi hermana siempre había estado a mi lado, y saber que estaría ahí en este reto también, me daba un poco de alivio.

Si ya antes tenía miedo de perder el trabajo, después de la conversación con Iván del día anterior, estaba segura de que no podría seguir en ese hospital. Tenía que moverme, encontrar otro trabajo antes de que el embarazo se notara, porque ningún empleador iba a querer contratar a una mujer embarazada.

En el trayecto en autobús hacia el hospital, había ensayado mentalmente al menos cinco discursos para convencer a Kendra de que me escribiera una carta de recomendación excelente, para poder conseguir empleo en otro hospital de Miami. Yo era una buena enfermera, no había razón para que me lo negara.

Sabía que ella me preguntaría el motivo, y ya tenía varias excusas preparadas, cualquier cosa con tal de no decir la verdad. Nadie en ese hospital tenía por qué enterarse de mi embarazo, porque empezarían a especular sobre quién era el padre, y eso solo complicaría mi situación.

No quería convertir todo en un espectáculo. Era mejor para mí y para el bebé también.

Respiré profundo, llené mis pulmones de aire y levanté el pecho, intentando parecer confiada mientras me dirigía a la oficina de Kendra.

Estoy buscando nuevos desafíos y creo que en otro hospital...

—¡Ay!

No vi de dónde salió la mano que me agarró del brazo y me arrastró a un pasillo más escondido, hasta que me encontré frente a él.

Abrí los ojos de par en par mientras levantaba la cabeza para ver a Iván. El neurocirujano era varios centímetros más alto que yo.

—¿Qué fue eso? —le gruñí.

—¿Adónde ibas?

—A hablar con mi jefa.

—¿Sobre el embarazo? —Me empujó contra la pared de una manera que no me permitía escapar fácilmente.

—¡No!

—Entonces, ¿es una mentira?

—Cree lo que quieras. —Le di un fuerte golpe en el pecho, pero no fue suficiente para apartarlo—. Solo quiero que me dejes en paz. ¡Ah! —Lo empujé con más fuerza.

—No sin antes decirme la verdad. —Se mantuvo firme e inmóvil.

—No tengo nada más que decirte.

—El embarazo...

—¿Por qué crees que mentiría?

—Tienes mucho que ganar.

Me reí con amargura, pero lo que realmente quería era darle una bofetada.

—Hasta ahora, lo único que he ganado es humillación —dije, jadeando. Estaba tan furiosa que me costaba respirar.

—No exageres.

—¿¡Exagerar!?

Levanté la mano para golpearlo, pero antes de que pudiera hacerlo, todo empezó a

nublarse y luego se oscureció por completo.



Ivan

GRAY

Capítulo veinte

La estaba apretando contra la pared cuando de repente se desplomó hacia un lado y cerró los ojos.

—¡Yasmin!

Tuve que sujetarla antes de que se golpeara en el suelo.

—¡Oh, Dios!

La tomé en brazos y la arrastré hasta la puerta abierta más cercana. Era la habitación de un paciente donde una mucama estaba terminando de limpiar la cama.

—¡Quítate del medio! —le gruñí.

La acosté en la cama y comprobé sus constantes vitales, colocando los dedos en la aorta y comprobando su respiración. Saqué el estetoscopio que llevaba colgado del cuello y ausculté su corazón.

—Diles que traigan un carro de urgencias, un tensiómetro y un médico de urgencias.

—¿Qué? —La limpiadora estaba un poco confusa por mis órdenes, pero se levantó de un salto cuando grité.

—¡Ahora!

—Sí... Muy bien, Doctor.

Aún no había recuperado el conocimiento, pero sus constantes vitales parecían normales cuando llegó el doctor Fisher y le colocó un dispositivo de presión alrededor del brazo y otro de oximetría en el dedo.

—¿Qué ha pasado? —me preguntó el médico de cabecera.

—Estábamos hablando y se desmayó.

—¿De la nada?

Afirmé con la cabeza.

—Su presión arterial es baja, eso podría ser.

—¿Cuál es la causa?

—Numerosas, empezando por hipoglucemia. ¿Tienes idea de cuándo comió por última vez?

—No.

—Esperaremos a que se despierte, le daremos algo de comer y luego le haremos un análisis de sangre para ver si hay alguna otra razón para su desmayo.

—De acuerdo —asentí.

—Está en buenas manos. Si necesitas algo más, llámame. Voy a volver a Urgencias. Es una locura ahí abajo. Siempre es así cuando empieza la temporada de frío.

—Está bien.

Salió de la habitación y me senté en el sofá mientras esperaba a que Yasmin se despertara.



Yasmin
JACKSON

Capítulo veintiuno

Mi cabeza latía con fuerza y todo seguía dando vueltas cuando abrí los ojos, parpadeando hasta enfocar el ambiente a mi alrededor y darme cuenta de que estaba en una de las habitaciones del hospital. Tan pronto como tomé conciencia de mi brazo y del resto de mi cuerpo, lo moví y me senté en la cama, encontrándome con Iván de pie.

—¿Qué haces aquí? ¿Qué ha ocurrido?

—Te desmayaste —respondió en tono firme y objetivo, mientras descruzaba los brazos y se acercaba.

—¿Por qué?

—Eso es lo que intento averiguar. —Me levantó los párpados, comprobó mis pupilas y volvió a ponerme el dispositivo de presión en el brazo.

—¡Ay! —Intenté esquivarlo, pero no me dejó hasta que el dispositivo de presión terminó de medir.

—Ha vuelto a la normalidad.

—¿Ha aumentado?

—No, bajó.

—Ah, siempre he tenido la presión baja. —Forcé una sonrisa incómoda.

—Y te desmayas por eso.

—Nunca me he desmayado, al menos que yo recuerde.

Nuestra conversación fue interrumpida por una mujer de la cocina que traía una bandeja con algo de comida.

—Aquí tiene, doctor Gray.

—Puedes ponerlo sobre la mesa.

—¿Para quién es eso? —Tenía curiosidad.

—Para ti.

—No tengo hambre.

—Pero vas a comer. Puede que te hayas desmayado por hipoglucemia.

—No fue por eso…

—¡Come!

—Mandón.

—Soy el médico, y por ahora, tú eres la paciente.

—Solo me desmayé.

—Espero que solo sea eso.

Decidí dejar de discutir con él y agarré una de las tostadas, untando un poco de queso crema antes de darle un buen mordisco.

Antes de que terminara de comer, Jolie entró con un kit para tomar muestras de sangre y lo colocó sobre una de las mesas, esperando mientras yo masticaba.

—¿Para qué es eso?

—El doctor Gray ordenó un hemograma completo.

Apreté los dientes, mirándolo mientras mi compañera preparaba mi brazo para sacar la muestra de sangre. Me quedé en completo silencio hasta que terminó.

—Dile al laboratorio que priorice este examen y me envíen los resultados lo antes posible.

—Así será, doctor. —Jolie le sonrió antes de dejarnos a solas de nuevo.

—Quieres mi sangre solo para confirmar si estoy embarazada o no.

—Puede haber sido una de las razones del desmayo —dijo con su habitual tono frío e inexpresivo.

—¿Puede ser eso? —Apreté los dientes, molesta.

—Analizaré todas las posibilidades.

—O mejor sal de mi vista y déjame ir a hablar con Kendra.

—¿Qué pensabas hacer, decirle que crees que estás embarazada?

—No lo creo.

—Permíteme dudar. —Se encogió de hombros, haciendo que me hirviera aún más la sangre.

—Solo quiero una carta de recomendación.

—¿Para qué?

—Para conseguir un trabajo en otro hospital y estar bien lejos de ti. Ya debería haberlo hecho, pero lo voy a hacer ahora.

—No seas ridícula.

—¡Ridícula! —Mi indignación era tan grande que casi salto de la cama.

—No tienes por qué hacerlo. Somos adultos y profesionales, podemos seguir trabajando juntos.

—¿Evitarnos el uno al otro como hemos hecho durante el último mes desde ese desliz? Muy maduro por nuestra parte.

—Pero yo hice mi trabajo y tú hiciste el tuyo.

—Sí...

—Entonces no tienes que salir corriendo.

—Después de lo de ayer, lo único que quiero es alejarme de ti.

—Solo porque no me creí esa historia.

—¿Historia? —Negué con la cabeza, aún llena de indignación, y me levanté de la cama —. Ya basta de esto.

—¿Adónde vas? —me preguntó mientras me acercaba a la puerta.

—A atender a mis pacientes, después de todo, sigo trabajando en este hospital.

—¿Y los desmayos?

—Ya me siento bien. —Cerré de un portazo la puerta de la habitación y lo dejé adentro.

Quería cualquier excusa para alejarme lo más posible de ese hombre.



Ivan

GRAY

Capítulo veintidós

Debería haberla seguido, pero no había motivos reales para preocuparme. El desmayo no venía acompañado de otros síntomas que causaran alarma y, además, era un síntoma común en el embarazo.

Al final, fui a mi consultorio a esperar el resultado del análisis de sangre. Más tarde tendría que visitar a algunos pacientes, además de la consulta programada con otros dos para analizar su estado.

Estaba distraído, mirando al vacío cuando llegó un correo electrónico y la notificación apareció en mi pantalla. Era del laboratorio con los resultados de Yasmin. El hemograma estaba normal y la glicemia un poco baja, pero con la comida que le habían dado, ya debería haberse normalizado. Sin embargo, lo que realmente quería era ver el resultado del Beta HCG cuantitativo para poder medir la edad gestacional. Si realmente estaba embarazada, podría estimar el tiempo y suponer si coincidía o no con nuestro incidente.

Estaba embarazada; el valor de más de mil del hormona no dejaba dudas. Sin embargo, no era ginecólogo, ni comprendía la exactitud de esos valores, pero encontré fácilmente una calculadora que me dio aproximadamente seis semanas de gestación...

—¡Mierda! —refunfuñé, mientras contaba en un calendario para asegurarme.

Seis semanas significaban que la fecundación había ocurrido hace alrededor de un mes, lo que sí coincidía con la fecha de nuestra aventura.

Aun así, no es seguro que sea mío. Me dije, negando todos los hechos que tenía ante mis ojos.

Sentí ganas de hablar con alguien, aunque estaba seguro de lo que diría mi hermano gemelo. Mis padres difícilmente divergirían de su opinión. Fuera de eso, no era muy popular.

Cristine, lo más cercano que tenía a una mejor amiga, seguramente tendría la misma opinión que los demás...

Si todos pensaban así, ¿tenían razón?

La verdad es que me aterraba la idea.

Escuché un golpe en la puerta y me acomodé en la silla, limpiándome la garganta con un leve carraspeo.

—Pase.

—¿Doctor Gray? —Una de las administrativas metió la cabeza dentro.

—¿Qué ocurre?

—Uno de los pacientes llamó preguntando si podía verlo ahora por la mañana. Dijo que sus dolores de cabeza se habían intensificado.

—Dile que venga al hospital y que lo dirijan a una tomografía en cuanto llegue. Luego hablaré con él después de analizar el examen.

—De acuerdo, doctor. —Cerró la puerta, dejándome solo de nuevo.

Operar cerebros parecía un desafío muy delicado, pero siempre fui bueno en eso. Aunque tener un hijo era otra cosa.



Yasmin
JACKSON

Capítulo veintitrés

—¿Qué te ha pasado? —me preguntó Jolie tan pronto como nos encontramos en un pasillo, mientras salía de la habitación de un paciente.

Estaba tratando de evitar volver a la estación de enfermería, pero no podía escapar de ella para siempre.

—Nada —mentí.

Cerró la cara y me miró con los ojos apretados en una expresión furiosa. Me di cuenta de que mi respuesta solo servía para irritarla, porque la mentira era muy evidente.

—Me desmayé.

—Nadie se desmaya así como así, Yasmin. ¿Tiene algo que ver con tu malestar de los últimos días? —Se detuvo un momento y dejó escapar un suspiro sorprendido, como si hubiera unido puntos que solo tenían sentido para ella—. ¡Dios mío! ¿Tienes un tumor?

—¿Qué? —Me sorprendió la dramática y trágica suposición—. ¡No! ¿Por qué lo piensas?

—El doctor Gray estaba pendiente de ti, y eso es lo que hace, operar cáncer en la cabeza.

—No tengo cáncer, Jolie.

—Me alegro de oírlo.

—Solo fue un desmayo y, por coincidencia, el doctor Gray pasaba por el pasillo y me ayudó. No es nada grave.

—Me alegra escuchar eso. Pero, ¿por qué te has estado sintiendo mal estos días?

—Mala alimentación —mentí de nuevo, sin querer hablar del embarazo.

—No puedes dejar que eso te pase. ¿Cómo vas a cuidar de los pacientes si no te cuidas primero a ti misma?

—Eso es exactamente lo que Kendra me dijo.

—Tiene toda la razón.

—Soy consciente de ello. —Esbocé una sonrisa, esforzándome por estar alegre y relajada —. Prometo cuidarme.

—¡Eso es!

—Tengo que ir a buscar suero. —Le hice un gesto y seguí hacia la sala donde se almacenaban los fluidos y medicamentos intravenosos.

Jolie se despidió de mí con un movimiento de cabeza y siguió con su trabajo. Me había escapado de esa por poco, pero sabía que no podría ocultar el embarazo para siempre.



Ivan

GRAY

Capítulo veinticuatro

Cuando la puerta de mi consultorio se abrió, esperaba que fuera algún paciente o algún otro profesional informando que los exámenes que había solicitado estaban listos. Sin embargo, para mi total sorpresa, quien entró fue mi hermano.

—¡Ian! ¿Qué estás haciendo aquí?

—Te mandé mensajes y no respondías. —Cerró la puerta detrás de él, mirándome serio.

—Hoy ha sido un día ajetreado.

—Sí, me enteré de que tu enfermera se desmayó.

—Para alguien que ni sabías quién era, lo averiguaste rápido.

—Hay mucho chisme corriendo en este hospital, solo necesito enfocar mi atención en lo que realmente importa.

—No es mi enfermera —refunfuñé.

—¡Como sea! —Se encogió de hombros mientras sacaba una silla y se sentaba frente a mí—. ¿El desmayo se debía al embarazo?

—Creo que sí.

—¿Crees? Buen médico eres.

—Soy neurocirujano, no ginecólogo.

—¿No son todos médicos? —se burló.

—Haré como si no lo hubiera oído.

—¿Hablaste con ella sobre el embarazo?

—No tuve tiempo. Se desmayó.

—¡Ah!

—Pero recibí su examen de sangre más temprano y indica que realmente está embarazada.

—Así que no miente.

—No lo creo —balbuceé.

—¿Aún crees que no es tuyo?

—Solo tuve sexo con esa mujer una vez, Ian. ¡Una vez!

—No hace falta ser ginecólogo para saber que es suficiente —devolvió mi mala respuesta, dejándome aún más enojado.

—¿Has venido a burlarte de mí?

—¡Claro que no! Solo quería saber cómo estabas.

—Ahora sabes todo lo que yo sé.

Me miró fijamente hasta que su expresión seria se transformó en una sonrisa.

—Sé que vas a manejar esto sin problemas.

—Tu sarcasmo es realmente admirable.

—No estoy siendo sarcástico.

—Eso parece.

—Ser padre es un reto, pero vale la pena cada momento.

—No soy como tú, Ian.

—Eso es mejor.

—¡Ah, claro! —Empecé a reír.

—Te has convertido en el médico que nuestro padre quería que fuéramos, seguiste el camino de la familia y lo has hecho muy bien.

—Una cosa no tiene nada que ver con la otra.

—Sí, es verdad. Crees que eres el rebelde mientras que yo soy la flecha recta, pero mira quién siguió el camino que todos esperaban.

—¿Crees que por eso puedo ser padre? No es tan simple. Tú ibas a casarte con Priscilla. Yo y Yasmin apenas podemos hablar uno con el otro.

—Estoy seguro de que pueden resolver eso y encontrar una forma de convivir por el niño.

—¿Y qué crees que dirán los chismosos de este hospital cuando se enteren del embarazo? Va a ser un escándalo.

—El chisme puede durar algunas semanas, pero apuesto a que no es la primera ni será la última enfermera que queda embarazada de un médico.

—Puede que me esté engañando. —Aún quería aferrarme a cualquier posibilidad de no ser el padre de ese bebé.

—Pide una prueba de ADN y tendrás la certeza.

Escuché un golpe en la puerta y un paciente entró, sintiéndose incómodo al ver a mi hermano y pensar que yo lo estaba atendiendo.

—Lo siento, doctor.

—Puedes entrar —respondió Ian al ponerse de pie—. Continuamos esta conversación después.

Asentí y mi hermano salió del consultorio.

—Tome asiento. —Le indiqué a mi paciente la silla que ocupaba mi hermano.

—Gracias, doctor.

Podría distraerme con el trabajo al menos durante un rato antes de volver al tema que me aterrorizaba.



Yasmin
JACKSON

Capítulo veinticinco

—No deberías estar aquí.

Me sobresalté cuando una voz firme y regañona resonó detrás de mí.

Estaba empujando el carrito hacia la siguiente habitación de paciente, pero me di la vuelta, incómoda para mirarla.

—Kendra. —Esbocé una sonrisa nerviosa y me fui sintiendo cada vez más incómoda.

Su rostro maduro y moreno estaba lleno de arrugas de reproche que me hicieron tragar saliva.

—¿No te envié ayer a casa para que cuidaras de tu salud?

—Sí, lo hiciste.

—Entonces, ¿qué haces aquí?

—Cuidando a los pacientes. —Traté de cambiar de tema.

—¿Voy a tener que ponerte de licencia?

—No... no... Por favor.

—Supongo que necesitas el dinero, pero no sirve de nada si no puedes cumplir con tu trabajo.

—Yo...

Ella ni me dejó terminar la frase.

—No me digas que estás bien, Yasmin. —Furiosa, puso las manos en la cintura con una expresión de desaprobación—. ¿Crees que no sé lo que pasa en mi hospital?

—Cla... Claro que lo sabes.

—Cierto. —Resopló—. Todo el mundo habla de tu desmayo. Podría ser algo muy grave.

No quiero perder a una de mis mejores enfermeras, así que cuídate. ¡Es una orden!

—Estoy bien.

—¿Escuchó algo de lo que dije, señorita? No tiene sentido actuar así.

—Sí, escuché.

—Entonces...

Fue mi turno de interrumpirla.

—No estoy enferma.

—¿Eso fue lo que dijo el doctor Gray?

Negué con la cabeza.

—Entonces, ¿qué demonios te pasa?

—Estoy embarazada. —Se me escapó.

¡Oh, mierda!

Quería volver atrás, revisar esas palabras dichas en un acto estúpido, por una boca muy grande y chismosa, pero no podía pensar en ninguna forma de deshacerme de la expresión de asombro que llenó el rostro de Kendra.

—¿Embarazada?

—Olvídalo, no dije eso. —Moví las manos como si pudiera borrar mis palabras.

¡Qué tontería!

—¡Felicidades!

Lo arruiné todo...

—¿Cuándo lo supiste? —Kendra se acercó a mí y me rodeó los hombros con sus brazos en un suave abrazo mientras yo sentía la necesidad de poder derretirme y escurrirme por el desagüe más cercano.

—¡Ayer!

—¡Qué buena noticia!

Más o menos.

Mantuve mi sonrisa torpe mientras ella seguía abrazándome en un gesto sincero de felicidad.

—¿Puedo preguntar quién es el padre?

¡¡¡No!!! Grité solo en pensamientos, tratando de encontrar una manera menos grosera de responder.

—Kendra, necesito revisar contigo la lista para la compra de los nuevos uniformes de enfermería. —Una funcionaria de administración apareció en el pasillo para hablar con ella y me sentí muy aliviada.

—Hablaremos más tarde —me dijo con una sonrisa.

—Bueno... —Mi voz era baja y torpe, pero ¿qué iba a decir?

—No estás enferma, pero eso no significa que no necesites cuidarte.

—Lo sé...

—Continuaremos esta conversación más tarde.

Asentí y casi vibro de felicidad cuando desapareció de vista.

Había complicado aún más la situación al dejar que Kendra supiera de mi embarazo. Ella se sentiría aliviada respecto a la posibilidad de una enfermedad grave, pero yo estaría aún más atrapada por tener que inventar alguna excusa para no revelar quién era el padre de mi bebé.

Ese era un asunto mío, no necesitaba contárselo a los demás, pero respetar la privacidad nunca fue el fuerte de los empleados de este hospital.

Me aterraba imaginar que pronto estarían hasta apostando para descubrirlo.

Me di cuenta de que necesitaba más que nunca conseguir otro trabajo en otro sitio.



Ivan

GRAY

Capítulo veintiséis

—¿Y sobrevivirá mi marido, doctor? —preguntó la mujer entre lágrimas, inclinándose sobre el escritorio de mi consultorio.

Su cónyuge, a su lado, estaba completamente inexpresivo. Este tipo de reacción era habitual cuando daba el diagnóstico de un tumor. No era la mejor noticia para ninguna familia, pero lamentablemente no podíamos ocultar la realidad.

—Lo detectamos a tiempo, aún no está en fase terminal, lo cual es una buena noticia. Creo que si empieza el tratamiento con oncología antes de operarlo, sus probabilidades serán muy buenas.

—¿Quieres decir que podría morir?

—Cualquier cirugía tiene sus riesgos, pero mi equipo y yo hacemos lo mejor posible para que casos como el de su esposo tengan la mayor posibilidad de éxito.

—Le voy a hacer un pase para oncología, y la doctora Clark lo recibirá junto con un excelente equipo.

—Muchas gracias, doctor. —Estuvo a punto de levantarse para darme un abrazo, pero no lo hizo al darse cuenta de que yo no estaba muy receptivo.

Rellené los papeles y se los entregué.

—Puede llevar esta orden a la recepción. Las secretarias del hospital le agendarán una cita con oncología.

—¿Podemos irnos ya?

—Sí.

Tomó al hombre por el brazo y lo arrastró fuera, tirando de su brazo hasta que llegaron al pasillo.

—Ves, cariño, estarás bien. —Le oí decir antes de desaparecer.

Tenían esperanza y eso era importante.

Crecí en este hospital. Mi papá nos traía a mi hermano y a mí aquí cuando éramos niños. Las enfermeras y otras médicas terminaban siendo nuestras niñeras. Durante todo ese tiempo, aprendí que cuanto más creían los pacientes en su recuperación, mayores eran las posibilidades de que lo lograran. A veces, casos desesperados terminaban con resultados milagrosos, mientras que otros, con mejores pronósticos, morían por rendirse demasiado pronto.

Ese día no tenía ninguna cirugía programada, a menos que surgiera una emergencia. Sería un día tranquilo... al menos en lo profesional, porque aún tenía que lidiar con el hecho de que la enfermera Jackson estaba embarazada y la posibilidad de que ese bebé fuera mío.

Todavía resonaban en mi cabeza las palabras de mi hermano, mucho más confiado que yo en que podría manejar la situación. Ser padre no estaba en mis planes ni para los próximos cinco años, ni veinte... sinceramente, no en ningún momento de mi vida. Había aprendido a vivir para este hospital y mi profesión. No imaginaba dedicar mi tiempo a otra cosa.

Ni siquiera tienes hobbies. Me recordaba haber oído de Cristine en algún momento. Pero no veía nada de malo en que mi único pasatiempo fuera mi trabajo.

Ian, en cambio, tenía otras perspectivas. Él salía, tenía novia, disfrutaba la vida con una carrera mucho menos exigente que la medicina. Mientras yo sobrevivía a la residencia, él ya se había graduado y estaba poniendo en práctica sus conocimientos.

Yo tardé mucho más en convertirme en neurocirujano, mientras que él se dedicó a otras cosas en la vida.

No me quejaba, ni actuaba como un monje. Admito que prefería no involucrarme demasiado, y ciertamente me había acostado con más mujeres que él. Pero no recordaba las caras ni los nombres de la mayoría.

Vas a ser un buen padre...

La voz de mi hermano aún resonaba en mi cabeza, junto con todas las regañinas que me había echado por la situación.

—¿De verdad, Ian?

Una gran parte de mí quería seguir fingiendo que no estaba pasando nada. Solo me había acostado con esa enfermera una vez, y ninguno de los dos estaba completamente sobrio. Ni siquiera nos llevábamos bien...

Tienes que hacer un ADN...

¿Qué haría si el bebé fuera realmente mío?

Apoyé las manos sobre el escritorio de mi consultorio y solté un largo suspiro.

¿Tenía la opción de huir de esa situación?

Parece que no.

Ya era casi el final de la tarde, y durante el resto del día me quedé en mi consultorio sin cruzarme con Yasmin. Supuse que no se había desmayado ni nada por el estilo, porque nadie me avisó.

En las pruebas, aparte del embarazo, no parecía haber nada de lo que tuviera que preocuparme.

Aparte del embarazo...

—¡Maldita sea!

Aunque quisiera, aunque me esforzara, mi hermano ya sabía lo que estaba pasando y difícilmente me dejaría escapar. Si Ian no hacía nada, seguramente lo haría el tribunal del hospital, porque las noticias ahí corrían más rápido que en un salón de belleza.



Yasmin
JACKSON

Capítulo veintisiete

Generalmente, me encantaba estar en el hospital, mi vida estaba ahí. Aunque pasara tiempo con mi hermana y mis sobrinos, sentía que mi lugar en el mundo era ese, cuidando de mis pacientes. Para ser honesta, pensaba que yo los necesitaba más a ellos que ellos a mí. Pero ese día fue diferente. Después de la mañana agitada con mi desmayo y de haberle contado a Kendra que estaba embarazada, no podía esperar a que terminara mi turno para irme lo más rápido posible.

Cuando finalmente vi en el celular que mi horario había terminado, me dirigí al vestidor para recoger mi ropa del casillero.

Con la cabeza metida en el armario, buscando mi blusa entre el montón, tardé un rato en encontrarla. Pero al cerrar la puerta y mirar hacia afuera, me llevé tremendo susto al ver a Iván apoyado junto a mí, esperando que lo notara.

Di un paso atrás y casi me estrello contra la otra pared de casilleros, pero él me agarró de la cintura.

—Cuidado.

—¿Qué haces aquí? —Apreté los dientes, molesta.

—Pregunté dónde estabas y me dijeron que habías venido aquí.

—¿Por qué viniste?

—Tenemos que hablar.

—Creo que ya hemos hablado —dije furiosa, pero quería decirle que ya me había ofendido bastante.

—No lo creo.

—¡Ah, sí! —Me enfurecí aún más al recordar lo que me había dicho el día anterior—. En eso estamos en desacuerdo, doctor.

—No seas infantil, Yasmin.

—¿Infantil? —No pude controlarme y lo siguiente que supe fue que mis dedos chasqueaban en su cara y la cabeza de Iván se ladeaba por la bofetada.

Afortunadamente, no había nadie allí para ver que había golpeado al médico que más influencia tenía en ese hospital.

Sin duda, acababa de quedarme sin trabajo.

—¿Qué demonios fue eso? —Abrió los ojos sorprendido mientras se sujetaba la cara donde lo había golpeado.

—Lo que te mereces. —Tomé mi mochila que estaba sobre el banco en medio del vestidor.

Tenía que cambiarme de ropa antes de salir, pero en ese momento me pareció mejor idea hacerlo en casa.

—No irás a ninguna parte. —Me sujetó la muñeca.

—No puedes retenerme aquí.

—Tenemos un problema que resolver.

—Para mí todo quedó claro cuando me llamaste mentirosa. ¿Sabes qué, doctor Gray? No tengo que probarte nada. —Jalé mi brazo hasta que me soltó.

Mi corazón latía descontrolado, y sentía mis piernas temblar por la rabia que me invadía por completo. No había nada de lo que me arrepintiera más en la vida que haberme acostado con ese tipo.

—Vi el análisis de sangre.

—¿Ah, sí? —dije con sarcasmo—. Qué bueno por ti. —Me colgué la mochila al hombro, pero él se plantó frente a mí, bloqueando la salida con su cuerpo, como una maldita pared de arrogancia.

—Espera, ¡maldita sea! —gruñó.

—¿Por qué tengo que esperar? Ya te dije lo que quería, y tú dijiste mucho más de lo que debías.

—¿Todo bien aquí? —Hermes, un enfermero robusto de la sala de psiquiatría, entró al vestidor y vio nuestra discusión.

—Sí, todo bien —dijo Iván, claramente intentando que Hermes no se metiera.

Hermes me miró, esperando una confirmación de mi parte, y solo asentí. No necesitaba involucrar a ese tipo en el lío en el que me había metido yo sola. Aunque fuera amable, enfrentarse a uno de los dueños del hospital por mi causa sería una estupidez.

—Me voy. —Le hice un gesto de despedida.

Con Hermes ahí, Iván no intentó detenerme de nuevo, pero no estaba satisfecho y me siguió por el pasillo.

—Creí que mentías —dijo mientras caminaba a mi lado.

—Sigues pensando lo mismo —murmuré sin mirarle a los ojos.

Estaba tan enojada y triste que apenas lograba contener las lágrimas. Sujetaba la correa de mi mochila con tanta fuerza que sentí que alguna uña podría romperse.

—Hay una forma fácil de resolverlo.

—¿Una manera fácil? —Levanté las cejas, incrédula, con ganas de mandarlo al carajo o algo peor. Olvidando por completo que era un maldito Gray.

—Según la información que me han dado en el laboratorio, dentro de unas semanas podrás hacerte la prueba de ADN.

—No voy a hacer nada.

—¿Qué? ¿Por qué no?

—Si no me crees, es tu problema.

—No seas ridícula.

—¿Ridícula?

Casi me lancé contra él, pero antes de cometer semejante estupidez, Kendra apareció en el pasillo, sonriendo y saludándonos al vernos.

Me vi obligada a recomponerme antes de que llegara demasiado cerca.

—¡Ah, ahí estás! Pensé que ya te habías ido.

—Bueno... —Tragué saliva, ofreciéndole una sonrisa que seguramente parecía más una mueca—. Ya me voy.

—¿No te vas a cambiar?

Miré hacia abajo, fingiendo darme cuenta en ese momento de que aún llevaba el uniforme.

—¡Ah, sí! Voy a pasar por el baño primero.

—Si no te sientes bien...

—Kendra, ya te dije que estoy bien. Solo me distraje hablando con el doctor Gray.

—Qué atento de su parte venir a ver cómo estás. —Kendra le dio una palmada en el hombro.

¿Atento?

Ese médico era un estúpido, eso es lo que era.

—Gracias por cuidar de una de mis chicas.

—No hay de qué, Kendra —respondió Iván, sonriendo con ese aire encantador que tan bien fingía.

—Me encargaré de ella.

—No esperaba menos de ti.

—Voy a dejarlos hablando tranquilos. Voy a cambiarme. —Aproveché la oportunidad para escapar de ambos y me deslicé tan rápido como pude hacia el baño de mujeres, esperando que Iván no tuviera la osadía de seguirme.



Ivan

GRAY

Capítulo veintiocho

Yasmin se escapó y no pude seguirla porque Kendra me detuvo. Esa mujer había trabajado en el hospital desde que yo era niño y había visto crecer a mi hermano y a mí. Sentía que debía respetarla, pero en ese momento estuve a punto de apartarla a un lado para que me dejara pasar.

—¿Es solo por el embarazo? —preguntó, visiblemente preocupada.

Me sobresalté al darme cuenta de que ella lo sabía y me pregunté a quién más se lo habría contado Yasmin. *¿Lo sabía ya todo el hospital?*

—¿Solo el embarazo? —Fingí estar confundido, intentando sacar más información antes de decir algo, ya que no tenía claro hasta dónde llegaba el conocimiento de esa señora sobre nuestra situación.

—Eres neurocirujano, y ella se desmayó además de quejarse de dolores de cabeza. Aún es tan joven...

—No, no tiene ningún problema neurológico.

—¿Seguro?

—Sí. Sus análisis son normales.

—¡Ah, qué alivio! Vemos a muchos pacientes jóvenes enfrentarse a enfermedades terribles, pero nunca pensamos que algo así puede pasarle a los nuestros. Siempre rezo por eso.

—Estoy seguro de que lo haces. —Le di una palmada en el hombro mientras miraba de un lado a otro, intentando localizar hacia dónde había ido Yasmin—. Necesito regresar a mi consultorio. —Mentí para poder deshacerme de ella.

—¡Que tenga buen trabajo!

—Gracias.

—Ah, el padre de ese bebé debe ser un hombre con mucha suerte. —Suspiró, llamando

mi atención y haciendo que me girara para mirarla de nuevo.

—¿Sabes quién es? —Fingí una curiosidad inocente, pero en realidad quería saber si la jefa de enfermeras tenía idea de lo que estaba pasando entre Yasmin y yo.

—No.

—¿No te lo dijo?

Lo negó con un movimiento de cabeza.

—No insistí. Veo a esas chicas como si fueran mis hijas, pero hay asuntos que son personales. Seguro que me presentará al tipo cuando se sientan más cómodos. Acaba de enterarse de que está embarazada, y el primer hijo siempre nos descoloca. Lo sé por experiencia propia—. Se rió con simpatía.

—Imagino que sí.

—Hablando de eso, felicidades por lo de tu hermano. Escuché que va a tener un niño.

—Sí...

—Lis ya es tan adorable. Va a ser una gran hermana mayor.

—Seguro que sí.

Estiré el cuello, mirando detrás de ella, pero Yasmin ya había desaparecido de mi vista.

¡Maldita sea!

—Hasta pronto, doctor —dijo Kendra, dándose cuenta de que estaba tratando de irme.

—Adiós. —Fui en la dirección que Yasmin había ido, pero no la vi.

Solté un largo suspiro, dejando caer los hombros.

Si todo el hospital se enteraba del bebé antes de que pudiéramos arreglar la situación, las cosas se pondrían muy complicadas para mí.



Yasmin
JACKSON

Capítulo veintinueve

Dejé caer mi cuerpo en el sofá de mi pequeña sala, sintiéndome más agotada que nunca. Había sido un día difícil y sabía que era solo el primero de muchos desafíos que enfrentarían si seguía en ese hospital.

Tenía que conseguir otro trabajo, pero como Kendra sabía que estaba embarazada, sería aún más difícil convencerla de que me dejara ir.

¿Cómo podía seguir en aquel hospital odiando a Iván y con la posibilidad de que todo el mundo se enterara pronto de mi embarazo?

Mi celular empezó a vibrar en mi mochila y lo pensé mil veces antes de agarrarlo, temiendo que pudiera ser Kendra, o peor, Iván. Sin embargo, sentí un gran alivio al ver que era mi hermana.

Jasmine:

¿Cómo estás? No me diste más noticias, me preocupé.

Yasmin:

Bien.

Jasmine:

¿Solo bien?

Yasmin:

Prométeme que no vas a enloquecer.

Jasmine:

¿Enloquecer? ¿Por qué habría de hacerlo?

Yasmin:

Ya empezaste.

Jasmine:

¡Habla de una vez, Yaya! ¿Qué te pasó?

Yasmin:

Me desmayé en el hospital esta mañana, pero ya estoy bien.

Jasmine:

¿Segura que no era algo grave?

Yasmin:

Sí, estoy segura. Estaba rodeada de médicos y solo fue un episodio por el embarazo. Seguro tú también te desmayaste cuando estabas embarazada.

Jasmine:

Nunca me desmayé.

Yasmin:

Dicen que cada embarazo es diferente.

Jasmine:

Podría ser, pero los médicos dicen que estás bien, ¿no?

Si quieres, puedo ir a cuidarte.

Yasmin:

No es necesario.

Jasmine:

¿Y si te sientes mal otra vez?

Yasmin:

Tomé un autobús lleno de trabajadores sudados y en el calor infernal de Miami, y

aun así no me desmayé de nuevo. Te aseguro que estaré bien.

Jasmine:

¿Has cenado? ¿Tienes algo para comer?

Yasmin:

No, todavía no. Estoy juntando fuerzas para cocinar algo. Acabo de llegar.

Jasmine:

Te prepararé un almuerzo y te lo enviaré por uno de los repartidores.

Yasmin:

Por eso te quiero.

Jasmine:

Solo intento cuidar a mi hermana pequeña.

Yasmin:

Muchas gracias.

Jasmine:

Ahora vete a ducharte y a descansar.

Yasmin:

De acuerdo.

Te quiero, hermana.

Jasmine:

Yo también te quiero.

Cuando dejamos de mensajearnos, fui al baño y me di una ducha refrescante, aprovechando para lavarme el pelo.

Estaba secándome antes de ponerme la ropa cuando oí sonar el timbre.

¡Guau, qué rápido!

Sabía que los repartidores del restaurante tenían que ser rápidos para complacer a los exigentes clientes, pero no vivía tan cerca y parecía que había pasado menos de veinte minutos desde el último mensaje de mi hermana.

—¡Ya voy! —grité desde el baño, aunque seguramente no me escuchaba desde el pasillo.

Me puse el pijama lo más rápido posible y salí con una toalla enrollada en el pelo.

—¡Qué rápido fuiste...! —Me detuve en seco al ver que, en lugar del repartidor de mi hermana, me encontré con los ojos castaños de Iván.

—¿Rápido para qué...? —insistió para que terminara la frase.

—No te estaba esperando a ti.

—¿A quién entonces?

—No es asunto tuyo —le respondí de manera cortante.

—¿Puedo pasar?

—¡No!

—¡Vamos, Yasmin!

—¿Vamos qué? Francamente.

—Tenemos que hablar.

—Ya he dejado muy claro que no quiero hablar más contigo. —Intenté cerrar la puerta, pero su fuerte mano me lo impidió.

—¿Te enteras de que estás embarazada y ahora actúas así?

—¡Ah, claro! Porque tú eres un santo.

—Eso no es lo que estoy diciendo, solo que tenemos que hablar.

—Me pediste un examen de sangre para confirmar algo que ya te había dicho y ahora

quieres un examen de ADN para verificar lo que ya sé. ¿Y luego qué va a ser?

Me miró fijamente, parecía pensar en algo, pero no se le ocurrió nada y prefirió guardar silencio.

—Solo quiero una cosa de ti —me aventuré a decir.

—¿Cuál?

—Una carta de recomendación para conseguir trabajo en otro hospital. El Miami Park...

—¿Por qué querrías trabajar en otro hospital? San Rose es el mejor.

—Eres muy estúpido para ser neurocirujano. —Resoplé.

—No tienes que huir de mí.

—¿Ah, no? —Alcé las cejas—. ¿Y cómo crees que será cuando todo el mundo en el hospital empiece a preguntar quién es el padre de mi bebé?

Me miró fijamente y, una vez más, no tuvo una respuesta rápida.

—Por si no lo sabías, las noticias viajan muy rápido en ese lugar.

—Nosotros... —Fue interrumpido por una voz que resonó en el pasillo, llamando nuestra atención.

—¿Señorita Jackson? ¿Es aquí? —Un repartidor levantaba una bolsa de comida con el logo del restaurante de mi hermana—. Traje la cena.

—Sí, es aquí. —Me escabullí de Iván y fui hacia el repartidor para recoger mi comida.

Mi estómago ya estaba gruñendo, señalando mi hambre, y no quería esperar para desmayarme de nuevo.

—Gracias.

—¡De nada! —Asintió mientras ajustaba su mochila térmica—. Que lo disfrutes.

Saludé y él me devolvió el saludo antes de caminar hacia el ascensor.

Por un momento, me olvidé de Iván, y cuando me giré de nuevo hacia él, encontré el

pasillo vacío.

¿Se ha ido?

Mi sensación de victoria pronto se hizo añicos cuando entré en mi departamento y vi al médico sentado en mi sofá.

—¿Todavía no te has ido? —Apreté los dientes.

La única razón por la que no le tiré la comida en la cara fue porque me moría de hambre.

—Te lo dije, tenemos que hablar.

—He dejado muy claro lo que quiero.

—¿Un trabajo en otro hospital?

—¡Sí! —Pasé junto a él y me senté en mi pequeña mesa, abriendo el paquete de comida.

—¿Crees que alejarte de mí es suficiente?

—Es lo que más deseo —dije.

—Mentirosa.

—¿Qué? —grité, girándome hacia él con más indignación—. ¿Cómo te atreves a venir a mi casa y llamarme mentirosa en mi cara, imbécil?

—Si quisieras deshacerte de mí, ni siquiera me habrías dicho que estabas embarazada.

—Siempre pensé que eras un idiota, pero creí que al menos tenías la decencia de hacerte cargo de tus actos. Lamentablemente, me di cuenta tarde.

—¿De verdad crees que voy a creerle a cualquiera que diga que está embarazada de mí?

—¿A cualquiera? —Me levanté de la silla, furiosa—. ¡Sal de mi casa!

—Solo hazte el ADN.

—Métete tu ADN en el cu...

—Yasmin. —Me impidió decir la palabrota que tenía en la punta de la lengua.

—Mi hijo definitivamente no te necesita.

—Eso no lo decides tú.

—¡Ah, claro que sí! —Estaba tan furiosa que me lancé hacia él como un tren a vapor—. ¡Sal de mi casa!

—¡Un momento!

—¡Fuera de aquí! —Lo agarré de la camisa con una fuerza inusitada, impulsada por la ira, y lo empujé hacia la puerta—. ¡Déjame en paz!

—¡Yasmin!

—Vete o llamo a la policía.

—Estás exagerando.

—¿De verdad quieres verme exagerar? —Tomé el celular de la mesa y marqué el número de emergencia, activando el altavoz.

—*¿Cuál es la emergencia?*

—Un loco acaba de invadir mi casa —dije, mirando a Iván con firmeza.

—*¿Dónde está ocurriendo?*

—¡Está bien! Me voy. —Iván se rindió y salió de mi apartamento.

—*Señora, ¿qué dirección?* —insistió la mujer al otro lado de la línea mientras el neurocirujano salía de mi casa y yo cerraba la puerta lo más rápido posible, asegurándome de que estuviera bien cerrada.

—*¿Señora?*

—Se ha ido, gracias —dije en voz baja, cada vez más tranquila, pero mi respiración seguía agitada.

—*¿Quiere que envíe una patrulla?*

—No es necesario.

—*¿Segura?*

—Sí, disculpe la molestia.

—Buenas noches.

—*Igualmente.*

Volví a mi pequeña mesa y me dispuse a comer mi cena, que ya se estaba enfriando.

¿En qué lío me metí?



Ivan

GRAY

Capítulo treinta

—¿Policía? ¿En serio? —Golpeé el volante, indignado, después de regresar al carro y darme cuenta de que mi intento de hablar con Yasmin había salido aún peor de lo que imaginaba.

Incliné la cabeza hacia delante, apoyándola con la mano, y me di cuenta de lo mucho que me latían las sienes.

Había pensado que la idea de ir a su piso sería brillante y que podría arreglar las cosas, pero todo empeoró aún más en una escala que ni siquiera podía medir.

Al darme cuenta de que no podía resolver la situación con Yasmin de la forma tan sencilla que había imaginado, arranqué el coche y conduje por las calles de Miami hasta que me di cuenta de que había ido al departamento de mi hermano.

El portero me reconoció y me dejó subir. Fui directo al elevador en el hall de ese lujoso edificio y presioné el botón para el penthouse. Incliné la cabeza hacia el frente, apoyándola en el espejo, y noté cómo mi respiración lo empañaba mientras se volvía cada vez más agitada.

Pensaba que podía solucionarlo todo, que no quedaba ningún problema sin resolver en las hábiles manos del doctor Gray, pero esta situación fue inesperada y escapó por completo a mi control.

Cuando se abrió el ascensor, recorrí el pasillo de mármol hasta la única puerta y llamé al timbre. Eran alrededor de las diez de la noche y mi propio hermano vino a abrirme, con los ojos desorbitados al darse cuenta de que era yo.

—Iván, ¿qué haces aquí?

—¿Podría entrar? —Con la cabeza gacha, pregunté casi en tono quejumbroso, sintiéndome derrotado.

—Adelante —Ian retrocedió y me hizo sitio para pasar—. ¿Por qué no te sientas? —Me indicó el cómodo sofá blanco que había en el centro de la sala.

—Gracias.

Ian se acomodó en un sillón frente a mí y apagó la televisión.

—¿Qué ha pasado?

—Intenté hablar con Yasmin.

—¿Intentaste?

—Lis finalmente se durmió. —Antes de que pudiera responder, Priscilla, su esposa, apareció en la sala con una bata de seda roja y se quedó incómoda al verme—. Oh, Iván, no sabía que venías.

—Disculpa por interrumpir.

—No interrumpes nada. —Por la sonrisa forzada que me dio, supe que mentía—. Voy a preparar un té, ¿quieres uno?

—Sí, gracias.

—No hay de qué —asintió y se metió en la cocina.

El apartamento era lo suficientemente grande y espacioso como para que nos dejara a mi hermano y a mí cómodos para una conversación privada.

—¿Qué ha pasado? —repitió él, esperando que me desahogara.

—Ella llamó a la policía.

—¿Qué? —Casi salta del sofá—. ¿Qué hiciste?

—Nada.

—Iván... —Entrecerró los ojos con una expresión de juicio que casi me hizo arrepentirme de haber acudido a él.

—Solo le pedí que se hiciera la prueba de ADN, pero se negó. Cuando insistí, llamó a la policía.

—¿ADN? —Priscilla apareció en la sala llevando la bandeja y me di cuenta de que el asunto no quedaría solo entre mi gemelo y yo. Si es que él no le había contado ya.

Incliné la cabeza hacia delante y solté un largo y profundo suspiro.

—Es manzanilla. —Me pasó la taza.

—Gracias.

Tomé un par de sorbos, mirando al vacío antes de volver a mirar a ambos, quienes esperaban a que continuara con el tema.

Como Priscilla ya estaba presente, les conté brevemente que había tenido sexo con una de las enfermeras la noche de la inauguración, y que ella me había dicho la noche anterior que estaba embarazada. Le había pedido una prueba de ADN después de enterarme de que era verdad.

—¡Eres un idiota! —exclamó ella cuando terminé mi relato.

—¡Ey! —Miré a mi hermano con disgusto, esperando que me defendiera, pero no fue así.

—Tiene razón.

—Pensé que al menos estarías a mi lado. —Me incliné y dejé la taza sobre la mesa de centro de madera clara y amarillenta—. Será mejor que me vaya.

—¡Quédate ahí! —Ian me empujó contra el respaldo.

—Al menos no la dejaste plantada en el altar por una foto falsa. —Priscilla se encogió de hombros.

—¡Amor! —Se giró hacia ella—. ¿Estamos hablando de mi hermano o de nosotros?

—Solo digo que los Gray suelen hacer cosas estúpidas.

—Está bien —Ian asintió—. Tienes razón.

—Solo quiero saber si el niño es realmente mío. ¿Qué hay de malo en ello?

—En primer lugar, no la creíste, y sigues sin creerle —dijo Priscilla, todavía mirándome con aire sentencioso, como si yo fuera el equivocado.

—¿Por qué debería creerle?

—¿Qué razón te dio para no creerle?

Tragué saliva y no pude responder.

—¿Crees que si quisiera aprovecharse de ti ya no le habría contado a todo el hospital que estuvieron juntos y que está embarazada?

Una vez más permanecí en silencio.

—¿Qué gana ella llamando a la policía y comenzando de nuevo en otro trabajo, con gente nueva que no la tratará igual ni a ella ni al bebé?

—No sé... —admití.

—No gana nada alejándose de ti —dijo mi cuñada con convicción.

—¿Y qué quieres que haga? —Me crucé de brazos como un niño malcriado.

—En primer lugar, pedir disculpas.

—No voy a disculparme —gruñí, indignado.

—Si sigues pensando así, cada vez que trates de hablar con ella solo vas a empeorar la situación. Quizás no estés preparado para ese bebé, pero por lo que me contaste, también fue una sorpresa para ella.

—Puede que se haya acostado con otro hombre.

—¿Te ha dicho eso?

—No... —Me encogí ante la severa mirada de mi cuñada.

—¿Tan difícil es darle un voto de confianza?

—¿Y si miente?

—Iván, estás tan preocupado por la posibilidad de que sea mentira, que si es verdad solo estás logrando que te odie aún más.

Volví a callarme y me incliné para tomar el té y bebérmelo, dándome unos momentos para reflexionar.

—Yo ya casi lo arruiné todo —admitió mi hermano—. Créeme, no querrás cometer el mismo error.

—Yasmin y yo no somos pareja.

—Pero por ese bebé necesitan al menos llevarse bien.

—Es imposible criar a un niño en pie de guerra —añadió Priscilla.

—Pero... —Antes de que pudiera discutir, la mirada seria de ambos me hizo retroceder de nuevo.

Había ido al apartamento de mi hermano y, aunque no estaba de acuerdo con su opinión, lo había buscado, y tendría que lidiar con eso.

—¿Quieres más té? —Priscilla se inclinó para tomar mi taza.

Negué con la cabeza.

—¿Algo más fuerte? —preguntó Ian.

—Vodka quizás...

Mi hermano se rió antes de traerme un vaso de la bebida.



Yasmin
JACKSON

Capítulo treinta y uno

No fui a trabajar al turno siguiente, le envié un mensaje a Kendra diciéndole que me había despertado sintiéndome muy mal y que la cabeza me estaba matando. Era mentira, había sido un pequeño ataque de náuseas matutinas, me encontraba bien, pero la verdad, algo que nunca le diría, era que quería alejarme de Iván.

Después de nuestro último encuentro en mi apartamento, me di cuenta de que la situación estaba peor que nunca. Seguir conviviendo con él era completamente insostenible. Realmente necesitaba encontrar otro lugar, y rápido.

Salí por la mañana con algunas copias de mi currículum en un sobre de papel y las repartí por otros hospitales de Miami. En dos de ellos, conseguí hablar directamente con la jefa de enfermería, quien me dijo que me llamaría si surgía alguna oportunidad, pero volví a casa con varios "no" y un "tal vez".

Necesitaría mucho más que eso antes de renunciar. Por más que Jasmine me había asegurado que me ayudaría, no quería cargar mis responsabilidades sobre sus hombros. Mi hermana ya había hecho demasiado por mí y tenía que resolver mis problemas sola.

En todos los hospitales a los que fui, la pregunta era la misma: querían saber por qué quería dejar el San Rose. El hospital de los Gray era un referente en Miami, un lugar al que los profesionales de la salud querían entrar, no salir. Yo también me consideraba afortunada por trabajar allí, al menos antes de ser asignada a hospitalización y empezar a cruzarme con el doctor Gray.

¿Por qué tenía que pasarme algo así?

Solté un largo suspiro al bajar del autobús, una calle antes de mi apartamento. Creía que conseguiría una buena oportunidad solo presentándome, pero no era tan sencillo y había sido muy ingenua.

¡Maldita sea la hora en que me crucé con Iván Gray!

—¡Iván! —Me detuve en medio del pasillo, congelada de la sorpresa al ver al médico parado frente a la puerta de mi apartamento—. ¿Qué haces aquí? —Apreté los dientes y resoplé con rabia.

—Hoy no has ido a trabajar.

—No...

—Kendra me dijo que te sentías mal.

—Mentí.

Abrió los ojos marrones con sorpresa y se quedó pensativo unos instantes antes de hacerme una pregunta.

—¿Por qué?

—No es asunto tuyo. —Intenté pasar por su lado, pero me detuvo, agarrándome firmemente del brazo con su mano grande.

—Yasmin...

—Volveré a llamar a la policía. —Lo amenacé.

Puede que no fuera la mejor manera de resolver la situación, pero era la única que había funcionado.

—Tranquilízate.

—¿Tranquila? ¡Ni en sueños! —Le di un empujón en el pecho, intentando apartarlo.

Iván dio dos pasos hacia atrás y me soltó. Rápidamente, abrí mi bolso y saqué la llave de mi apartamento. Sin embargo, antes de que pudiera entrar, volvió a detenerme.

—¡Espera! —Extendió un sobre hacia mí.

Con la mano en la manija de la puerta, lo miré con desconfianza.

—¿Qué es eso? —pregunté con el ceño fruncido y un aire de curiosidad mezclado con miedo e inseguridad.

—Ábrelo.

—Si intentas...

—Solo ábrelo —me interrumpió.

Asentí y lo hice. Dentro del sobre había una carta de aceptación para unirme al equipo del Hospital de Miami. Era más que una simple recomendación, era una oferta de trabajo segura.

—¿Qué es esto? —Moví la cabeza, buscando sus ojos.

—Lo que me pediste.

—Le pedí a Kendra una carta de recomendación.

—Querías dejar el San Rose, así que hice una llamada para arreglar las cosas por ti.

¿Así de fácil?

Saber que ese tipo tenía tanto poder me enfurecía aún más.

—Gracias. —Doblé la carta y me la metí en el bolsillo.

Independientemente de cómo lo hubiera conseguido, había resuelto mi problema mucho más rápido que yo llamando a la puerta de todos los hospitales y clínicas de aquella ciudad en busca de otro trabajo.

Intenté entrar nuevamente al apartamento, pero él me detuvo, poniendo su mano sobre la mía en la manija. Su toque provocó una ola de calor que recorrió todo mi cuerpo, pero hice todo lo posible por mantener la compostura y no dejar que viera cuánto me afectaba.

—Puedes estar tranquilo, con este otro trabajo ya no seré un problema para ti —le aseguré, esperando que eso lo dejara en paz.

—Escucha... —Su mano se deslizó hasta mi cintura, y mi cuerpo se tensó mientras contenía la respiración.

Solo quería odiar a aquel médico, pero había otras sensaciones que no podía evitar.

—Déjame en paz, por favor... —murmuré en un acto casi desesperado con la esperanza de que aquel hombre se alejara de mí.

—¿De verdad necesitas esto? —susurró.

De repente nuestra conversación ya no era tan escandalosa, pero eso no significaba que fuera amistosa.

—¿Esto? —Alcé las cejas sin entender lo que había dicho.

—Dejar el San Rose.

—Claro que lo necesito. Va a ser imposible lidiar con la situación. —Tragué saliva y lo miré directamente a los ojos, arrepintiéndome al instante de hacerlo—. Va a ser imposible lidiar contigo —solté lo que estaba pensando.

Iván reaccionó a mis palabras como si le hubieran dado una patada. Me soltó la mano y retrocedió unos pasos, deteniéndose en la pared opuesta del pasillo.

—Lo siento...

Abrí los ojos como platos, incapaz de creer lo que acababa de escuchar.

—¿Cómo?

—Cometí un error —dijo, sonando aún más increíble viniendo de él.

—¿Error?

—No debería haber actuado así contigo, así que te pido disculpas.

¿Quién es este hombre y qué le ha hecho al médico más insoportable y soberbio del San Rose?

Permanecí en silencio, demasiado sorprendida para responder inmediatamente. Era imposible tener una respuesta rápida para alguien que creía incapaz de admitir que se equivocaba.

Al darse cuenta de que yo no diría nada, continuó.

—No tienes que irte de San Rose por mi culpa. Llevas años en el hospital, te has acostumbrado al personal y has hecho amigos. Además, le caes bien a los pacientes.

—Pero... —Todavía estaba en shock y luchaba por formar frases—. No voy a...

—Nunca te pediría que hicieras eso —me interrumpió antes de que pudiera terminar la

frase.

¿Nunca?

—¿Qué te ha pasado? —le pregunté, incrédula.

La forma en que actuaba era tan surrealista que pensé que estaba soñando.

—Solo me di cuenta de que me equivoqué. Actué de una manera que no debía. Cometí un error, y tú también. Eso nos llevó a un embarazo, pero no eres la única que tiene que lidiar con las consecuencias de esa noche.

—¿Qué estás tramando?

—¿Tramando? —Parecía sorprendido.

—No eres del tipo que va por ahí disculpándose, así que algo no me estás diciendo.

—No estoy tramando nada, Yasmin.

—Entonces, ¿por qué todo esto? —Adopté una postura firme y desconfiada.

—Me di cuenta de que estaba equivocado.

—¿Por qué? ¿Te ha caído un rayo en la cabeza?

—No...

—¿O te reemplazaron por otro tipo?

—Obviamente, no.

—El doctor "Dios" nunca admitiría que estaba equivocado.

—Lo sé, pero...

—Gracias por el nuevo trabajo. Que te vaya bien. —Fue mi turno de interrumpirlo. Le cerré la puerta en la cara, dejándolo afuera.

Estaba tan tensa, conteniendo la respiración, que en cuanto me di cuenta de que estaba en un lugar seguro, solté un largo suspiro y mi respiración se volvió jadeante y entrecortada.

Saqué la carta del bolsillo y volví a leerla, cinco veces o más, para asegurarme de que lo

que allí estaba escrito era cierto. Podría irme a otro hospital y alejarme del doctor Gray y de todo lo que me recordaba a él.



Ivan

GRAY

Capítulo treinta y dos

Me subí al auto estacionado cerca del edificio donde ella vivía, en un lugar con muchos apartamentos diminutos por piso.

Yasmin no había llamado a la policía para expulsarme, pero no me pareció que nuestra conversación hubiera ido mucho mejor que el día anterior. Aunque me había menospreciado y me había hecho disculparme, seguía mostrándose temerosa y enfadada, haciendo todo lo posible por alejarme.

Le había dado el trabajo que quería y hablaba con ella de forma más amistosa, pero seguía siendo como si hubiera un terrible abismo entre nosotros.

—¡Qué mierda! —Golpeé el volante con la mano, tocando la bocina y asustando a un chico que cruzaba la calle en su bicicleta.

Las mujeres no eran fáciles. Por eso, era mucho mejor no dejar que las cosas con ellas llegaran demasiado lejos.

Saqué el móvil del bolsillo, viendo que eran más de las seis de la tarde y no tardaría en oscurecer. Probablemente Ian seguiría en el hospital, pero en lugar de conducir hasta allí, pensé en volver a casa. Era mejor estar solo y aclarar mis ideas.

En lugar de enfrentarme a mi hermano, decidí enviarle un mensaje.

Iván:

Dijiste que si me disculpaba lo arreglaría todo.

Ian:

No, dije que era una forma de acercarte a ella. Admitir que te equivocaste.

Iván:

¡Lo que sea! No funcionó.

Ian:

¿Ha vuelto a llamar a la policía?

Iván:

No, pero siguió actuando como si me odiara.

Ian:

¿Querías que todo se solucionara mágicamente solo porque te disculpaste?

Iván:

¿No debería ser así?

Ian:

¡No jodas, hermano!

Iván:

Nunca he sido muy bueno pidiendo disculpas.

Ian:

Eso lo sé muy bien.

Iván:

No voy a arrastrarme tras ella pidiéndole perdón.

Ian:

¿Y qué piensas hacer, dejarlo así?

Iván:

Si es necesario, sí.

Ian:

¡No me lo puedo creer!

Iván:

¿Qué más quiere que haga? Me he disculpado, le he dado lo que quería.

Ian:

Para que ella te disculpe, tiene que creer que hablas en serio y que realmente te arrepientes de todo lo que dijiste.

Iván:

Pero estoy diciendo la verdad.

Ian:

¿De verdad?

Me quedé mirando el móvil que tenía en la mano, pensando en la pregunta de mi gemelo. Si fuera tan sencillo, habría respondido al instante, tan rápido como él me había apretado. Pero no fue así.

De hecho, no estaba seguro de si realmente me arrepentía. Seguía viendo la situación con incomodidad y extrañeza. La posibilidad de ser padre todavía me dejaba en shock, y la parte que había ofendido a Yasmin realmente quería que ese bebé fuera mío. Sin embargo, la otra parte, la que aún conservaba algo de dignidad, había escuchado todo lo que mi hermano y mi cuñada me dijeron, y se sentía culpable.

Si el bebé era mío, era mi responsabilidad.

Era realmente el momento de dejar de pensar que podría no serlo y aceptar que podría serlo.

Más que las palabras de Yasmin, su edad gestacional corroboraba su afirmación.

Puede que me costara admitir cuando me equivocaba, pero nunca huía de mis responsabilidades.



Yasmin
JACKSON

Capítulo treinta y tres

Llamé a Recursos Humanos del Miami Hospital y me confirmaron que la carta era legítima, el doctor Gray me había recomendado personalmente y estaban buscando enfermeras. Podía empezar al día siguiente si quería, solo necesitaba llevar mis documentos y prepararme para el periodo de prueba.

El miedo a perder mi trabajo ya no me sacudía, pero toda la situación seguía siendo muy extraña. No esperaba ni imaginaba que Iván dijera lo que dijo, y mucho menos que se disculpara.

No tienes que dejar el San Rose...

Eso me había dicho, y en el fondo, no quería dejar el hospital. Me gustaba trabajar con Kendra, con Jolie y con todas las demás. Llevaba el tiempo suficiente allí para crear lazos y hacer amistades, pero nada de eso iba a ser estable cuando la noticia del embarazo dejara de ser un secreto. Por más que le pidiera a Kendra que no dijera nada, en algún momento la barriga empezaría a crecer y sería imposible ocultarlo.

¿Debería inventarme una historia, un padre ficticio?

¿Quién sabe?

Nunca había tenido nada con Iván, excepto esa noche. Tal vez la gente no conectaría los puntos y jamás sabrían que él era el padre de mi bebé. ¿Pero podría vivir con eso? ¿Verlo todos los días y saber que me había dado la espalda?

Estaba sentada en el sofá de mi sala, siendo devorada por estos terribles pensamientos, mirando la carta frente a mí, cuando escuché el timbre.

No me levanté ni dije nada, imaginando que quien estuviera al otro lado se iría, pero eso no ocurrió.

—¡Yasmin! —Oí la voz de mi hermana al otro lado—. ¿Estás ahí?

—¿Jasmine?

—¡Soy yo! Abre la puerta.

—Ahí voy.

Me levanté, fui hasta la puerta y la destrabé. Mi hermana entró y me analizó con sus ojos oscuros, tratando de entender qué podía haber pasado.

—¿Te encuentras bien?

Asentí con la cabeza.

—No es lo que parece. —Levantó un paquete—. Te he traído la cena.

—Gracias, no quería molestarte.

—No es molestia, quería venir a ver cómo estabas.

—Puedo cuidarme sola.

—A veces me lo creo, a veces no tanto. —Se encogió de hombros y me contuve de reír.

—¿A veces?

—Ahora no te tengo mucha fe en ello.

—¿Qué has traído aquí? —Cambié de tema, le quité el paquete de la mano y fui a mi pequeña cocina a por cubiertos.

—Tu favorito.

—¿Pasta con bacon?

—Ensalada con pollo desmenuzado y tostadas, una buena fuente de carbohidratos.

—Tiene que ser una broma. —Fruncí el ceño.

—Claro que no, necesitas una dieta sana, colorida y rica en nutrientes. Pregúntale a los doctores.

—No quiero saber de doctores en mucho tiempo —gruñí.

—¿Cómo te está yendo con ese tema? —Se acomodó en mi pequeño sofá y encontró la carta de empleo que había dejado tirada.

—Complicado. —Abrí el paquete y encontré una rica y colorida ensalada, acompañada de pechuga de pollo desmenuzada y tostadas—. Hum, delicioso —dije con una nota de sarcasmo.

—Hay un aderezo para que te ayude. —Señaló un sobrecito en la bolsa.

—Gracias.

—Tu obstetra me lo agradecerá.

—Ni siquiera tengo uno todavía —Desvié la mirada y clavé el tenedor en un poco de ensalada, especialmente en la parte con zanahoria y huevo.

—Tienes que ir a uno. —Me dirigió una mirada de reproche.

—Lo sé... No quería que la noticia de mi embarazo se difundiera por San Rose.

—¿Y cuándo empiezas en el nuevo hospital? —Levantó la carta, llamando mi atención sobre ella.

—No lo sé.

—¿Cómo que no sabes?

—Aún tengo que pedir mis documentos y decírselo a mi jefa...

—No quieres irte... —Jasmine lo adivinó más rápido de lo que pude esconderlo.

—No, pero tengo que irme.

—¿Realmente lo necesitas?

—¡Jasmine!

—Hermanita, no tienes que huir por culpa del doctor idiota. El hijo es de él, que él se encargue del resto del hospital cuando todos se enteren.

—No quiero ese lío...

—No tienes que esconderte y huir como si estuvieras cometiendo un delito, porque no es así. No hiciste este bebé sola y él también tiene que lidiar con las consecuencias.

—¿Has olvidado que Iván es el dueño del hospital?

—¿Y qué?

—No quiero afrontar mi embarazo en un entorno hostil.

—Yasmin...

—Salir de allí me parece la mejor solución.

—¿Te parece? Entonces no estás segura.

Me llené la boca con su ensalada para darme una excusa y quedarme callada unos instantes. Me pareció mejor así que admitir que no tenía tanto valor como para enfrentarme a esa situación a diario.

No quería dejar todo lo que había construido, pero al mismo tiempo sabía que nada volvería a ser igual una vez que la gente se enterara de que estaba embarazada.

—Lo sabes, ¿verdad? —dijo Jasmine tras mi largo silencio.

—¿Saber qué?

—Elijas lo que elijas, te apoyaré.

Sonreí ampliamente, con los ojos llorosos de emoción.

—Gracias, hermana.

Me miró fijamente y se tapó la boca con la mano para no reírse.

—¿Qué te pasa? —Entrecerré los ojos, mirándola con seriedad.

—Tienes lechuga en el diente.

—¿Estás bromeando?

Negó con la cabeza.

—Es culpa tuya.

—¿Mía?

—Por traerme ensalada en vez de un buen plato de pasta.

—Solo estoy cuidando de su salud, querida enfermera.

—Sé lo que es mejor para mí. —Hinché el pecho, confiada.

—Oh, claro que lo sabes.

Las dos nos echamos a reír y el ambiente se relajó.



Ivan

GRAY

Capítulo treinta y cuatro

Llegué temprano al hospital ese día, me reuní con mi equipo y revisamos los últimos exámenes de la paciente que íbamos a operar. Había sufrido un accidente, y después de un largo análisis con el equipo de ortopedia, habíamos visto una posibilidad de devolverle el movimiento a las piernas de una joven de veinte años con la ayuda de un implante en la columna vertebral.

Era una cirugía pionera, jamás realizada en el San Rose ni en ningún hospital de ese nivel. Las probabilidades de éxito eran pocas, pero si salía bien, abriría las puertas a una verdadera revolución médica.

Debería haberme emocionado mucho participar en ella, pero, para ser sincero, mi mente divagaba y me sentía terriblemente culpable.

—¿Doctor Gray?...

—¡Ah, sí! —Parpadeé, dándome cuenta de que me había quedado perdido en mis pensamientos y no sabía cuánto tiempo llevaba así. *¿Hace cuánto me había llamado la doctora Chaves?*

Ella era una buena doctora. Aunque su área, la ortopedia, no generaba tanto dinero como la cirugía plástica, manejaba muy bien su especialidad.

—¿Va todo bien?

—Pues sí. Estaba pensando en lo mucho que esta operación significará para esta joven y traerá esperanza a otras personas en la misma situación —Mentí. Estaba pensando en mi situación con Yasmin, pero tendría que dejar eso para más tarde.

—¿Ya está lista nuestra paciente?

—Sí —dijo uno de los residentes que nos asistiría en la operación—. Está subiendo al quirófano.

Miré a la doctora Chaves y ella asintió con la cabeza.

—Buena suerte.

—Buena suerte, doctora. Va a ser una gran operación.

—Que todo salga lo mejor posible para nuestro paciente.

—Sí.

Nos lavamos las manos en la sala previa y entramos al quirófano. El anestesista ya había sedado a la paciente, así que pudimos empezar la operación.

***

Estuve casi diez horas en la sala de cirugía. Fue extenuante y muy delicado, pero no solo yo, todo el equipo había dado lo mejor de sí para que la operación fuera un éxito. Sin embargo, solo sabríamos si todo había salido bien cuando la paciente despertara y saliera de la sala de recuperación. Hasta entonces, podría comer algo y visitar a otros pacientes que se recuperaban de cirugías.

Pero lo que realmente quería era encontrarme con Yasmin. Quizá, en el hospital, un ambiente donde ambos nos sentíamos cómodos, la conversación fluiría mejor. Darme cuenta de que realmente no tenía motivos para mentirme hizo que viera la situación de otra manera.

Si ese bebé era mío, Ian tenía razón, tenía que asumir la responsabilidad.

¿Estaba todavía asustado? Por supuesto que sí, pero había enfrentado desafíos terribles antes y había salido bien. Podría ser un buen padre. Además, tendría a Ian para ayudarme con eso. El bebé que él y Priscila esperaban era solo unas semanas mayor que el mío, y mi hermano gemelo ya tenía experiencia con Lis.

Después de comer algo en la cafetería, fui al área de enfermería donde ella solía estar.

—Doctor Gray. —Una de las enfermeras sonrió al saludarme.

—Hola, ¿puedes decirme si Yasmin sigue aquí o se ha ido a su casa?

—Acaba de pasar por aquí y ha ido antes al despacho de Kendra —respondió una de las enfermeras.

—¿Dijo algo?

—Se despidió.

—¿Se despidió? —Abrí los ojos con sorpresa, confundido.

—Sí. —Jolie torció los labios, visiblemente apenada.

—¿Por qué?

—Dijo que recibió una mejor oferta en Miami y que empezará allí mañana.

—¿Renunció?

—Sí. —Sus ojos estaban tristes.

—¿Estás segura? —Yo seguía un poco incrédulo, aunque ese resultado era de esperar, ya que yo le había conseguido la vacante en el hospital que había pedido.

—Así es. —La respuesta vino de detrás de mí y me giré para mirar a Kendra.

—¿Dijo por qué? —Contuve la respiración, temiendo que se hubiera ido del hospital con una mala impresión de mí.

—Solo mencionó que estaba buscando nuevas oportunidades.

—Ah...

—¿Sabe algo más sobre su partida, Doctor?

¿Kendra s*ospecharía de algo? ¿O ya lo sabía?*

—No —negué con la cabeza—. ¿Por qué piensas que yo sabría algo? Solo me pareció raro que ya no esté aquí. —Desvié el tema, pero Kendra era lo suficientemente perspicaz como para notar que había algo.

—Ya veo... —La señora siguió analizándome, pero no insistió.

Mi buscapersonas empezó a sonar y agradecí la excusa para irme de allí.

—Tengo que irme.

—Buen trabajo, doctor —dijo Kendra.

—Igualmente.

Les di la espalda y me dirigí al ascensor, mientras pensaba que Yasmin se había ido de verdad.

¿Qué esperabas? Me imaginé a Ian haciéndome esa pregunta. *Fuiste tú quien le dio la salida.*

Sí, fui yo.



Yasmin
JACKSON

Capítulo treinta y cinco

—Bienvenida a nuestro hospital, enfermera Jackson —dijo mi nueva jefa.

La enfermera Louis era una mujer de poco más de cincuenta años, asiática, con los ojos muy pequeños, pero una sonrisa muy amable y carismática que me hizo sentir un poco más cómoda. Aunque yo estaba muy tensa.

Empezar de cero en un nuevo entorno de trabajo siempre daba miedo, todo el mundo era desconocido y no sabía cómo tratar las particularidades de cada uno. Esperaba que la gente fuera amable y receptiva y acabara aceptándome.

—Este será tu lugar de trabajo, planta trece para pacientes postquirúrgicos, trabajarás en el turno de noche.

Asentí, mostrando una sonrisa alegre y emocionada.

—Estoy impaciente por empezar.

—Eso está muy bien.

Las enfermeras Rollins y Pager serán tus compañeras de turno. —Indicó a las dos mujeres que estaban en el puesto de enfermeras.

—Hola. —Saludé un poco torpemente.

—Hola. —Me saludaron.

—Bienvenida —dijo una de ellas, que era bajita y tenía el pelo corto, lo que hacía que su cara pareciera aún más redonda.

El otro era alto y delgado, con el pelo alborotado y gafas cuadradas.

—Muchas gracias.

—Te ayudarán distribuyendo a los pacientes.

Acepté y la jefa me dejó al cuidado de los demás.

A pesar de los nervios, empecé bien.



Ivan

GRAY

Capítulo treinta y seis

Esperé en la salida del hospital, en la zona para empleados. No sé cuánto tiempo pasó, pero parecieron horas interminables hasta que finalmente la vi aparecer, acomodándose la mochila en el hombro y caminando hacia la parada del autobús.

—¡Yasmin!

No se dio la vuelta, o fingió no escucharme. Continuó su camino hasta que fui tras ella, corriendo hasta alcanzarla y sujetándole la muñeca, obligándola a girarse y encararme.

—¡Espera!

—¿Qué haces aquí? —gruñó, tratando de liberar su brazo.

—No puedo creer que hayas renunciado de verdad —dije con un profundo aire de indignación.

—¿Qué creías que iba a hacer?

—No lo sé, pero no tenías que huir.

—¿Huir? —gritó tan fuerte que las personas alrededor se voltearon a mirarnos.

Avergonzado, tuve que soltarle el brazo antes de que alguien se metiera o llamara a la policía.

—Sí, estás huyendo.

—No estoy huyendo. —Apretó los dientes, claramente furiosa conmigo—. Solo estoy evitando problemas, tanto para ti como para mí.

—¿Problemas?

—Sigue con tu vida, doctor Gray. —Aceleró el paso hacia la parada del autobús—. Yo solo quiero seguir con la mía.

—No puedes hacer esto. —Fui tras ella, manteniéndonos cerca.

—¿Cómo que no? —Alzó las cejas, indignada.

—¡Estás cargando un hijo mío!

Hubo unos segundos de silencio antes de que Yasmin empezara a reír, una risa profunda que me sorprendió.

—¿Tuyo? —me preguntó con un aire de indignación aún mayor—. ¿Ahora vienes con esa historia?

—¿No fue lo que dijiste? Que el bebé es mío, que no hay duda.

—Y no me creíste… —Retrocedió otro paso, casi chocando con un coche estacionado.

—Lo sé, y te dije que había cometido un error.

—Crees que va a ser tan sencillo como eso, reconoces que has cometido un error y te diré que todo está bien como si nada más importara.

—¿Qué quieres que haga? —La miré con expresión seria, clavando profundamente los ojos oscuros en los suyos y observando cómo el sol se reflejaba y hacía brillar la piel negra de su rostro.

Respiró hondo y tardó una eternidad en contestarme.

—Nada.

—¿Cómo que nada?

—No quiero que haga nada, Doctor Gray.

—Iván, por favor...

—¿Ahora quieres que te llame por tu nombre?

—Ya hemos superado las formalidades.

—Ya hemos pasado muchas barreras —dijo, mirando a la calle mientras un autobús se acercaba. Intentó correr para alcanzarlo, pero la detuve de nuevo.

—¡Un momento!

—¡Basta ya! —rugió, forcejeando hasta que le solté la cintura—. Déjame en paz.

—Tenemos que resolver esta situación, Yasmin.

—¿Resolver? Para mí ya está todo resuelto. Tengo un nuevo trabajo y no vas a saber nada más de mí, doctor.

—No es tan sencillo.

—Debería serlo... —Se frotó los ojos y me di cuenta de que estaban llenos de lágrimas.

Se me revolvió el estómago y me di cuenta de que ella estaba realmente harta de toda aquella situación. Todo se me había ido de las manos.

—Lo sé... —Alargué la mano para acariciarle el hombro, pero Yasmin se apartó, gruñendo.

—¡Tú no sabes nada!

—Pero... —Intenté hablar y no me dejó.

—Crees que todo es muy fácil para ti, que todo se hace a tu manera, que las personas deben inclinarse a tu voluntad solo porque naciste en una burbuja de oro y lo tuviste todo. Pero no es así. Recuerdas perfectamente que tuvimos sexo, pero aún así me llamaste mentirosa, te hiciste una prueba de sangre para confirmar que estaba embarazada y ahora quieres que hagamos una prueba de ADN.

—Yo...

—¡Solo quiero que me dejes en paz! —volvió a gritar—. No quiero ni necesito demostrarte nada.

—Yasmin...

—¿Pasa algo aquí? —Un hombre se nos acercó. Era un tipo musculoso y calvo que medía al menos diez centímetros más que mi metro setenta, que caminaba por la calle y se topó con nuestra discusión.

Fue inevitable no inmutarse cuando se interpuso entre nosotros.

—Solo quiero irme —murmuró Yasmin.

—Estoy seguro de que este tipo ya no se interpondrá en tu camino. —Me miró amenazadoramente.

—Oye, escúchame bien —fue mi turno de gruñir—. Esto no tiene nada que ver contigo.

Estaba decidido a resolver la situación con Yasmin y no quería que ese tipo se involucrara.

—Ya no quiere hablar contigo, amigo.

—¡Fuera de aquí! —Le puse la mano en el hombro e intenté apartarlo.

No vi de dónde vino ni cómo lo hizo, solo me di cuenta del puñetazo cuando me alcanzó en la cara y me hizo tambalear, casi chocando con otra persona que pasaba por la calle.

—¡Por favor, no! —suplicó Yasmin, pero ya era demasiado tarde.

—¡¿Estás loco?! —Me enderecé, masajeando el área golpeada. Apenas sentía un leve dolor, pero sabía que dolería mucho más cuando la adrenalina bajara.

Yasmin movía la cabeza negativamente cuando vio que se acercaba un autobús y corrió hacia él, subiéndose sin mirar atrás.

Antes de que pudiera moverme, el tipo que me había pegado me amenazó.

—No te atrevas a ir tras ella.

Quise decirle que no tenía ni idea de lo que estaba pasando, pero ya era tarde. El autobús se alejaba y sería una pérdida de tiempo seguir discutiendo con él.

¡Oh, mierda!



Yasmin
JACKSON

Capítulo treinta y siete

Sentada en el fondo del autobús, me frotaba los ojos hinchados mientras las lágrimas caían sin control. No podía dejar de llorar ni de sollozar. Había sido mi primer turno en el nuevo trabajo y ya me había metido en un problema en la entrada del hospital. Solo estaba rezando para que nadie se lo comentara a la dirección del hospital y eso me costara el empleo.

Con cada día que pasaba, me arrepentía más de haber ido a esa maldita inauguración y de haber bebido de más. Si no hubiera perdido el juicio, jamás me habría involucrado con ese médico, ni habría terminado embarazada.

Por acto reflejo, me llevé la mano al vientre, pensando en el bebé que allí crecía, y me aterrorizó aún más pensar en lo difícil que sería seguir tratando con su padre si Iván no dejaba de atormentarme.

Estaba profundamente herida por todo lo que me había dicho, devastada por cada una de sus palabras, y no podía simplemente olvidarlo y fingir que era un buen tipo arrepentido. Tenía miedo de que, si me atrevía a confiar en él, terminara aún más destrozada emocionalmente.

—¿Señorita?

Levanté la cabeza cuando sentí que alguien me tocaba el hombro.

—¿Sí? —Me giré y vi que era una señora de más de sesenta años, que me ofrecía un pañuelo de papel—. Gracias.

—¿Va todo bien?

Sacudí la cabeza, asintiendo.

Era mentira, pero no quería hablar de mis problemas con una desconocida.

Me limpié las esquinas de los ojos con el pañuelo y esbocé una sonrisa amplia.

Por suerte, no tardó mucho en llegar el autobús al punto donde yo esperaba. Me había subido al autobús equivocado, no iba hacia la zona donde vivía, pero paraba a unas cuadras del

restaurante de mi hermana. Dada la situación en la que me encontraba, un poco de consuelo fraternal sería bien recibido.

En cuanto bajé del autobús, caminé hacia el restaurante, sintiendo cómo el calor se intensificaba a medida que el sol subía en el cielo y el olor a mar se hacía más fuerte, ya que el restaurante estaba a pocas cuadras de la playa.

Eran poco más de las ocho de la mañana y el lugar aún no estaba abierto. Cuando me acerqué al vidrio, vi a mi hermana dentro, con su esposo. Estaban limpiando el suelo, mientras las sillas estaban sobre las mesas, boca abajo.

Hice sonar el pequeño timbre de la puerta, atrayendo su atención y haciéndoles saber que estaba allí.

—¡Yasmin! —Jasmine vino a abrir la puerta.

—Hola... —Forcé una sonrisa en cuanto me miró.

—¿Qué haces aquí? No sabía que ibas a venir. Deberías haberme avisado. Podría haber preparado un desayuno especial para nosotras.

—No hacía falta. Ni siquiera tenía pensado venir, solo pasó.

—¿Solo pasó? —Frunció el ceño, aún más extrañada por mi respuesta—. Ven, entra. —Dio un paso atrás para que pudiera pasar por la puerta.

—Tomé el autobús equivocado.

—¿Tan mal tienes la cabeza?

—No es exactamente eso...

—Entonces, ¿qué es?

—Yo... —Contuve la respiración, pensando por dónde empezar. Esta situación se me había ido de las manos mucho más de lo que había previsto.

—¿Por qué no te sientas? —Jaló una de las sillas que estaba sobre una de las mesas cercanas a la entrada y la puso en el suelo.

—Gracias.

—Buenos días, Yasmin. —Me saludó mi cuñado antes de continuar con la limpieza de la sala del restaurante.

—¡Buenos días, Harold! —Le devolví el saludo.

—A ver —Jasmine me dio una palmadita en la rodilla, volviendo mi atención a ella—. Cuéntame qué está pasando.

—Empecé en el nuevo trabajo... —empecé a contarle, desde el inicio del turno en el nuevo hospital hasta la desastrosa conversación con Iván en la puerta, que terminó con un desconocido golpeándolo y yo corriendo hacia el primer autobús que pasaba y llegando hasta allí.

—¿Es así como quieres resolver la situación?

—¿A qué te refieres? —Ensanché los ojos, definitivamente no era la reacción que esperaba.

—Huir del tipo no es la mejor solución.

—¿Qué quieres que haga? —pregunté, indignada.

—Hablar con él.

—Como si fuera tan sencillo.

—¿Y no lo es?

—No estabas ahí, no escuchaste todas las cosas horribles que me dijo. ¡Él fue un imbécil!

—Absolutamente.

—¿Y entonces?

—Pero sigue siendo el padre de tu bebé.

—No porque él quiera.

—Tú tampoco querías este embarazo, Yasmin. La vida, la mayoría de las veces, es mucho más complicada de lo que nos gustaría.

—Sí... —murmuré.

—Me imagino que aún no has comido nada. —Mi cuñado se acercó a nosotras y dejó una bandeja con una taza de café y algunas galletas de mantequilla cubiertas de azúcar, que eran pequeños pedazos de cielo.

—Muchas gracias, Harold.

—De nada. —Me sonrió y se alejó.

—Ojalá el padre de mi bebé fuera alguien tan bueno como tu marido —le dije a mi hermana.

—No todo es color de rosa todo el tiempo. —Soltó una risita.

—No es lo que parece.

—Intentamos hacer lo mejor para el otro, pero eso no significa que no cometamos errores. Las relaciones son así, hermana.

—No estarás defendiendo a Iván, ¿verdad? —Entrecerré los ojos con cara de indignación.

—¡Claro que no! Solo quiero que intentes pensar un poco antes de tomar cualquier decisión sobre él. Recuerda que no se trata solo de ustedes dos, hay un niño en el medio.

Tomé unas galletas y me las metí en la boca, como excusa para guardar silencio el tiempo suficiente para reflexionar sobre lo que había dicho.



Ivan

GRAY

Capítulo treinta y ocho

—Mi secretaria dijo que tú... —Mi hermano gemelo entró en mi oficina y se quedó callado a mitad de la frase cuando sus ojos se posaron sobre mí—. ¿Qué te pasó?

—Me han dado un puñetazo —refunfuñé mientras me quitaba la bolsa refrigerante del ojo hinchado y la ponía sobre la mesa.

—¿La policía...?

—No —lo interrumpí antes de que pudiera terminar su pensamiento.

—Solo fue un idiota entrometido que pasaba por la calle.

—¿Desde cuándo te peleas con desconocidos? Para ser sincero, no recuerdo que te pelearas con nadie desde aquel episodio de la escuela primaria en el que tú y Terry Parker se disputaban el puesto de capitán del equipo.

—No planeaba que me golpearan, ¿ok?

—Entonces, ¿por qué te pegaron?

—Ese imbécil se metió en una conversación entre Yasmin y yo.

—Hermano, ¿qué hiciste? —Ian se sentó en su silla, con una expresión de indignación que me puso aún más furioso.

—¡No hice nada, carajo! —gruñí, y él retrocedió en el asiento, sorprendido por mi reacción.

—No es lo que parece...

—Hice lo que me dijiste. Fui a buscarla, le pedí disculpas, admití que me equivoqué, y aun así, ella me trata con odio y desprecio. Le conseguí trabajo en otro hospital, y Yasmin se fue sin pensarlo dos veces. Sigue sin querer mirarme a la cara.

—No es tan sencillo...

—Ya me he dado cuenta —gruñí enfadado—. Entonces, ¿qué hago? Si disculparme no era suficiente. ¿Cómo vuelvo a acercarme a ella?

—No es tan fácil...

—¿Hablas en serio? —gruñí con enfado—. Qué buen hermano eres.

—Ah, Iván. No hay un librito mágico para arreglar nuestros errores.

—¿Hablas de mí o de ti? —Me incliné hacia él a través de la mesa.

—De los dos. Casi pierdo a Priscilla y a Lis para siempre, y fue difícil volver a ser parte de sus vidas. Estoy lejos de ser un hombre perfecto, y en eso somos iguales, fallamos. Si de verdad quieres arreglar las cosas, espero que tengas la oportunidad de hacerlo, como yo lo hice.

—¿Así de fácil? —refunfuñé.

—Lamentablemente, es algo que solo ustedes dos pueden resolver.

—Ah, gracias.

—Puede que no sea lo que querías oír, pero por desgracia no tengo una solución milagrosa.

Respiré hondo y solté una larga bocanada.

Tomé la compresa fría y volví a ponérmela sobre el ojo cuando el chichón empezó a dolerme de nuevo.

Afortunadamente, tenía el día libre, pero debía esperar que el ojo morado desapareciera antes del siguiente turno.



Yasmin
JACKSON

Capítulo treinta y nueve

Me quedé en el restaurante de mi hermana hasta poco antes del mediodía, cuando el lugar abrió y los clientes empezaron a llenar el local. Estaba agotada, lo mejor sería irme a casa, descansar un poco y esperar que todo estuviera en orden y sin sorpresas hasta mi próximo turno.

No quería tener que lidiar con Iván nunca más. Solo de pensar en él se me encogía el corazón y se me revolvía el estómago.

En el fondo, muy en el fondo, había una pequeña duda que me hacía pensar si realmente Iván estaba arrepentido. Era difícil entender por qué seguía insistiendo tanto en molestarme. ¿No sería más fácil simplemente dejarme en paz?

Con los ojos pesados por el cansancio de haber pasado toda la noche en vela, salí del baño secándome el cabello con una toalla y me senté al borde de la cama, sacando mi celular. Me encontré con unos mensajes que no eran de mi hermana.

Iván:

Sé que no quieres hablar conmigo.

Yasmin:

Entonces, ¿por qué me envías mensajes de texto?

Iván:

Porque no podemos seguir así.

Yasmin:

¿Ah, no?

Iván:

Sinceramente, ¿es esto lo que quieres?

Yasmin:

Solo quiero paz y no que me traten como una mentirosa.

Iván:

Ya he dicho que me arrepiento de lo que dije.

Yasmin:

¿Crees que es suficiente?

Iván:

Ambos perdimos el control esa noche. También fue mi culpa, pero no puedo regresar el tiempo y arreglar todo. Si tú puedes, dime y lo solucionamos.

Me quedé mirando el móvil entre los dedos durante unos instantes. Intentaba ser fuerte con todo, pero cada vez me sentía más perdida.

Yasmin:

Por supuesto que no.

Iván:

Entonces, ¿qué quieres que haga?

Yasmin:

Ya te lo dije.

Iván:

Si querías alejarme, ¿por qué me contaste lo del embarazo?

Yasmin:

No esperaba que me trataras como una mentirosa oportunista.

Iván:

No debería haber dicho eso.

Yasmin:

No.

Iván:

Pero lo dije, y lo único que puedo hacer ahora es disculparme.

Yasmin:

No quiero tus disculpas.

Iván:

¿Es eso lo que le vas a decir a nuestro hijo, que intenté retractarme y no querías que me acercara?

Yasmin:

¿Vas a culparme ahora?

Iván:

No estoy culpando a nadie, solo haciendo una pregunta.

Yasmin:

Aún no lo he pensado.

Iván:

Quizás deberías empezar a hacerlo.

Su mensaje me dejó desconcertada y tragué en seco. Aparté la vista de la pantalla de mi celular y puse la mano sobre mi vientre.

Mi bebé aún era solo una pequeña semilla dentro de mí, pero ya estaba en medio de una

confusión enorme. También era mi culpa, porque no podía decir que me habían forzado. El sexo pasó porque el alcohol me hizo olvidar el enojo y solo pensar en el deseo que sentía por ese hombre, que a pesar de su arrogancia y aires de superioridad, estaba buenísimo.

¡Yasmin! Me reprendí en mis pensamientos.

Iván:

¿Sigues ahí?

Yasmin:

Sí, estoy.

Iván:

¿Trabajas esta noche?

Yasmin:

No, mi turno es de 12x36 horas.

Iván:

Entonces déjame invitarte a cenar.

Yasmin:

¡No!

Iván:

A menos que realmente pienses que lo mejor para nuestro hijo es que crezca sin mí. Tenemos que encontrar la manera de entendernos.

Yasmin:

Ni siquiera crees que es tuyo.

Iván:

Cometí un error y lo admito.

Confío en ti.

Yasmin:

¿Es así?

Iván:

Tus niveles de beta HCG coinciden con los de esa noche. Eso me basta para reconocer que he cometido un error.

Yasmin:

Hasta que llegue el resultado de la prueba de ADN.

Iván:

Olvidémoslo. Te digo que confío en ti.

Yasmin:

¿Y yo puedo confiar en ti?

Iván:

Sí puedes.

Sé que estás enfadada, pero puedes confiar en mí.

Yasmin:

No pondría las manos en el fuego por ti.

Iván:

Vamos a empezar de nuevo, ¿ok?

Yasmin:

¿Empezar de nuevo?

Iván:

Si insistimos en lo que pasó, será peor para el bebé.

Yasmin:

Como si realmente te importara.

Iván:

Si no me importara, ¿crees que insistiría después de recibir un puñetazo de un desconocido?

Por no hablar de la amenaza de llamar a la policía.

Yasmin:

¿Te lastimaste mucho?

Iván:

Solo un ojo morado, sobreviviré.

Yasmin:

Qué bueno.

Iván:

Entonces, ¿aceptas mi invitación?

Yasmin:

No sé si es una buena idea.

Iván:

Tendrás que venir para averiguarlo.

Yasmin:

Necesito descansar para mi próximo turno. No quiero fallar en mi segundo día de trabajo, sin contar el caos de hoy en la entrada del hospital.

Iván:

Prometo regresarte pronto a tu casa.

Yasmin:

Mmm…

Iván:

Te recogeré a las 7 de la tarde.

Me quedé mirando el celular, evaluando entre los pros y los contras de esa cita, hasta que finalmente le respondí.

Yasmin:

Ok, te espero.

Iván:

De acuerdo.



Ivan

GRAY

Capítulo cuarenta

Tan pronto como detuve el auto frente al edificio con muchos apartamentos por piso donde vivía Yasmin, saqué mi celular y le envié un mensaje avisándole que ya estaba esperándola en la puerta. Mientras la esperaba, bajé el parasol y abrí el pequeño espejo, viendo la marca morada que aún rodeaba mi ojo derecho. La base que había comprado en la farmacia cerca de mi casa no era lo suficientemente buena para cubrir el moretón y seguía siendo bastante visible. Por más que mi madre fuera muy vanidosa, Ian y yo nunca le dimos importancia a esas cosas, y como no sabía nada de maquillaje, probablemente elegí mal o compré una marca de mala calidad. Justo cuando iba a sacar un pañuelo de la guantera para limpiarme, Yasmin golpeó el vidrio de la puerta del acompañante, llamando mi atención.

Desbloqueé la puerta y ella entró, mirando fijamente al exterior durante unos instantes antes de armarse de valor y mirarme a la cara.

—Gracias por aceptar mi invitación. —Sonreí.

—¡Dios! Eso se ve terrible.

—¿Qué cosa?

—Tu ojo.

—Sabía que no debía haber comprado una base —murmuré, volviendo la cabeza hacia otro lado—. Era mejor dejarlo como estaba.

Me incliné hacia ella para abrir la guantera y cuando saqué la mano choqué con la suya y nos miramos fijamente.

Yasmin retrocedió rápidamente, con cara de desconcierto, y apartó la mirada.

Era una mujer atractiva, eso no lo podía negar, y siempre hubo algo entre nosotros que culminó en sexo cuando dejamos el buen juicio de lado. Sin embargo, tenía que recordar que este encuentro no se trataba de nosotros, sino del hijo o hija que íbamos a tener. No podía perder el control, hacer una tontería y empeorar las cosas aún más.

—¿Adónde vamos? —preguntó, tratando de librarnos de la extraña y desconcertante atmósfera que se había instalado.

—A un restaurante al que mi familia suele ir.

—Ok.

Arranqué el coche y conduje durante algo más de media hora por las calles iluminadas de la ciudad costera hasta un restaurante del paseo marítimo. En cuanto estacioné en la puerta, se me acercó un aparcacoches.

Le entregué la llave y me di la vuelta, abriendo la puerta para Yasmin.

—¿Vamos?

Ella asintió.

Entramos al restaurante, donde la recepcionista nos llevó a una mesa afuera, sobre una terraza de madera iluminada con luces pequeñas y cálidas.

—El camarero los atenderá enseguida —dijo, mientras nos entregaba la carta del menú a cada uno y se marchaba.

—Gracias —dijo Yasmin con una sonrisa—. ¡Qué lugar tan bonito! —Miró a su alrededor, observando la luna llena en el cielo y las olas rompiendo a pocos metros de distancia.

—Sí —acepté.

Permanecimos en silencio unos instantes, mirándonos perplejos, hasta que ella fue la primera en armarse de valor para interrumpir el momento.

—Mira, Iván...

—¡Espera! —Extendí la mano hacia ella, haciéndola abrir los ojos con sorpresa—. Soy Iván Gray, médico, neurocirujano, trabajo en el San Rose, que pertenece a mi familia. Soy un poco difícil de tratar, tengo una personalidad egocéntrica, pero prometo que estoy intentando ser un mejor tipo.

—¿Intentando? —Se echó a reír.

—Sí, porque vamos a tener un hijo.

—¿Y si es una niña?

—Quizás esté un poco celoso.

—¿Quizás? —Alzó las cejas.

—Aún no sé cómo me sentiré cuando vea a mi niña rodeada de depredadores.

—Como si tú no fueras uno.

—Es muy posible que se deba a eso.

Yasmin movió la cabeza negativamente, pero antes de que pudiera decir nada, el camarero se acercó para tomar nuestros pedidos.

—¿Saben lo que vas a pedir?

—Tráigame un cóctel de frutas rojas sin alcohol —dije, tras revisar rápidamente el menú.

—Para mí también —señaló Yasmin.

—Una bebida para niños… —bromeó el camarero.

—Estoy embarazada —respondió defendiéndose.

—Lo siento. —El camarero se puso serio, dándose cuenta de su error.

—Yo prefiero mantenerme sobrio —completé en tono serio. Ya había cometido suficientes errores estando borracho cerca de Yasmin y no quería repetirlo—. De entrada, tráiganos una porción de camarones empanizados mientras decidimos el plato principal.

—Sí, señor.

—¿Bebidas para niños? —preguntó Yasmin en cuanto el camarero volvió a dejarnos solos.

—El alcohol no es seguro para ninguno de nosotros dos.

—Estoy de acuerdo.

—Seamos más conscientes a partir de ahora.

—Es lo mejor para los tres. —Yasmin se llevó la mano al vientre, que aún no mostraba signos de embarazo, y yo también sentí el impulso de tocarla, pero me contuve.

El silencio se prolongó por unos momentos, hasta que el mesero trajo los cócteles con sombrillitas de papel, pero sin una sola gota de alcohol.

—¿Te han hecho la primera ecografía?

—Todavía no. —Le dio un sorbo a su bebida.

—Voy a agendarlo...

—No. —Ni siquiera me dejó terminar la frase.

—¿Por qué no? —Estaba confundido—. Eres enfermera, sabes lo importante que es la atención prenatal.

—Lo sé.

—¿Entonces?

—Solo que no quiero que sea en el San Rose.

—Tenemos un excelente equipo de obstetricia.

—También empleados chismosos.

—¿Y qué?

—¿Cómo que “y qué”? —Alzó las cejas bien formadas.

—¿No crees que es cuestión de tiempo que todo el mundo sepa que voy a ser padre?

—Solo si tú lo cuentas...

—¿Qué necesidad hay de mantenerlo en secreto?

—¿Qué piensas decirles? ¿Que nos emborrachamos y tuvimos sexo en la sala de descanso?

—No.

—¡Sí!

—Nadie necesita saber exactamente cómo fue que este bebé fue concebido.

—¿Qué pensarán?

—Ese no es mi problema. —Me encogí de hombros.

—Para ti es fácil hablar.

—¿Por qué?

—Eres el dueño del puto hospital, la gente hace lo que tú quieras y no te va a juzgar. Yo, en cambio, no soy más que una enfermera.

—En lugar de preocuparte tanto por lo que pensarán los demás, deberías dar prioridad a este bebé y a lo que es mejor para él.

Mis palabras parecieron impactarla y dejarla sin habla, porque Yasmin se quedó completamente callada, mirándome fijamente.



Yasmin
JACKSON

Capítulo cuarenta y uno

El rumbo de esa conversación me desconcertó por completo, como si yo fuera la villana y él el dueño absoluto de la razón. Claro, lo mejor para cualquier niño era tener a sus padres en armonía, haciendo lo mejor por él.

Sabiendo por lo que pasamos mi hermana mayor y yo, entendía mejor que nadie lo que se siente cuando faltan esas figuras responsables en tu vida.

Aunque parecía lógico e innegable que Iván debía estar presente en la vida de nuestro hijo, seguía sintiendo mucho miedo. Temía que él pudiera cambiar de opinión y decir cosas aún peores de las que ya había escuchado. ¿Cómo podría soportar algo así de nuevo? ¿Tendría la fuerza suficiente para darme estabilidad a mí y a mi bebé?

Respiré hondo e Iván se inclinó sobre la mesa, tomándome la mano y haciéndome levantar la cabeza para mirarlo.

—¿Estás bien?

—Sería difícil decir que sí... —admití, aún a la defensiva.

—No tiene que decirlo si no te sientes bien.

—¿Qué te dice que mañana no cambiarás de opinión y volverás a comportarte como un idiota?

—Te lo garantizo —dijo hinchando el pecho y mostrándose confiado, pero antes de que pudiera decir algo o siquiera cuestionarlo, el camarero colocó la bandeja con los camarones empanizados entre nosotros, haciendo que Iván soltara mi mano y se echara para atrás.

—¿Han elegido el plato principal? —preguntó el camarero.

—Danos unos minutos más —pidió Iván y el hombre asintió antes de alejarse y dejarnos solos de nuevo.

Aprovechando la oportunidad, tomé el menú y me quedé mirándolo todo el tiempo que

pude, aunque no lo estaba leyendo realmente. Solo quería una excusa para evitar seguir hablando con Iván.

—¿Has elegido?

—Todavía no.

—Este risotto de mariscos es muy bueno —Se inclinó para señalarlo y nuestras manos volvieron a tocarse, lo que me desconcertó aún más.

Quería negar con todas mis fuerzas la atracción que sentía por él, lo que me ponía más nerviosa con la idea de tener que convivir con Iván más allá de lo profesional.

¿Podríamos ser buenos padres en medio de toda esta situación?

No lo creía.

—Podría ser —respondí con una sonrisa forzada, cerrando el menú y recostándome en la silla, esperando que él se alejara, lo que afortunadamente hizo.

El tacto de aquel hombre parecía contener un veneno que paralizaba mis músculos y me hacía perder la noción de lo que estaba bien y lo que no.

—No tienes que elegir solo porque yo lo sugiera.

—Es perfecto para mí.

—¿Estás segura? —Frunció el ceño, analizándome con mirada interrogante.

—Sí —dije en un tono incuestionable.

En ese momento quería cualquier cosa que me mantuviera alejada de él, porque temía lo que podría pasar.

Iván llamó al camarero y pidió los platos principales.

—¿Puedo? —preguntó cuando el camarero se marchó.

—¿Puede qué?

—Pedir una consulta con una obstetra en el San Rose.

—Iván, deja que yo me encargue de eso...

—Por favor.

—Sigo pensando que no es una buena idea.

—Todo irá bien.

Pensaba que tenía un millón de razones para pensar lo contrario, pero Iván no era el tipo de hombre que aceptaba un no por respuesta.

Suspiré profundamente y tomé uno de los camarones, lo sumergí en la salsa y me lo llevé a la boca, masticando despacio.

Comimos la entrada en silencio, mirándonos, y el plato principal no tardó en llegar.

—¿Vas a volver al San Rose?

—No.

—Pero...

—Ya estoy bien en el Miami.

—Solo trabajaste ahí un día.

—Lo sé.

—Yasmin...

—He dicho que estoy bien.

—De acuerdo. —Se vio obligado a retroceder.

No quería seguir en un hospital donde él tuviera tanto poder. Me hacía sentir más tranquila saber que no tenía tanta influencia sobre mi trabajo, aunque en el fondo, no era del todo cierto.

—Estás acostumbrada al San Rose, no hay necesidad de huir.

—Ya te dije que estoy bien.

—Bueno... —Cedió, dejando de insistir y volvió a concentrarse en su plato.

Se respiraba un aire de desconcierto en aquella cena, pero era difícil pensar que fuera a ser diferente después de todo lo que había pasado.



Ivan

GRAY

Capítulo cuarenta y dos

No sabía exactamente qué esperar de esa cena. El ambiente entre nosotros seguía raro, pero supongo que debería estar contento, porque había sido una mejora, considerando los últimos días. Logramos hablar sin amenazas, golpes de desconocidos o llamadas a la policía.

Yasmin bostezó, abrió la boca y se frotó los ojos.

—Estoy cansada.

—¿Ya?

—No he dormido desde el último turno. Quiero irme.

—Bien, nos vamos.

—Gracias.

Pedí la cuenta y pagué nuestra cena. En cuanto llegamos a la entrada del establecimiento, el aparcacoches ya había traído mi coche y me había entregado la llave.

Abrí la puerta del copiloto para Yasmin y esperé a que se subiera antes de ocupar el asiento del conductor. Durante el trayecto de regreso a su departamento, no hablamos. Ella se quedó mirando por la ventana, mientras yo me concentraba en el tráfico.

¿Qué estoy esperando?

Esa era una respuesta que no podía encontrar en mis conflictivos pensamientos del momento, pero una parte de mí seguía sintiendo que debía celebrar ese pequeño logro. Iba a formar parte de la vida de mi hijo, o de mi hija. Era lo correcto, aunque aún me daba miedo.

Al estacionar frente a la casa de Yasmin, escuché un suspiro y me giré hacia ella. Nos miramos por unos momentos hasta que decidí romper el silencio.

—Gracias por aceptar mi invitación.

Abrió la boca unos instantes, pero se tomó su tiempo para responderme.

—De nada.

—Te avisaré sobre la consulta. —Me apresuré a decir antes de que saliera del coche.

—Tiene que ser en mi día libre.

—Solo dime qué días.

—Te mandaré un mensaje. —Abrió la puerta del coche, asomándose para salir.

—Yasmin...

—¿Qué pasa? —Giró la cabeza, mirándome de nuevo.

—Buenas noches.

—Para ti también.

Salió del coche y cerró la puerta, sin dejarme espacio para seguir hablando. Tragué saliva y pronto desapareció de mi vista, sin otra opción que arrancar el coche y alejarme.

Ya había llegado a mi casa, colocado la llave del coche en un aparador del recibidor y me había tirado en el mullido sofá del salón cuando llegó un mensaje de mi hermano.

Ian:

¿Qué tal la cena?

Espero no estar interrumpiendo nada.

Iván:

¿Por qué lo harías?

Ian:

No lo sé. ¿Quizás pasa algo?

Iván:

¿Algo de qué?

Ian:

No importa.

¿Lograron entenderse?

Iván:

Dentro de lo posible.

Ian:

Eso ya suena bien.

Iván:

No lo sé.

Ian:

¿Cómo que no sabes?

Iván:

Todo sigue siendo muy delicado, como si fuera un elefante en una tienda de porcelana y cada paso tuviera que ser calculado, o arruinaría todo.

Ian:

Entiendo cómo es.

Iván:

No sé...

Ian:

Es complicado, pero con el tiempo vas a resolverlo.

Iván:

Eso es lo que espero.

Ian:

Será lo mejor para tu bebé.

Iván:

Sí...

Ian:

¿O acaso quieres algo más?

Iván:

¿A qué te refieres?

Ian:

¿Te gusta ella?

Iván:

¿Qué? ¡Claro que no!

No soy de ese tipo.

Ian:

¿De qué tipo?

Iván:

De los que se enamoran.

Ian:

No hay un "tipo" que se enamora.

Iván:

Claro que sí, tú eres de esos.

Ian:

No. Solo encuentras a esa persona con quien, de repente, deseas pasar el resto de tu vida. Con Priscilla fue así.

Iván:

Hablas como si la madre de tu hija fuera la única mujer con la que has salido.

Ian:

No, pero siempre fue diferente con ella.

Iván:

A mí no me sucede eso.

Ian:

Si tú lo dices.

Iván:

Esa no es la dirección que esperaba que tomara nuestra conversación.

Ian:

Solo quería saber si todo había ido bien.

Iván:

Creo que sí, en la medida de lo posible.

Ian:

Me alegro por ti.

Iván:

Gracias.

Ian:

Buenas noches. Si necesitas algo, me avisas.

Iván:

De acuerdo.

Buenas noches.

Dejé el móvil en la mesita. Y me quedé acostado en el sofá, mirando el techo de mi salón hasta que me dormí.

Todo lo que estaba haciendo tenía que ver con el hijo que tendría con Yasmin, y no incluía ninguna relación entre nosotros dos. Mi hermano estaba viendo cosas donde no las había. O, al menos, donde no deberían haberlas.



Yasmin
JACKSON

Capítulo cuarenta y tres

—Me avisas después de que vayas al médico —dijo mi hermana al otro lado de la línea cuando le mencioné que salía para una consulta con una de las obstetras del San Rose.

—Está bien —dije antes de colgar la llamada y volver a guardar el móvil en el bolso.

Cerré la puerta de mi apartamento y metí la llave en el bolsillo mientras caminaba hacia las escaleras y bajaba varios pisos hasta la portería. El ascensor estaba descompuesto, lo que no era una sorpresa, considerando el estado deplorable del edificio donde vivía.

No deberías ir...

Había una vocecita inquietante en el fondo de mi mente, repitiendo esa frase de manera tan intensa que casi me causaba dolor de cabeza. Era un gran error consultar a alguien del San Rose, y peor aún, con Iván acompañándome. Si todavía no sabían que él era el padre de mi bebé, después de ese día, la noticia se esparciría como pólvora por todo el hospital.

No habría lengua, chismosa o no, que pudiera mantener ese secreto. Afortunadamente, ya no trabajaba en el hospital, pero dudaba que eso bastara para que la situación no me afectara.

Yo había insistido en ir en autobús, llegar sola y sin hacer ruido, pero Iván hizo lo imposible por convencerme de que lo mejor y más cómodo era que él me llevara en coche. Como si no hubiera andado en autobús toda mi vida.

Contuve la respiración y di unos pasos temblorosos cuando lo vi parado al otro lado de la calle. Esperaba verlo con su típica ropa blanca o con el uniforme quirúrgico azul al que estaba acostumbrada, pero en vez de eso, llevaba una camisa polo azul oscuro y jeans, como cualquier hombre que está por tener un hijo.

Intenté no mostrar que me sentía incómoda acercándome a él.

—¿No vas a trabajar hoy?

—La operación que tenía reservada era electiva, así que la he reprogramado para mañana.

—No hacía falta, podía ir a la consulta por mi cuenta.

—Estoy seguro de que querrías que estuviera ahí.

¿Seguro? Si algo tenía claro era que no lo quería allí, pero ya era demasiado tarde y no podía echarlo. Actuar así no sería mejor que cuando él se enteró del embarazo la primera vez, aunque eso no hacía que fuera más fácil lidiar con todo.

¡Embarazada!

Y no de cualquiera, sino de Iván Gray. Uno de los príncipes del hospital San Rose.

—¿Necesitas ayuda para entrar?

—¿Ayuda? —La frase me sobresaltó y me di cuenta de que llevaba un rato con la puerta del coche abierta—. Lo siento —murmuré torpemente mientras me acomodaba en el asiento y me abrochaba el cinturón.

—¿Todo bien? —preguntó mientras se daba la vuelta y subía al asiento del conductor.

—Un poco de malestar por el embarazo.

—No olvides comentarlo con tu obstetra.

—Es muy común.

—Cada detalle es importante.

Me volví a preguntar quién era ese hombre y qué había hecho con el neurocirujano con el que conviví los últimos años. Iván no solía ser tan atento, pero siendo médico, uno de los mejores, siempre tenía que estar pendiente de todos los detalles de sus pacientes.

—¿Cómo va el trabajo en Miami?

—Bueno —respondí a su pregunta sin entrar en detalles.

Seguía siendo muy extraño pensar en algo cercano a la amistad o cualquier otra cosa que nos involucrara a Iván y a mí.

No quería bajarme del auto cuando llegamos al estacionamiento del hospital. Ya llevaba casi una semana trabajando en otro lugar y había evitado a mis antiguas colegas.

Contuve la respiración, aún tensa, con el corazón apretado.

—¿Todavía te encuentras mal? —Iván se detuvo a mi lado cuando salimos del coche.

Me limité a asentir con la cabeza.

Me quedé congelada, demasiado tensa para caminar hacia la entrada del hospital, pero Iván colocó su mano en mi espalda y me empujó suavemente.

Quise correr en cuanto entramos en recepción y todo el mundo nos miró. El personal de recepción nos siguió con la mirada hasta que entramos en uno de los pasillos contiguos. Era imposible evitar la sensación que pesaba sobre mis hombros en ese momento. Si no supieran ya la verdad, en ese momento seguramente se estarían preguntando por qué una simple enfermera estaba en compañía de uno de los Gray.

Seguimos hasta la sección de ginecología y obstetricia, pasando por los letreros rosados hasta la sala de espera. Los pacientes que estaban allí seguían con sus vidas, mirando sus teléfonos o conversando, sin tener idea de quiénes éramos.

—¿Por qué no te sientas? —Iván señaló una silla vacía.

—Gracias.

—¿Quieres agua? —Señaló el dispensador de agua que había en un rincón de la sala.

—No, gracias.

—¿Algo de comer?

—Tampoco.

—Bien. —Dejó de insistir y se acomodó a mi lado.

Nunca había trabajado en esa sección, ni siquiera había hecho guardias en esa área, pero las enfermeras que pasaban nos miraban de reojo. Tal vez no me conocían, pero todas sabían quién era Iván.

Por suerte, o tal vez no, no esperamos mucho tiempo antes de que una doctora me llamara.

—Yasmin Jackson.

Me levanté e Iván me acompañó hasta el consultorio.

—Bienvenidos —dijo la doctora rubia, con los ojos pequeños ocultos tras unas gafas de cristales profundos.

—Gracias.

—Doctora Barton. —Iván asintió.

—Doctor Gray. —Esbozó una media sonrisa mientras cerraba la puerta, dándonos un mínimo de intimidad—. Felicidades a ambos.

—Gracias.

Era obvio que ella ya lo sabía, pero me avergoncé de todos modos.

Me senté frente a su escritorio y Iván se acomodó a mi lado. La doctora hizo preguntas triviales, como la fecha de mi última menstruación, recetó algunos medicamentos para el malestar y me pidió unos análisis.

—Puedes ir al laboratorio aquí mismo en el hospital y ellos me enviarán los resultados. Nos vemos más tarde, ¿de acuerdo?

—¿Hoy? —Abrí mucho los ojos.

—¿Por qué no? —La pregunta vino de Iván.

—Las pruebas estarán listas en unas horas y podremos ver cómo evoluciona tu embarazo, incluso prescribirte las vitaminas adecuadas. Además de analizar la ecografía.

—¡Sí! —coincidió Iván.

—Está bien. —Esbocé una sonrisa tímida, completamente incómoda.

—Vamos. —Iván me ofreció la mano y me acompañó hasta la salida.

—No tienes que venir conmigo —susurré cuando estábamos de vuelta en la sala de espera.

—¿Por qué no?

—Ya sabes...

—No tengo motivos para esconderme y tú tampoco deberías.

—Para ti es fácil hablar.

—Lo que piensen de nosotros no es asunto nuestro.

—Eres el dueño del hospital.

—Ya ni siquiera trabajas aquí.

Tragué saliva, obligada a ceder. En ese punto, tenía razón. Ya no éramos compañeros de trabajo, ni él era mi jefe y yo una subordinada.

Con su mano grande y firme en mi espalda, haciendo que mi corazón se acelerara aún más, Iván me guió hasta el puesto de enfermería de obstetricia, donde entregó la orden de la doctora. Como esa no era mi área, no conocía a la enfermera que nos sonrió antes de preparar el material para la toma de sangre. También me entregó un recipiente para la muestra de orina.

Iván se quedó a mi lado mirándome, solo me dio espacio cuando fui al baño.

Quienes no sabían quiénes éramos, especialmente los pacientes, probablemente solo veían a una pareja más. Iván no era el neurocirujano de ese hospital, ni uno de sus dueños, simplemente era un hombre acompañando a su pareja embarazada.

¡No somos una pareja y tú no eres su mujer! Mi racionalidad me gritaba en el fondo de mi mente. No podía olvidar eso ni permitir que mi corazón se dejara llevar demasiado.

—Yasmin, no —dije en voz alta en el baño.

—Señorita, ¿todo bien ahí dentro? —preguntó otra mujer, golpeando la puerta del baño.

—Sí, todo bien. —Me encogí dentro de la cabina, sintiéndome aún más avergonzada.

—¿Necesitas ayuda?

—No, gracias.

—De nada.

Respiré hondo, coloqué las muestras en una bolsita y tiré de la cadena. Cuando salí de la

cabina, no había nadie más, y me sentí agradecida por eso. Me lavé las manos en el lavabo y, al salir al pasillo, Iván me esperaba del otro lado.

Era extraño verlo así, con una sonrisa amigable que hacía brillar aún más sus ojos y su cabello castaño. Sentía que todo mi recelo era una lucha por mantener la impresión que había tenido de él los últimos dos años. Iván era el tipo arrogante, egocéntrico, cuyo mundo giraba en torno a él...

¿Por qué es tan guapo?

¡Ahhh! Quería gritarle a mi mente por traicionarme de esa manera.

—¿Preparada? —Se acercó más y colocó su mano en mi cintura, haciendo que mi corazón volviera a latir con fuerza.

Pensé en gruñirle, decirle que no me tocara así, pero armar un escándalo en el hospital solo empeoraría las cosas. Tenía que encontrar fuerzas para fingir que su presencia, y sobre todo su contacto, no influían en mí.

Pasamos de nuevo por la enfermería y entregué la muestra de orina para las pruebas antes de dirigirnos al pasillo donde se estaban realizando las ecografías. Había algunas personas esperando. Iván me indicó un asiento y me apresuré a ir allí, desesperada por una excusa para no estar tan cerca.

Quería mantenerlo alejado, lo necesitaba distante...

En el fondo, cuanto más luchaba contra esa necesidad, más parecía crecer dentro de mí. No había duda de que tener a sus padres cerca sería lo mejor para nuestro bebé, pero sabía que no era lo mejor para mí, y por eso había luchado tanto.

Si un poco de champán de más nos hizo perder el sentido común y acabamos teniendo sexo, *¿cómo sería si viviéramos juntos a diario?* Tan cerca... Tan...

—Señorita Jackson. —La puerta de la sala de ecografías se abrió y una doctora con el pelo canoso recogido en un moño asomó la cabeza.

—Soy yo. —Me levanté con la solicitud de examen entre los dedos.

—Pasa. —Hizo un gesto con la mano, llamándome, e Iván me siguió, sin importarle si

quería que entrara o no.

—Gracias.

—Puedes ir al baño, quitarte la ropa interior y ponerte la bata con la abertura hacia delante.

—De acuerdo. —Colgué mi bolso en un gancho de la pared y fui al baño, dejando a Iván con la doctora.



Ivan

GRAY

Capítulo cuarenta y cuatro

Tan pronto como Yasmin se encerró en el baño, me giré hacia la doctora que realizaba la ecografía y noté que me estaba observando.

—¿Doctor Gray? —Parecía reconocerme.

Con las manos en los bolsillos de los jeans, me limité a asentir.

—No sabía que usted estaba casado.

—No lo estoy.

—Ah... —Forzó una sonrisa incómoda, claramente desconcertada, pero antes de que pudiera decir algo más, Yasmin salió del baño envuelta en una bata con pequeños logos del hospital y se acomodó en la camilla junto al ecógrafo.

La doctora colocó una sábana sobre sus piernas y preparó el dispositivo, poniéndole un condón y aplicando gel antes de introducirlo en la enfermera. Yasmin mostró algo de incomodidad y, por instinto, le tomé la mano.

—¿Todo bien? —pregunté mirándola fijamente y analizando las arrugas de su ceño.

Yasmin asintió con la cabeza.

¿Estaba preocupado? ¡Obvio que sí! Era más fácil aceptar todo esto cuando asumí mi responsabilidad en cuanto a ese bebé.

Hace unos meses nunca me habría visto como padre, creía fielmente que ese era el trabajo de Ian y no el mío, pero con el paso del tiempo, unos cuantos golpes y regañinas, cada vez estaba más claro que era capaz. Tener un hijo ya no me parecía lo peor del mundo y, sinceramente, la ilusión crecía cada vez más.

—Mira —dijo Yasmin, llamándome la atención, y me volví hacia el monitor de la pared que teníamos delante.

La imagen mostraba a un bebé pequeño, con el cuerpo aún formándose, pero ya se veía lo

que daría lugar a su cabeza y demás extremidades. Yo no era ni mucho menos un experto en desarrollo humano, lo mío eran los cerebros acabados de las personas, preferiblemente adultas, pero podía leer aquellas imágenes y entendía algunos de los indicadores.

—¿Todo está bien con él, doctora Duke? —le pregunté con un poco de inquietud.

—El desarrollo fetal es adecuado para la edad gestacional.

—¡Qué bien! —Solté un suspiro de alivio.

La doctora ajustó algunos botones en el equipo y el sonido de latidos rápidos y enérgicos, como el trote de caballos, llenó la sala.

—¿Es su corazón? —preguntó Yasmin.

—Sí.

El monitor mostraba algo cercano a los ciento cincuenta latidos por minuto. Una frecuencia cardiaca superior a la de un humano adulto, pero yo sabía que la de los bebés era mayor.

La doctora continuó el examen, midiendo al feto y registrando toda la información necesaria. Tomó algunas imágenes, incluso una del mejor ángulo de la cabecita en formación.

—Seguiremos de cerca el desarrollo del bebé, pero de momento todo va según lo esperado.

—Gracias, doctora. —Yasmin le sonrió y yo le tendí la mano, ayudándola a levantarse de la camilla.

Mientras esperaba a que la madre de mi hijo se cambiara, la doctora Duke no hizo más preguntas. Imaginaba que entendía que la discreción y el sigilo eran fundamentales en su trabajo. Además, yo era un hombre soltero, no había nada que me impidiera tener un hijo con quien quisiera. Nadie necesitaba saber en qué circunstancias había ocurrido ese embarazo.

Yasmin era una mujer hermosa, con el pelo rizado y un cuerpo escultural. No había mucho misterio sobre cómo o por qué me sentí atraído por ella.

Quizás si hubiéramos tenido sexo sobrios, no habría sido tan raro...

Al menos recordaría todos los detalles...

Dejé de pensar en eso cuando ella salió del baño y nos acercamos de nuevo a la obstetra, que ya tenía los resultados de los exámenes.

Afortunadamente, todo iba bien con el embarazo y Yasmin solo tendría que volver dentro de un mes para continuar su seguimiento.



Yasmin
JACKSON

Capítulo cuarenta y cinco

Después de la visita al médico, Iván me llevó a casa, aparcando delante de mi edificio.

—Gracias —dije sin mirarlo mientras me desabrochaba el cinturón, a punto de salir del coche.

—¡Yasmin! —Me agarró de la muñeca, haciéndome girar para mirarlo y mi corazón volvió a acelerarse.

—¿Qué pasa? —Intenté mantener mi postura.

¿Por qué cuanto más intentaba luchar contra ello, más me estremecía?

—Avísame si necesitas algo.

Me limité a asentir con la cabeza.

Solo asentí con la cabeza. Intenté apartarme otra vez, pero su mirada me había atrapado más de lo que quería admitir, y un sabor amargo e incómodo llenó mi boca. Sentía mariposas en el estómago, y mi corazón latía más rápido de lo normal.

Despídete y vete, rogué pensativa.

Él debía irse, yo deseaba que se fuera, pero no fue exactamente lo que sucedió. Iván se inclinó hacia mí. En lugar de alejarse, se acercó más...

¡No!

Sí...

Lo siguiente que recuerdo es su boca sobre la mía, sus labios apretándose contra los míos. Esta vez ni siquiera tenía la excusa de estar borracha, era temprano y estábamos muy sobrios.

Su lengua se enredaba con la mía y la necesidad de más gritaba incontrolablemente en mi interior.

No debería estar besándolo, sintiendo el sabor y la suavidad de sus labios, pero en el

fondo, la verdad era que lo deseaba. Quizás lo que no podía admitir era que siempre lo había deseado, incluso antes de acostarnos.

Incliné la cabeza, buscando el ajuste perfecto y nuestras lenguas se entrelazaron hasta que la necesidad de aire me hizo jadear y tuve que apartarme para respirar.

Interrumpir el beso me devolvió parte de mi racionalidad. Miré fijamente a Iván durante una fracción de segundo, pero antes de que pudiera decir algo, abrí la puerta del coche y salí corriendo, cruzando la acera hasta la entrada de mi edificio y casi chocando a una señora que bajaba con un perro.

—¡Cuidado, señorita!

—Lo siento, señora.

Solo quería correr, necesitaba alejarme de él.

Me aterrorizaba la necesidad que sentía por ese hombre.

—¡Yasmin! —Oí la voz de Iván que me llamaba a gritos, pero fingí no haberlo oído y solo dejé de correr cuando estaba delante de la puerta de mi departamento.

Abrí mi bolso, tratando de encontrar mis llaves, pero mis manos temblorosas y el desorden en la bolsa me dificultaban hallarlas entre la cartera y un montón de papeles inútiles.

—¡Maldita sea! —gruñí con rabia.

—Yasmin...

Quería que fuera una jugarreta de mi mente delirante, pero podía sentirlo detrás de mí.

—¡Vete! —Me negué a girarme para mirarlo, pero mis manos temblorosas y mi respiración agitada me traicionaban.

—Escucha...

—¿No nos hemos metido en suficientes problemas?

—Aquella vez estábamos borrachos.

—Es una buena razón para no repetir ese error. ¡Nunca más! —Dejé escapar un suspiro

de alivio cuando encontré la llave en mi bolso y abrí la puerta del departamento.

Entré de golpe, pero antes de que pudiera cerrar la puerta, Iván la sostuvo con su mano firme y fuerte.

—¡Vete de aquí! —gruñí.

—Mírame —ordenó con su habitual tono imponente.

Aparté la mirada, aunque sabía que era el mayor error que podía cometer en ese momento. Deseaba desesperadamente que Iván se fuera, porque en el fondo quería que se quedara.

Nuestras miradas se cruzaron y contuve la respiración, sintiendo cómo me temblaban las piernas y se me secaba la boca.

—¿Qué haces? —le pregunté, haciendo todo lo posible por mantenerme firme.

—¿Quieres que te diga la verdad?

Moví la cabeza afirmativamente.

—No sé... —confesó, y quizás estaba tan perdido sobre todo esto como yo.

—Pues vete.

—No quiero hacerlo. —Sus dedos aferraron aún más fuerte la puerta, indicando que no iba a permitir que la cerrara fácilmente.

—Volveré a llamar a la policía —amenacé en un intento desesperado por recuperar el control de la situación.

—Sé que tú tampoco quieres que me vaya.

—¿Qué crees que quiero? —le pregunté, aunque temía la respuesta.

—Déjame entrar.

—No... no. —Intenté mantenerme firme, pero cuando me di cuenta, mi mano ya estaba aflojando su agarre sobre la puerta.

—Yasmin...

—Esto nos va a destruir a los dos. —Fue mi último intento de racionalidad.

—O no. —Iván se lanzó hacia delante y cerró la puerta detrás de él.

En cuanto lo noté, mi bolso ya estaba resbalando de mi brazo y cayendo al suelo, mientras sus brazos fuertes rodeaban mi cintura y su boca volvía a dominar la mía.

Oh, mierda...

Di unos pasos tambaleantes hacia atrás hasta que mi espalda se detuvo contra el respaldo de mi pequeño sofá.

El beso de Iván se hizo aún más intenso que el que me había dado en el coche, porque había espacio para que sus manos se deslizaran hacia abajo y acabaran en mi culo. Apreté los muslos, sintiendo la pulsación hacerse aún más fuerte.

Sentido común, Yasmin...

Ya ni siquiera sabía lo que eso significaba cuando sus dedos se hundieron en la tela de mi pantalón, apretándome las nalgas aún más intensamente y su boca descendió hasta mi cuello, provocándome una oleada de escalofríos.

—No deberíamos volver a hacer esto —murmuré en un último acto desesperado por detener esa locura.

—¿Segura?

—No...

Las manos de Iván subieron hasta mi cintura y se aferraron al borde de mi blusa, levantándola, y lo único que hice fue alzar los brazos y dejar que me la quitara. Su boca regresó a mi cuerpo, pero en lugar de besarme a mí, descendió hasta uno de mis pechos, mordiéndolo suavemente, lo que hizo que me arqueara y dejara escapar un gemido que resonó en mi pequeña sala.

Iván lamió el espacio entre mis tetas, mientras sus dedos provocaban cosquillas en mi espalda, buscando el broche de mi sostén y desabrochándolo. Cuando volvió a besarme, mis pezones ya estaban demasiado sensibles como para ignorar la textura de su camiseta polo, lo que avivó aún más mi deseo.

Me había jurado a mí misma que nunca volvería a cometer la locura de acercarme tanto a aquel hombre. Pero, al parecer, era pésima cumpliendo promesas y aún peor evitando cometer locuras.

Dejé de preocuparme demasiado cuando le quité la camisa, apoyándola en el respaldo del sofá donde estaba apoyada.

—Eres tan hermosa —murmuró contra mi oreja antes de mordisquear el lóbulo y hacer que me derritiera aún más entre sus brazos.

Solté un suspiro antes de agarrarlo por el mentón y llevar su boca de vuelta a la mía. Sabía que ya no iba a comportarme, así que simplemente me rendí a la deliciosa fricción de su cuerpo contra el mío.

Iván me mordió el labio inferior, rozando sus dientes de una forma deliciosamente sensual, mientras sus manos bajaban para desabrocharme los jeans y bajármelos hasta las rodillas.

Me aparté solo para quitarme las zapatillas y terminar de bajarme los pantalones, dejándolos caer en un rincón cualquiera de la habitación.

—¡Ah! —grité, hundiendo las uñas en la piel desnuda de sus hombros cuando sus dedos encontraron la parte más sensible de mi cuerpo, que ya estaba ansiosa por él—. I... Iván...

—¿Sí...? —murmuró con un tono entrecortado y terriblemente sexy, mientras sus dedos se adentraban en mi sexo sin ninguna inhibición y comenzaban a jugar con mi punto de mayor placer.

Incapaz de controlarme, me revolví en su mano, suplicando más.

Separé los muslos para que pudiera seguir invadiéndome con sus dedos, me agarré a su cuello y volví a acercar su boca a la mía. Deseaba desesperadamente más de él. El sabor de su lengua era más adictivo de lo que me gustaría admitir.



Ivan

GRAY

Capítulo cuarenta y seis

Necesitaba recordarme a cada momento que debía tener cuidado, ella estaba cargando a mi hijo, pero la necesidad de devorarla se volvía cada vez más intensa.

Yasmin gemía contra mi boca mientras mis dedos entraban y salían de ella, extrayendo su néctar, empapándose con su excitación, lo que solo aumentaba la mía. Los jeans parecían ya no tener el tamaño adecuado para contener mi erección, y la tela me apretaba de forma incómoda. Me vi obligado a soltar la mano que sostenía su cintura, pero no saqué los dedos de ella mientras desabrochaba mi pantalón. Me quité los zapatos antes de bajarlos y quedarme solo en ropa interior.

Volví a besar su boca, jugando con movimientos circulares con su clítoris antes de sujetar su cintura con ambas manos y sentarla en el respaldo del sofá, que estaba de espaldas a nosotros.

—¿Qué estás haciendo? —me preguntó, pero en lugar de contestarle, me agaché, sujetando aún su cintura con las manos mientras me acomodaba entre sus muslos—. ¡Iván! —gritó, agarrándose a la superficie en la que estaba sentada y clavándose las uñas mientras mi boca ocupaba el lugar de mis dedos.

Hundí mi lengua en ella, sintiendo cómo su sabor se apoderaba de mis papilas gustativas. Yasmin empezó a retorcerse, pero la sujeté con más fuerza, tomando el control del sexo oral, explorándola con mi lengua, mis labios e incluso mis dientes.

Practicar sexo con ella sobrio fue mucho mejor, porque era plenamente consciente de lo que hacía.

Bajé las manos hasta sus muslos, abriéndolos al máximo para poder hundir la lengua en ellos. Mi contacto la hizo gemir aún más fuerte.

—Iván... —Mi nombre se escapó a través de su respiración jadeante cuando sentí que quería más.

No dejé de besarla, chuparla y lamerla hasta que el ritmo de sus gemidos y sonidos de

placer me indicaron que había alcanzado su punto orgásmico.

Su cuerpo tembló y se inclinó hacia atrás, pero antes de que corriera el riesgo de caer, me levanté y la sostuve, obligándola a mirarme. El placer aún era evidente en su respiración, sus pupilas dilatadas y los ojos que giraban en sus órbitas.

La levanté y sus piernas se enroscaron en mi cintura mientras la llevaba a la pequeña cama de matrimonio de la única habitación del apartamento.

Volví a besarla mientras me quitaba la ropa interior. En cuanto la arrojé a los pies de la cama, sujeté sus manos y me acomodé entre sus piernas, deslizando mi verga dentro de ella y llenándola por completo.

La contracción de sus músculos me apretó y fue mi turno de gemir con ella cuando empecé a moverme.

Nuestras respiraciones eran cada vez más urgentes y mientras frotaba mi cuerpo contra el suyo, sentía sus duros pezones rozar mi pecho y nuestras pieles cada vez más sudorosas por el delicioso roce.

Conocía muchos cuerpos de mujeres diferentes, pero no recordaba haber poseído otro que se comparara con el suyo.

Aumenté el ritmo, en una necesidad desenfrenada de alcanzar mi propio placer, hasta que apreté sus dedos con más fuerza al llegar al clímax.

Agitado, apoyé mi cabeza al lado de su cuello, inhalando su aroma y el olor de nuestro sexo.

Yasmin se frotó contra mí, demostrando que no estaba satisfecha, y moví mi mano derecha, colocándola entre nuestros cuerpos, buscando su sexo. Mientras me recuperaba, la estimulé hasta llevarla a un segundo orgasmo.

Temeroso de hacerle daño, rodé hasta el pequeño espacio que había junto a ella en la cama y me desplomé, dándome cuenta de que estaba agotado.

Nos quedamos así un rato, en silencio y recuperándonos del sexo. Esta vez no había excusas, éramos plenamente conscientes de lo que había pasado. Cuando me giré hacia ella, a

punto de besarla y tal vez empezar de nuevo, Yasmin me esquivó y se sentó en el borde de la cama.

—Tienes que irte.

—¿Cómo?

—Has oído bien. —Parecía estar evitando mirarme a los ojos y no lo hizo, incluso cuando puse mi mano sobre su hombro.

—No lo entiendo.

—¿Cómo que no? Ya sabemos el caos que causó la última vez que tuvimos sexo.

—Ahora es diferente.

—¿Diferente? —Se giró para mirarme con un intenso aire de indignación.

—Yo lo quería y tú también.

—¿No querías la última vez? —Aquella pregunta debería haberme acorralado, pero la respuesta parecía simple.

—No era capaz de admitirlo.

—¿Y qué ha cambiado?

—Vamos a tener un bebé.

—Que no querías.

—¡Pero ahora lo quiero! —respondí con seguridad, hinchando el pecho.

—¿Y qué esperas que seamos? ¿Conocidos con beneficios? Porque ni siquiera somos amigos. Si esto no te confunde a ti, apuesto a que lo hará con nuestro hijo.

—Peor es que los padres ni se involucraran —dije, creyendo que era obvio, pero ella destrozó mi razonamiento en un segundo.

—Es preferible padres que sean pareja, que definitivamente no es nuestro caso.

—Pero...

—Vete, Iván. —Su tono era suplicante y decidí no discutir.

Antes de intentar convencerla de algo, primero tenía que entender qué significaba todo aquello para mí.

Me levanté, recogí mi ropa y me vestí.

—Llámame si necesitas algo.

—Está bien —Fue todo lo que dijo antes de verme salir.



Yasmin
JACKSON

Capítulo cuarenta y siete

A pesar de que gran parte de su olor se había ido con el baño, aún podía sentir extrañamente su tacto, como si un hormigueo recorriera mi piel cada vez que cerraba los ojos.

—¡Ahhhhh! —di un grito agudo y desesperado, enfadada conmigo misma por haber acabado de nuevo en sus brazos.

Lo peor no era haberme acostado con Iván, sino estar segura de que me sentía tan atraída por él que la posibilidad de que sucediera de nuevo era enorme, y parecía no poder controlarme.

Eso no era bueno para nuestro hijo y definitivamente no era bueno para mí.

Al salir del baño, caminé hacia mi pequeño armario y escogí algo para ponerme, antes de dirigirme a la puerta y recoger mi bolso, que aún estaba en el mismo lugar donde lo había dejado caer.

Mi móvil zumbaba con mensajes y llamadas, pero ninguno era de Iván. En el fondo, no estaba segura de si eso era exactamente lo que quería.

Había tres llamadas perdidas de Kendra y algunos mensajes de Jolie. Honestamente, no quería responderle a ninguna de las dos, pero sabía que no podría evitarlas para siempre, y como imaginaba, las noticias de mi embarazo ya se habrían esparcido por el hospital.

Jolie:

¿Desde cuándo estás involucrado con el doctor Gray?

¿Por eso dejaste el San Rose?

¿Están saliendo?

¿Es cierto que estás embarazada?

Ojalá pudiera evitar todas esas preguntas, pero no sabía cuánto tiempo iba a poder hacerlo, porque insistirían hasta obtener las respuestas que querían y quizás nunca quedaran satisfechos.

Yasmin:

No estoy saliendo con Gray.

Jolie:

¡Por fin apareces! Escuché que los vieron juntos en obstetricia. ¡Es mentira! Apuesto a que quien dijo eso se confundió. ¿Por qué estarías allí con el doctor Gray?... Ni de chiste.

Yasmin:

No es mentira.

Jolie:

¿Cómo?

Yasmin:

Realmente fui al hospital con Iván, y me acompañó a una consulta y exámenes.

Jolie:

¿Es verdad que estás embarazada?

Yasmin:

Sí.

Jolie:

¿El suyo?

Yasmin:

Sí.

Jolie:

No sabía que tenían algo.

Yasmin:

No tenemos nada.

Jolie:

¿Qué? ¿Cómo es eso? ¿Acaso estás siendo vientre de alquiler y él es gay, tiene un novio secreto y ahora que su gemelo será papá él también quiere serlo?

Yasmin:

¡No! ¿Quién está pensando eso?

Jolie:

Es solo una teoría que circula por ahí.

Yasmin:

Iván no es gay.

Era definitivamente imposible que, después de todo lo que me había hecho, Iván no se sintiera atraído por las mujeres. Al menos se sentía muy atraído por mí.

Jolie:

¿Y no están juntos?

Yasmin:

¡No!

Jolie:

¿Pero cómo?

Yasmin:

Pasó, pero no va a volver a suceder.

Jolie:

Ah, pero yo lo repetiría mil veces.

Yasmin:

¡Ey!

Jolie:

¡Vamos! Es un bombón, igual que su hermano.

Yasmin:

Porque son gemelos.

Jolie:

¡Exacto! Todavía no puedo creer que te acostaste con él y no me contaste nada.

Yasmin:

No me acosté con él varias veces. Fue solo una vez.

Jolie:

Qué fértil.

Yasmin:

Es más bien mala suerte.

Jolie:

Ojalá el padre de mis hijos fuera el doctor Gray.

Yasmin:

Estás diciendo tonterías.

Jolie:

Para nada.

Yasmin:

Necesito atender un llamado de Kendra.

Jolie:

De acuerdo.

Aún estaba intercambiando mensajes con mi ex compañera de trabajo chismosa cuando mi ex supervisora llamó por cuarta vez. Sabía que lo mejor era contestar, porque insistiría hasta que lo hiciera.

De eso era exactamente de lo que intentaba alejarme, pero por desgracia no podría hacerlo para siempre.

—¡Hola, Kendra!

—Yasmin, ¿eres tú?

—Sí.

—Llevo un rato intentando llamar.

—Lo siento, estaba ocupada —dije con torpeza, pero no iba a admitir que me estaba acostando con Iván.

—He oído lo tuyo con Iván.

—Me imagino que no hay otra noticia circulando en el hospital.

—No.

—Oh, mierda. —No podía dejar de maldecir.

—¿Por eso renunciaste? —preguntó, pero en aquel momento parecía bastante obvio.

—Sería imposible continuar —admití, dándome cuenta de que ya no había ninguna razón para ocultar la situación.

—Si me hubieras dicho que era el padre, podríamos haber llegado a un acuerdo. No tenías que dejar el hospital.

—Él es más que solo mi superior.

—Deberías haber pensado en eso antes de involucrarte con él —me reprochó.

No estaba pensando...

Fue un comentario mental que me guardé para mí.

—Estoy bien, Kendra...

—Fue una triste pérdida para el equipo de San Rose.

—No seas dramática, pueden reemplazarme fácilmente.

—Si valoraras un poco más tu propio trabajo, te darías cuenta de que no es así.

—Ya estoy bien.

—Al menos ya comenzaste tu control prenatal.

—Sí... —Me detuve un momento, pensando qué decir—. Si todavía estuviera trabajando en el San Rose sería mucho peor. Mira todos estos chismes.

—No estarán hablando de esto por mucho tiempo.

—¿Puedes garantizármelo?

Fue el turno de Kendra, que permaneció en silencio largo rato antes de contestar.

—No...

—Exacto.

—¿Están juntos?

Apostaba que esa era la pregunta que todos en el hospital se estarían haciendo.

—No, no estamos juntos —respondí con convicción—. Solo fue un momento.

—¿Vas a dejarlo todo por solo un momento?

—No estoy dejando nada, Kendra.

—¿Segura?

Su pregunta me hizo estremecer y me dejó sin habla durante unos instantes, hasta que me armé de valor para responder.

—Estoy bien en Miami.

—Eso espero... —Su tono estaba lleno de pesar, pero pensé que era mejor ignorarlo—. Si necesitas algo, ya sabes dónde encontrarme.

—Muchas gracias, Kendra.

—No es nada.

Después de que Kendra colgó, decidí que no respondería más mensajes y fui a preparar algo para comer. Estaba hambrienta.



Ivan

GRAY

Capítulo cuarenta y ocho

Salí del departamento de Yasmin y manejé de regreso al mío.

Esta vez no había excusas. No podía esconderme detrás del alcohol, y ella tampoco. Sin duda fue mucho mejor así, teniendo yo el control total de cada acción.

Convertir el sexo en un hábito podría empeorar la situación con ella... o tal vez no...

Respiré hondo mientras dejaba el coche en el garaje y subía a mi piso.

Mañana tendría que volver al hospital y enfrentar a los empleados, que ahora seguramente sabían sobre el embarazo. Probablemente también tendría que enfrentar a mi padre, molesto por enterarse de la noticia junto con los demás y no por mí.

Sinceramente, prefería no decirle nada. Mi madre y mi padre me hacían preguntas y querían saber cosas que no podía responder o que no estaba dispuesto a admitir.

Aunque Ian y yo discrepábamos en muchos temas, no solo era mi gemelo, sino lo que podría considerar mi mejor amigo.

Entré a la casa y me metí a la ducha. Mi cuerpo seguía pegajoso con el sudor y el olor a sexo, no es que me quejara; por mí me habría quedado en su departamento, pero Yasmin prefirió echarme.

Pensaba que después del día que habíamos pasado juntos, cuidando de nuestro bebé, habíamos progresado, pero parece que me he equivocado.

Yo era el tipo de hombre que siempre tenía todo bajo control, estaba en el centro de cada situación y sabía muy bien cómo sortear los obstáculos. Tenía una de las tasas de mortalidad más bajas en cirugía, pero eso no parecía valer de nada cuando se trataba de lidiar con una mujer por la que claramente me sentía atraído, y que además estaba embarazada de mí.

Salí del baño y agarré unos bóxers limpios del armario, sentándome en la cama solo con ellos puestos. Estaba solo, así que no tenía que preocuparme de que alguien entrara y me viera en poca ropa.

Mi celular estaba sobre la mesa de noche y comenzó a vibrar con una llamada. Pensé que podría ser mi hermano o incluso mis padres, pero me sorprendió ver que era Cristine. La oncóloga era más que una colega de trabajo, era una de las pocas mujeres cercanas con las que nunca había tenido sexo.

Sabía de qué quería hablar, pero tomé la llamada de todos modos.

—¿Cristine?

—Felicidades, papá. —Su voz tenía notas de emoción al otro lado de la línea.

—Ah... —murmuré—. ¿Quién te lo ha dicho?

—Mejor pregúntame quién no lo sabe. No se habla de otra cosa en los pasillos del hospital. Ya hasta hay apuestas sobre si será niño o niña.

—¿Estás bromeando?

—Para nada. —Soltó una carcajada—. No me sorprende enterarme de que te estabas acostando con una de las enfermeras. Si no hubiera dependido de mí para que apruebes anatomía, seguro me habrías coqueteado también. Pero, ¿padre? En la universidad siempre tenías un buen stock de condones en la billetera.

—¿Vas a regañarme? ¿Tú?

—¿Regañarte? ¡Claro que no! Ante todo, soy tu amiga, Iván. Solo me sorprendí, no me lo esperaba. Pero las cosas cambian. Apuesto que viste a tu hermano yendo por su segundo hijo y decidiste que querías ser padre también.

—¡No!

—¿Me vas a decir que no querías y pasó?

—¿Cuál es el problema?

—El problema es que eso es cosa de adolescentes, no de cuarentones.

—¿Me llamaste para darme una lección? —gruñí.

—No, en absoluto. Llamé para felicitarte.

—Ok.

—No pareces entusiasmado.

—Porque es mucho más complejo de lo que parece.

—Te las arreglarás. Los niños son un reto, pero no deberían ser peor que un tumor en fase cuatro con metástasis.

—Mala comparación.

—¡Eh, lo estoy intentando!

—Lo dejaré pasar porque también eres una mujer de casi cuarenta años sin hijos.

—Espero que no sea una ofensa.

—Es más una observación.

—Ah, así está mejor. —Su tono volvió a ser amistoso—. Solo para que conste, soy una tía excelente.

—Apuesto a que sí.

La llamada permaneció en silencio unos instantes hasta que Cristine me hizo una pregunta que yo intentaba evitar.

—¿Te gusta ella?

—¿Desde cuándo va por ahí la conversación? —Evadí la pregunta, pero no lo dejó pasar.

—Es una pregunta sencilla, Iván. Puedes responder con un sí o un no.

—No tiene nada de sencillo.

—Entonces te gusta. —Sacó sus propias conclusiones.

—Yo no he dicho nada de eso.

—Si no te gustara, habrías dicho que no sin pensarlo dos veces.

—Eso no significa que me guste.

—Te conozco desde hace más de veinte años.

—¿Y qué?

—Nunca te he visto dudar.

—Tampoco había sido padre antes —le recordé.

—Has tocado un punto importante, pero de verdad espero que todo salga bien.

—Sabes que esto no es para nosotros. Siempre estamos demasiado involucrados en el trabajo y no tenemos tiempo para las relaciones.

—¡Habla por ti! —Alzó la voz, indignada.

—¿Cuál fue tu última relación que duró más de un año, Cristine? —Quizás fui un poco duro, pero hice un punto muy válido.

—Lo que no significa que haya dejado de intentarlo.

—Pero...

—No estamos hablando de mí. —Me interrumpió.

—Y estás exagerando sobre mí. El hecho de que dos personas vayan a tener un hijo no significa que estén juntas.

—Pero podrían estarlo...

—¡Cristine!

—Bueno... No insistiré más.

—Estupendo. —Resoplé—. Hasta mañana.

—Gran forma de decir adiós.

—Adiós, Cristine. —Cerré la llamada y colgué.

Respiré profundamente y solté el aire de golpe mientras me dejaba caer de espaldas sobre el colchón.

Asumir la paternidad ya era un gran desafío, pero no se trataba solo del bebé. Era obvio

que había una tensión sin resolver entre Yasmin y yo, pero considerando que seríamos padres, no podía simplemente actuar como si el sexo fuera suficiente. Claramente, lo casual no iba a funcionar.

Maldita sea... ¿en qué me he metido?



Yasmin
JACKSON

Capítulo cuarenta y nueve

Solo había una cosa que podía decir: menos mal que ya no trabajaba en el San Rose.

La semana siguiente, aunque no estaba en el hospital, casi podía predecir cómo la gente estaría chismeando sobre mi relación con Iván.

Para ser honesta, no estaba del todo libre de las habladurías, porque la noticia llegó al Miami Hospital mucho más rápido de lo que esperaba.

Estaba regresando de la habitación de un paciente, empujando el carrito de medicamentos, cuando un médico residente, cuyo nombre ni siquiera sabía, me detuvo en el pasillo.

—Eres la enfermera Yasmin Jackson, ¿verdad?

—Sí... —respondí con cautela, pero supe que no debía mentir.

—La novia del doctor Iván Gray…

—Yo no diría que somos novios.

—Pero van a tener un hijo.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté. No quería parecer grosera, pero era inevitable.

—Mi hermana es técnica en San Rose.

—¡Ah!

—Ustedes dos...

—Ya te he dicho que no tenemos nada —murmuré.

No dijo nada más, simplemente pasó a mi lado y supe que el tema se iba a extender más rápido de lo que me hubiera gustado.

Puse ambas manos sobre mi vientre y solté un largo y profundo suspiro.

—Ay, bebé... ¿En qué lío nos hemos metido?

Definitivamente habría pensado mejor en tomar otra copa de champaña en esa inauguración si hubiera sabido en qué clase de problema nos estaba metiendo.

Antes de llegar a la enfermería, sentí vibrar mi móvil en el bolsillo interior de mi abrigo y lo tomé. Sinceramente, quería esperar un poco más para enfrentarme a mis compañeros de trabajo, porque temía que el rumor les hubiera llegado también a ellos.

El problema era que no sabía si hablar con él ahora sería una mejor opción. Miré el teléfono por unos minutos antes de responder.

Iván:

¿A qué hora sales hoy de tu turno?

Yasmin:

¿Por qué?

Iván:

Voy a pasar a buscarte.

Yasmin:

No, no lo harás.

Iván:

Solo quería saber cómo estás. Hablar un poco...

Yasmin:

Eso puede dejarse para otro momento, preferiblemente lejos de la entrada del hospital.

Iván:

¿Cuál es el problema?

Yasmin:

¿De verdad? ¿Cuál es el problema?

Todo el mundo habla ya de nosotros y no quiero que se extienda la historia de mi embarazo.

Iván:

¿Cuánto tiempo crees que podrás ocultar que estás embarazada?

Yasmin:

Por ahora, todavía puedo esconder la barriga. Además, no estoy en el San Rose, donde todos ya lo saben.

Iván:

Si la gente de Miami aún no lo sabe, es solo cuestión de tiempo que se enteren. No es que porque estén en hospitales diferentes los profesionales no hablen.

Yasmin:

Les encanta las habladurías.

Iván:

¡Tal cual!

¿A qué hora puedo recogerte?

Yasmin:

No me vas a recoger.

Iván:

Yasmin, por favor...

Vamos a tener que aprender a convivir.

Yasmin:

Encuéntrame en mi apartamento a las 10 de la mañana.

Iván:

De acuerdo.

Intenté convencerme de que encontrarnos en mi apartamento era menos arriesgado, no habría nadie que nos viera ni hablaría de lo nuestro. Sin embargo, eso no significaba que no estuviera tomando un gran riesgo, especialmente considerando lo que había pasado la última vez que él estuvo allí.



Ivan

GRAY

Capítulo cincuenta

—¡Por fin te encontré! —Unas uñas afiladas, puntiagudas y bien hechas, con una decoración blanca y dorada, se clavaron en mi pecho, hundiendo mi uniforme de cirujano.

Bajé la cabeza y encontré sus ojos furiosos. Abrí una sonrisa forzada.

—Mamá...

—¡Iván Cristopher Gray!

—Baja la voz, nadie sabe mi segundo nombre —le reproché con mirada seria.

—¿Cuándo piensas presentármela?

—¿A quién? —pregunté un poco confuso.

—A tu novia.

—¿Novia? —repetí, levantando la cabeza y mirando por encima del hombro de mi madre, divisando a mi padre en el pasillo.

Él sonrió de forma incómoda y se encogió de hombros, como si no tuviera culpa de lo que estaba pasando, pero yo tenía mis dudas.

—No tengo novia, mamá.

—¿Cómo que no? ¡Vas a ser padre y ni siquiera me lo dices!

—Es complicado... —balbuceé, sintiéndome incómodo.

—¡No es nada complicado! Soy tu madre.

La agarré por los hombros y la arrastré a una de las salas de suministros, donde el resto del personal del hospital no podía ver nuestra pequeña discusión.

—Basta —gruñí impaciente.

—No puedes hablarle así a tu madre —respondió, echándose el pelo castaño hacia atrás.

Mientras yo pasaba horas en una sala de cirugía, ella seguramente pasaba el mismo tiempo o más en un salón de belleza, pero nunca me importó.

—Eres tú la que no puede llegar aquí haciendo un escándalo y llamando la atención de los demás.

—¡Somos dueños de este hospital! —protestó.

—Por eso hay que dar un mínimo de ejemplo. Ya basta de escándalos...

—¿Cuándo ibas a decirme que vas a tener un bebé?

—¿Mi padre no te lo dijo? —Me sorprendió un poco.

—Me dijo que era asunto tuyo y que no le correspondía contarlo.

Tendría que agradecerle a mi papá por eso en el momento adecuado.

—¿Entonces, cómo lo supiste?

—El doctor Donovan me felicitó por ser abuela cuando vine a una consulta hoy. Pensé que se refería a Ian, pero me dijo que tú serías papá.

—¡Jeremy, ese bocón, me las vas a pagar!

—¿Dónde está ella? —Mi madre movió la cabeza de un lado a otro como si fuera a encontrarla en una estantería de jeringas desechables o guantes de látex.

—Ya no trabaja aquí...

—¿La has despedido? —me preguntó con los ojos muy abiertos y cara de disgusto.

—¡No! Era ella la que quería irse.

—¿Y tú la dejaste ir?

—Como si hubiera podido evitarlo.

Ella sacudió la cabeza, negándolo con aire de rebeldía.

—¡Mamá!

—Ok... te perdonaré si me la presentas.

—¿Perdonarme? ¿En serio?

—¿Cuándo vas a llevarla a casa? —Se puso las manos en la cintura, inclinándose hacia mí con aire autoritario.

—No la llevaré a casa.

—¿Cómo podrías no hacerlo? —casi gritó.

—¿Por qué no?

—No puedes hacerle eso a tu madre, Iván.

—Claro que puedo. Para empezar, no tenemos nada. Está siendo delicado y no quiero forzar la situación metiéndote en medio.

—Como si no fuera una mamá amigable. Pregúntale a Priscilla...

—No, mamá —gruñí, zanjando definitivamente el tema.

—Bueno... —Retrocedió unos pasos, poniéndose a la defensiva—. No quiero molestarte y creo que me la presentarás cuando te sientas preparado.

—Mejor —dije, con la expresión aún cerrada.

No estaba convencido de que ella dejaría ese tema tan fácilmente. En ese momento, empecé a ver alguna ventaja en que Yasmin estuviera en otro hospital.

—Ahora tengo que irme. —La agarré por los hombros y tiré de ella para apartarla de mi camino.

—¡Iván!

—Hasta luego, mamá.

Sabía que no podía evitarla para siempre, pero tenía que lidiar con una situación mucho más delicada que el mal genio de mi madre y su necesidad de incluirse en nuestras vidas.

Si hubiera supuesto que todo esto iba a ocurrir, habría evitado la inauguración a toda costa, a pesar de que la oncología era tan importante para ese hospital.



Yasmin
JACKSON

Capítulo cincuenta y uno

Una vez más, el elevador de mi edificio estaba fuera de servicio y ya debería haberme acostumbrado a subir por las escaleras. Sin embargo, con el avance del embarazo, me sentía cada vez más cansada y pesada. No es que estuviera comiendo el doble, pero definitivamente estaba engordando como si lo hiciera.

Cuando llegué a la puerta de mi pequeño departamento alquilado, me encontré con Iván esperándome. No llevaba la bata blanca ni la ropa del hospital. En su mano derecha, sostenía una bolsa de supermercado reutilizable.

—Ah, estás aquí... —murmuré, algo desconcertada.

Había una parte de mí que esperaba que no apareciera.

—Me dijiste que no te fuera a buscar al hospital.

—Era mejor así.

—Mi coche es mucho más cómodo que un autobús abarrotado por la mañana.

—Pero ya nos hemos metido en suficiente lío.

—Mira... —Dio un paso tambaleante hacia mí y me contuve para no retroceder otros tres —. Eso no es asunto de ellos.

—Pero todo el mundo actúa como si lo fuera.

—Quizás sea porque le das demasiada importancia.

—¡Ah, pero por favor! —Crucé los brazos, irritada—. Hasta en Miami ya están hablando de esto. Yo solo... —*quería olvidar*. El resto de la frase se quedó en mi mente, porque Iván no me dejó terminar.

—¿Por qué no entramos? —Hizo un gesto con la cabeza—. Será mucho mejor seguir esta conversación adentro.

Tenía mis dudas.

Ese hombre no era de fiar, no me parecía seguro estar cerca de él. Era como si cada vez que estábamos solos acabáramos metiéndonos en problemas, estemos borrachos o no.

¡Que se vaya!

¡Tiene que irse!

Mi racionalidad gritaba en desesperación mientras sacaba la llave de mi mochila. Pero no lo mandé a irse y Iván entró, dejando la bolsa sobre mi pequeña mesa.

—¿Qué es eso? —pregunté.

—Te he traído algunas cosas sanas para comer.

—¿Por qué?

—Tienes que alimentarte bien.

—¿Desde cuándo te importa? —La frase se escapó sin ningún filtro.

—Desde que estás esperando un hijo mío. —Su respuesta me golpeó como un puñetazo en el estómago y me dejó completamente avergonzada.

Podrías haberte ahorrado eso, tonta.

—Gracias —murmuré sin tener nada más que decir.

—Espero que te guste la fruta tropical.

—Me gusta.

—Estupendo.

Cerré la puerta, dejándonos a solas, y nos miramos por unos instantes hasta que decidí hablar.

—Iván, mira...

—Yasmin —me interrumpió—. Sé que no está siendo fácil, pero eso no significa que no podamos hacer que esto funcione.

—Necesitamos esforzarnos para eso, ¿no? —Encogí los hombros.

—En realidad, no estoy hablando del bebé.

Sus palabras me hicieron estremecerme de nuevo.

—¿De qué otra cosa podría tratarse?

—De nosotros. —La palabra salió de sus labios con tanta calma y serenidad que casi sonó simple.

—¿Nosotros? —repetí con cierta incredulidad—. No hay un nosotros, Iván.

—Puede haber. Creo que todo lo que ha pasado ya ha demostrado cuánto somos de compatibles.

—¿Compatibles?

—Así es.

—¿Desde cuándo te importa si eres o no compatible con una mujer? Siempre has sido un mujeriego.

—Hablas como si me conociera desde hace mucho tiempo. —Su postura segura e inflexible me hizo estremecer.

—Eso es lo que dicen en el hospital.

—Tú mejor que nadie sabes que hablan demasiado.

—Van a empezar a hablar de nosotros.

—¿No están hablando ya? —Se cruzó de brazos, apoyado en la mesita de mi cocina.

Tragué saliva de nuevo, siendo presionada por él una vez más.

—¿Por qué dices todo esto? —dije varios segundos después, en voz baja y aún vacilante.

—¿Y por qué no?



Ivan

GRAY

Capítulo cincuenta y dos

¿Por qué no?

Me hice esa pregunta toda la noche. Para ser honesto, no paraba de pensar desde la llamada de Cristine hace más de una semana, cuando todos en el hospital se enteraron de que Yasmin estaba esperando un hijo mío.

La atracción por ella era algo que ni siquiera necesitaba esforzarme en negar. Siempre estuvo ahí, incluso antes del sexo en la sala de descanso. Tal vez por eso me metía tanto con ella, más que con cualquier otra enfermera en ese hospital.

¿Pero la calentura no era suficiente para tener una relación?

Para mí, que siempre había huido de las relaciones, parecía aún más difícil responder a esa pregunta. No era solo calentura, íbamos a tener un hijo y sería mejor para él que estuviéramos juntos, al menos si éramos capaces de hacerlo funcionar.

¿Yo podría?

Antes habría jurado que no, pero empezaba a pensar lo contrario y me convencía más de ello a cada momento que pasaba delante de ella.

Yasmin me miró con una mezcla de sorpresa e incredulidad total, como si pudiera jurar que nunca le haría esa proposición. Para ser sincero, ni siquiera yo me lo creería.

—No estoy de humor para jugar... —dijo, dudando después de un largo rato.

—Yo tampoco...

—Entonces no juegues.

—Hablo en serio. O prefieres despertarte desnuda en mis brazos de nuevo preguntando cómo sucedió esto.

—Eso no volverá a ocurrir —dijo con convicción, hinchando el pecho en una postura confiada.

—¿Segura?

—Yo... —se mordió el labio inferior, interrumpiendo su propia frase porque ambos ya sabíamos la verdad.

Me alejé del fregadero en su pequeño departamento y caminé hacia ella, sosteniendo su rostro con una mano y obligándola a mirarme.

—Quiero más. —Recorrí su rostro suave con el pulgar y elevé sus ojos hasta los míos—. Y sé que tú también quieres.

—Eso no es suficiente. —Trató de alejarme, pero nos mantuvimos cerca.

—Puede ser por ahora.

—Pero... —Lo que quisiera decir fue interrumpido por mi beso, silenciando sus labios y domándolos con los míos.

No necesitaba ocultar lo ansioso que estaba por volver a besarla. Esta necesidad se manifestó en la urgencia con que mi lengua dominaba la suya mientras mis manos descendían desde su cintura hasta las torneadas curvas de su culo. Nunca había conocido a una mujer con un cuerpo más delicioso y sensual que el suyo.

—Iván... —murmuró mi nombre, interrumpiendo el beso para recuperar el aliento.

—Si quieres, paro. —Le recordé que estábamos lo suficientemente sobrios como para elegir no tener sexo, aunque no era lo que yo quería.

—¿Y si no quiero?

—Es mejor que tus vecinos no estén en casa. —Bajé la boca, mordisqueando su cuello y haciendo que ella temblara en mis brazos.

Yasmin jadeó cuando mis manos empezaron a explorar sus curvas, contorneando su cuerpo y paladeando las zonas que más llamaban mi atención, aunque todavía estuviera completamente vestida.

—No deberíamos hacer esto —murmuró con su boca aún sobre la mía.

—Ya hemos pasado esa etapa. —Le lamí el cuello, haciendo que se girara.

—Y... Puede ser.

Dejé de racionalizar y cedí al tonto deseo de averiguar de qué color era su tanga.

Mientras la besaba, la llevé a su cama, pensando que tal vez la próxima vez podríamos hacerlo en la comodidad de mi departamento, aunque eso era algo para discutir después.

Le quité la blusa y Yasmin cayó sentada al borde de la cama, haciendo vibrar el colchón mientras yo me quitaba la mía.

No esperó a que diera el siguiente paso, deslizó sus dedos por la cintura de mis pantalones y los bajó.

Me detuve, observando lo que iba a hacer hasta que Yasmin bajó mis pantalones y metió las manos dentro de mi bóxer. Mi verga palpitó con un deseo desenfrenado al ser envuelta por sus dedos suaves.

Gemí un poco más fuerte y ella levantó la cabeza, mirándome con expresión recriminatoria.

—Cuidado con mis vecinos.

—Está bien —murmuré—. Solo hazlo rápido...

—¿Quién dijo que te la voy a chupar? —Se burló de mí.

—Oh, no me provoques en vano.

—¿Provocar?

—Yasmin...

Se rió, se inclinó hacia delante y yo le pasé los dedos por los mechones rizados de su pelo. Solo quedé satisfecho cuando por fin abrió la boca y me envolvió. Mis ojos se volvieron hacia atrás.

Oh... ¡Wow!

Yasmin sabía muy bien lo que hacía y el placer creció dentro de mí de forma increíble. Usó su lengua, sus labios y toda su boca hasta llevarme al límite del control.

—Yasmin... —Traté de advertirle, pero siguió adelante y pronto fue demasiado tarde.

Yo jadeaba y estaba entumecido cuando ella se apartó, limpiándose mi semén de la comisura de su carnosa boca con las yemas de los dedos, ajena a lo que acababa de ocurrir.

Tan pronto como recuperé el control de mi cuerpo, la empujé suavemente por los brazos y la hice recostarse en la cama. Había una voz en el fondo de mi cabeza que me decía que, aunque estaba loco por tener sexo, necesitaba recordar que ella estaba embarazada y cuidar de no hacerle daño.

La acomodé en el centro de la cama y me recosté sobre ella. Volví a besarla mientras mis manos descendían por sus muslos y le quitaban los pantalones.

—Iván... —murmuró mientras yo mordisqueaba y chupaba su cuello.

Sus uñas se clavaron en mi espalda y bajaron hasta la base de mi cintura mientras la penetraba lentamente.

Gemimos juntos mientras le tomaba las manos y las apretaba contra el colchón, sujetándolas mientras empezaba a moverme.

Yasmin me rodeó la cintura con las piernas, haciéndome penetrar más y más rápido. Podría haber llegado al clímax, pero estaba ansioso por más, y pronto los gemidos de ella me indicaron que había alcanzado el orgasmo, pero no paré hasta llegar al mío por segunda vez.



Yasmin
JACKSON

Capítulo cincuenta y tres

Aún estaba embriagada, con el corazón acelerado y la vista completamente desenfocada cuando Iván se acostó a mi lado en la cama y me abrazó contra su pecho. Sin pensarlo mucho, solo me acomodé en él, escuchando las frenéticas palpitaciones que resonaban en su torso.

No sé exactamente cuánto tiempo pasamos en esa posición y no parecía importar. Quería poder quedarme allí, lo admitiera o no, me hacía sentir bien.

Cuidado...

Había una vocecita molesta que susurraba en el fondo de mi mente e intentaba recordarme que no todo era un maravilloso cuento de hadas.

—¿Qué significa esto? —Apoyé ambas manos en su pecho y levanté la cabeza para mirarlo.

—¿Esto? ¿El sexo?

Negué con la cabeza.

—Nosotros...

Abrió la boca, a punto de responderme, pero antes de que pudiera hacerlo, hice hincapié en algunos puntos sobre los que necesitaba reflexionar.

—Puede parecer lo mejor, pero si no funciona...

—¿Cómo sabremos si va a funcionar o no si ni siquiera lo intentamos? —replicó, metiéndome en una situación desconcertante otra vez—. Si no funciona, al menos lo habremos intentado.

—¿Así de simple? —Levanté las cejas, aún cuestionándolo.

—¿Tiene que ser complicado?

No respondí. En lugar de eso, me levanté y fui hacia mi armario, buscando un kit de

recolección que sabía que había guardado en algún lugar por allí.

—¿Qué haces? —Se levantó y vino detrás de mí cuando se dio cuenta de que había encontrado el kit.

—Sacándome sangre. —Me había atado el brazo y estaba a punto de clavarme la aguja, hasta que él la sujetó, interrumpiéndome.

—¿Por qué haces esto? ¿Estás loca? No puedes salir lastimándote así.

—He extraído mucha sangre en mi vida.

—De pacientes, no tuya.

—Pero...

—¿Por qué intentas hacer esto? —Frunció el ceño, completamente confuso.

—Podrá tomar mi muestra y enviarla para una prueba de ADN. Ya deberían poder identificar al feto en mi sangre. Déjame...

—No. —Tiró la aguja.

—¡Eh! Era la única que tenía.

—No la necesitarás.

—¿Por qué no?

—No tienes que hacer el examen.

—¿Vas a esperar a que nazca el bebé? ¿Prefieres postergar todo esto?

—No quiero hacer el examen ni ahora ni después.

—¿Qué? —Retrocedí, dejando caer el resto del kit que sostenía en el suelo—. ¿Por qué no?

—Confío en ti, Yasmin.

Permanecí en silencio, preguntándome si podía creer que realmente había cambiado de opinión después de todas las exigencias que me había hecho.

—Debí haber confiado desde el principio, solo espero que me perdones por eso.

—Sabes que las probabilidades de que nazca negro como yo son altas.

—Lo sé —respondió con calma.

—Nunca puedes estar completamente seguro... —insistí, tratando de ver si realmente lo comprendía.

—Estoy seguro —afirmó, con una convicción tan firme en sus ojos que comencé a creerle—. Te prometo que no voy a cambiar de opinión.

—Pero si después haces algo que lo lastime...

—No lo haré —interrumpió Iván, envolviendo mi cintura y acercándome hacia él. Selló su promesa con un beso, dejando claro que no tenía intención de fallarme.



Ivan

GRAY

Capítulo cincuenta y cuatro

Ya casi era de noche cuando salí de la casa de Yasmin, y no volví a revisar mi celular hasta que llegué a mi auto, que había dejado estacionado en la calle. Tenía varias llamadas perdidas y mensajes de mi hermano, pero sabía de qué quería hablar. Al fin y al cabo, no hablaban de otra cosa.

Solo esperaba que pronto encontraran otro tema para chismosear.

Ian:

¿Te encuentras bien?

No responde a mis llamadas ni a mis mensajes.

Sé que no estás en el hospital, ¿qué ha pasado?

Iván:

Fui a ver a Yasmin.

Ian:

¿Y todo está bien con ella? ¿Y con el bebé?

Iván:

Sí.

Ian:

Eso es una buena noticia, me deja más tranquilo.

Iván:

Creo que acabé tomando la decisión correcta.

Ian:

Créeme, no querrías darte cuenta de que te perdiste parte de la vida de tu hijo sin estar ahí.

Iván:

No solo por el bebé, también por Yasmin.

Ian:

¿A qué te refieres?

Iván:

Quiero estar con ella.

Ian:

¿Te gusta?

Iván:

No estoy seguro...

Ian:

¿Cómo no?

Iván:

Es complicado. Siempre eras tú el que llevaba las novias a la casa. Yo nunca tuve relaciones que duraran más de dos días, pero con ella es diferente.

Ian:

¿Crees que actúas así por el bebé?

Iván:

No, pero ¿y si es así?

Ian:

No hay nada de malo en querer formar una familia.

Iván:

Soy pésimo en esto.

Ian:

¿Pésimo? Si nunca lo has intentado.

Iván:

¡Exacto!

Ian:

No es tan difícil.

Iván:

Para ti.

Ian:

Solo tienes que amar.

Iván:

¿Y si fracaso?

Ian:

No pasa nada.

Iván:

Gracias.

Ian:

Jajaja. Hermano, todos fallamos. Yo fallé un montón con Priscilla, y sigo fallando. La cuestión es cuánto estamos dispuestos a corregir nuestros errores y a hacer lo mejor que podamos.

Iván:

¿Y si no funciona?

Ian:

Sigue intentándolo.

Respiré hondo mientras encendía el auto. Me habría quedado más tiempo con Yasmin, pero necesitaba prepararme para una operación que tenía al día siguiente.

Siempre había sido el tipo que intentaba hacer todo perfecto, pero desde que supe que Yasmin estaba embarazada, me di cuenta de que cometía muchos errores.

Aun así, Ian tenía razón: si me arriesgaba y me esforzaba, quizás mi futuro podía ser con ella.



Yasmin
JACKSON

Capítulo cincuenta y cinco

—¡Espera! ¿Me estás diciendo que están teniendo sexo! —Jasmine soltó un grito desde el otro lado de la línea mientras yo me acomodaba en el sofá para seguir la conversación por teléfono. Sabía que mi hermana perdería la cabeza si se enteraba de mi extraña relación con Iván. El problema es que se pondría aún más furiosa si no se lo contaba.

—Eh... Bueno...

—¿Qué? —Pude sentir su confusión a través del teléfono, como si pudiera ver sus ojos entrecerrados en señal de duda.

—No puedo explicarlo bien.

—¡Oh, vamos, Yasmin! No necesito explicarle a mi hermana pequeña lo que es tener sexo porque ella lo sabe todo.

—No es de eso de lo que hablo. —Me incliné hacia adelante, sujetando el teléfono con una mano mientras apoyaba la otra en mi rodilla.

—Entonces, explícamelo bien.

—Parece que él quiere algo más...

—Menos mal que las embarazadas no pueden quedar embarazadas otra vez. —Soltó una risita.

—No... No... Es más bien una relación —murmuré, mordiéndome el labio inferior mientras reflexionaba.

—¿Yaya, bebiste? Sabes que no puedes, ¿no?

—No bebí.

—¡Entonces habla claro, carajo!

—¡Lo estoy haciendo!

—¡No, no lo estás! Parece que te has tomado una copa o que aún no te has levantado de la cama.

—Es confuso, ¿okay? Estoy confundida... —admití, sintiendo que mi cuerpo se desplomaba, como si el peso del mundo estuviera sobre mis hombros.

—El tipo quiere estar contigo. ¿Qué tiene eso de confuso? —Si estuviera delante de mí, tendría las manos en las caderas y los labios torcidos en señal de recriminación.

—Eso no es exactamente lo que dijo...

—¿Y qué dijo?

—Quiere intentarlo, para ver si funcionamos juntos... El idiota nunca ha tenido una novia.

—Y tú serás la primera. ¿No deberías sentirte especial?

—Solo porque estoy embarazada.

—Todos las parejas se unen por alguna circunstancia. Creo que está siendo honesto al decirte que quiere ver si funcionan, porque así son las relaciones, experiencias... pruebas.

—Pero tú y Harold...

—No siempre es color de rosa. Pero las relaciones son así, hermana. Nos esforzamos todos los días para que funcione.

—¿Y si aun así no funciona?

—Solo lo sabrás si lo intentas.

—Eso es lo que dijo él.

—¿Ves? Es un tipo listo.

—¿Listo?

—¿De qué tienes miedo, Yasmin? Lo peor ya ha pasado, estás embarazada de ese idiota.

—Yo... —Respiré hondo—. Tengo miedo de que me rompa el corazón.

—Ah, hermanita, todos en el mundo, en cualquier relación, siempre corren ese riesgo.

Eso no significa que dejemos de relacionarnos.

—Me siento como una tonta... —Confesé

—Todo irá bien.

—Eso espero. —Inspiré, eché el cuerpo hacia atrás y me desplomé contra el respaldo del sofá.

—Si hace alguna pendejada, lo arreglo con un sartenazo en su cabeza —dijo con un tono confiado que me hizo reír a carcajadas.

—Lo recordaré.

—Siempre defendiendo a mi hermana pequeña.

—Gracias, Jasmine.

Oí que alguien hablaba con ella al otro lado de la línea, no pude identificar cada palabra con exactitud, pero supuse que necesitaba resolver algo en el restaurante.

—Hermana, necesito atender a un proveedor.

—Ve tranquila.

—Hasta luego.

—¡Nos vemos!

Colgué la llamada y permanecí sentada en el sofá.

Mi hermana tenía razón, ninguna relación en el mundo viene con un certificado de garantía o un acuerdo que diga que durará para siempre y la verdad era que temía más por mí que por el bebé.

Quería a Iván, pero tenía miedo de que acabara cambiando de opinión sobre mí.

Solo lo sabrás si lo intentas...

Era una verdad que ya no podía ignorar.



Ivan

GRAY

Capítulo cincuenta y seis

Salí del cuarto de un paciente después de hablar con él sobre los resultados de unos exámenes y la perspectiva de su caso. Había sufrido un traumatismo al caerse de una escalera mientras arreglaba el techo, pero yo estaba convencido de que no necesitaba cirugía. Con un poco más de tiempo en el hospital, el hinchazón en su cabeza bajaría y podría irse a casa.

El doctor Xavier estaba a cargo del caso, un excelente neurólogo que lo seguiría monitoreando y me mantendría informado. Pero, al menos por ahora, la cirugía estaba descartada.

—¡Iván!

Me di la vuelta al oír mi nombre y vi a Cristine caminando hacia mí. Se apresuró hasta detenerse frente a mí.

—Doctora Clarck.

—Tengo algo para ti.

—¿Para mí? —Alcé las cejas, con cara de confusión.

—Sí... En realidad, es para el bebé.

—Ah... okay.

Mi amiga sacó un paquete de regalo de su bata, con un gran lazo azul, y me lo extendió.

—¿Puedo abrirlo?

—Claro.

Desenvolví el paquete y encontré un estetoscopio de juguete, hecho de un material suave que podía ser mordido.

—¿Un mordedor?

—Para la nueva generación de médicos Gray.

—El bebé aún no ha nacido.

—Pero alguien tiene que seguir la tradición familiar. —Se encogió de hombros.

—Gracias, gracias. —Sonreí mientras guardaba el regalo.

—Espero que a Yasmin le guste.

—Seguro que sí.

Su dispositivo empezó a sonar y Cristine se inclinó para ver qué era.

—Tengo que irme —dijo mientras se giraba para mirarme.

—Que tengas buen trabajo.

—Tú también.

Era extraño y sorprendente pensar en lo natural que se estaba volviendo para mí la idea de ser padre. Todavía hablaban de eso en el hospital, no había surgido otra noticia que desplazara esa. Sin embargo, cada vez que me felicitaban en los pasillos, lo agradecía.

Tener un hijo ya no era algo que me aterrorizara, al contrario.

Durante mucho tiempo creí que mi gemelo era el único con vocación de tener una familia, pero parecía que me equivocaba.

En cuanto volví a mi despacho, contesté a unos cuantos correos electrónicos y envié un mensaje a Yasmin, sorprendiéndome al notar lo ansioso que estaba por su respuesta.

Había pensado durante tanto tiempo que era incapaz de involucrarme con alguien que lo acepté sin cuestionármelo siquiera.

Iván:

¿Qué tal?

Dado el tiempo que tardó en contestar, pensé que estaría de guardia o durmiendo.

Yasmin:

Bien.

Iván:

¿Y el mareo?

Yasmin:

Cada vez molesta menos.

Iván:

Eso está bien.

Yasmin:

Pues sí.

Iván:

¿Has tomado tus vitaminas? ¿Necesitas que te compre algo?

Yasmin:

Las estoy tomando, no hace falta. Estoy bien.

Iván:

Solo me preocupo.

Yasmin:

Lo cual es bastante extraño viniendo de ti.

Iván:

Últimamente he descubierto muchas cosas extrañas, lo que no significa que sean malas.

Yasmin:

Tienes razón.

Iván:

¿Cuándo tienes libre?

Yasmin:

¿Por qué?

Iván:

Pensé en verte en mi departamento, para un almuerzo o una cena.

Yasmin:

¿En tu departamento? ¿Por qué no en un restaurante?

Iván:

El restaurante no permite la intimidad que me gustaría.

Yasmin:

¡Pervertido!

Iván:

Si no quieres, puedo pensar en otra cosa.

Yasmin:

Voy a tu departamento mañana en la noche.

Iván:

Estupendo.

Yasmin:

Necesito ver a un paciente ahora.

Iván:

Está bien, llámame si necesitas algo.

Yasmin:

Sí.

Estaba preocupada por ella y darme cuenta de ello me sorprendió aún más.

No es que fuera un tipo frío que no se preocupaba por nada ni por nadie. Tenía a mi hermano, a mis padres e incluso a Cristine, que de alguna manera la veía más como otro hermano, pero cuando se trataba de mujeres, solo las veía para tener sexo... Al menos así era antes de que todo sucediera.

No fue tan terrible como pensé que podría ser y en el fondo estaba disfrutando de cómo iban las cosas.



Yasmin
JACKSON

Capítulo cincuenta y siete

Tomé un auto de aplicación para ir al apartamento de Iván. Preferí no ir en autobús para evitar llegar sudada o con el cabello desarreglado. La verdad es que me estaba preocupando por la imagen que mostraría, aunque la tensión en mi estómago seguía aumentando.

—No sabré si va a funcionar si no lo intento —me repetí.

—¿Ha dicho algo, señorita? —preguntó el conductor.

—No. Solo pensé en voz alta.

—Ah... Okay.

—Buenas noches. —Abrí la puerta del coche y salí a la calle.

Me ajusté la correa del bolso y respiré hondo.

Podía escuchar el sonido del mar y supe que no estaba lejos. Sin embargo, la calle tenía un aspecto completamente diferente al de donde vivía. No podía esperar menos de uno de los médicos mejor pagados del San Rose. Él ganaba cifras de siete dígitos al año, algo infinitamente distante de mi sueldo.

Una parte de mí se sintió un tanto intimidada, mientras que la otra trató de recordarme que eso no era importante en ese momento. No iba a echarme para atrás solo porque él vivía en un departamento lujoso. Después de todo, siempre supe que era un Gray.

Me acerqué al edificio y entré en el exquisito hall de entrada, con un suelo de piedra oscura que reflejaba la enorme araña de cristal del centro.

—¿Señorita? —llamó el hombre que estaba detrás del mostrador.

—Sí. —Me acerqué a él.

—¿A dónde va?

—Ah —murmuré—. Voy al ático a ver a Iván.

—Iván Gray, ¿verdad?

Asentí con la cabeza.

—Yasmin... Yasmin Jackson.

—Correcto. —El hombre bajó la mirada, como si estuviera revisando alguna anotación —. Él ya autorizó tu entrada. Puedes subir.

—Gracias.

—Es el piso treinta y cinco, por si no lo sabías.

Volví a darle las gracias con una inclinación de cabeza y entré en el ascensor.

Mi corazón no debería estar acelerado, ¿verdad*?*

En cuanto se abrieron las puertas metálicas del piso de Iván, sentí un olor agradable, parecía marisco asado y el condimento era lo suficientemente ligero como para no hacer que mi estómago de embarazada se revolviera.

Me dirigí a la única puerta en el pasillo, pero antes de que pudiera tocarla, esta se abrió.

—Hola, Yasmin. —Iván me recibió con una amplia sonrisa que me sorprendió.

—¿Adivinaste que venía? —pregunté torpemente.

—Me gustaría decir que sí. —Rió—. Pero no fue exactamente así. —Señaló una cámara en el pasillo, lo que me hizo suponer que me había visto llegar.

—¡Ah!

—Entra. —Me rodeó la cintura con la mano y tiró de mí hacia dentro, cerrando la puerta tras nosotros.

A diferencia de mi departamento, la sala de Iván era amplia y espaciosa, con un gran balcón que daba vista al mar. También había un pasillo que, supuse, conducía a los dormitorios.

—¿Vives aquí solo?

—Sí —frunció el ceño, sorprendido por mi pregunta—. ¿Por qué?

—Por nada.

Sacudí la cabeza, lo miré más de cerca y me sorprendió ver que llevaba un delantal.

—¿Estabas cocinando? —Me quedé de piedra.

—Sí.

—Te estás burlando de mí.

—No. —Iván se rió—. Es una especie de hobby.

—¿Hobby?

—Una forma de ejercitar mis habilidades manuales y relajarme un poco. He hecho pasta con salsa blanca y ternera, espero que te guste.

—¡Wow!

—¿Qué pasa?

—No pensé que tú...

—¿Que me gustara cocinar?

Asentí con la cabeza.

—Aún hay algunos detalles que te faltan por descubrir de mí.

—Espero que sean tan buenos como este.

—Yo también. —Me puso la mano en la cintura y me condujo a la gran y hermosa mesa de cristal opaco con sillas de color crema.

Iván sirvió la cena, junto con una refrescante botella de jugo de piña con menta.

Se sentó a mi lado, esperando a que probara la primera mordida. Masticaba lentamente, saboreando el plato, y luego tomé más, tragando de golpe.

—¿Qué te parece?

—Está muy bueno... cocinas bien.

Iván se rió.

—Gracias.

Ambos nos concentramos en nuestros platos. Mientras comíamos, él me pasó una pequeña caja abierta, despertando mi curiosidad.

—¿Qué es esto?

—Nuestro bebé ya ha recibido un regalo.

—¿Ah, sí? —Abrí la caja, encontrando un adorable estetoscopio de goma, un mordedor para bebé—. ¡Qué lindo!

—Fue la doctora Clark quien me lo dio.

—Ah, ella es un amor.

—Sí —aceptó.

No debería haber preguntado, lo mejor era no meterme en eso, porque podría salir lastimada en una relación que aún ni siquiera había comenzado.

—Parecen bastante unidos tú y la doctora.

—Y lo somos —respondió con una naturalidad que me desarmó.

Deberías haberte callado, Yasmin.

—No de la forma en la que estás pensando. —Iván pareció notar los celos en mis ojos, aunque traté de disimularlos—. Fuimos compañeros en la universidad. Éramos amigos, y fui yo quien la convenció de venir al San Rose, a pesar de que su madre hizo carrera en Miami.

—¿Su madre también es médica?

—Sí, es una gran neurocirujana.

—Angel Clark, seguramente has oído hablar de ella.

—¡Wow, impresionante!

Iván movió la cabeza afirmativamente mientras empujaba los platos vacíos al otro lado

de la mesa.

—¿Qué tal si ahora hablamos de nosotros?

—Iván…

¿De verdad me estoy haciendo la dura? Parecía una locura considerando lo mucho que deseaba lanzarme a sus brazos.

—¿Postre?

—¿Qué preparaste? —Consideré sus habilidades para hacer dulces, pero no era de eso de lo que hablaba.

Se inclinó hacia mí, rozando sus labios con los míos de una forma que me provocaba escalofríos y aumentaba la tensión entre mis piernas.

—Estoy pensando en este tipo de postre. —Mordió mi labio inferior, haciéndome cerrar los puños mientras una ola deliciosa de escalofríos me recorría, a pesar de que hacía bastante calor, considerando la temperatura típica de Miami.

Dejé escapar un suspiro como respuesta, no había necesidad de decir nada. Aunque hubiera empezado, Iván seguramente me habría hecho callar con el peso de su boca sobre la mía.

Rodeé sus hombros con mis brazos e intensifiqué aún más el beso, sintiendo cómo su lengua envolvía la mía mientras la oleada de calor se hacía aún más intensa.

Nuestro beso duró unos instantes más hasta que Iván deslizó su boca hacia mi oído, provocando que todo ese calor se interrumpiera con una deliciosa oleada de frío que me envolvió aún más.

—¿Te gusta la piscina?

—¿Piscina? —Estaba completamente confundida—. ¿Por qué quieres saber eso ahora?

—Pensé en que podríamos ir.

—No traje ropa para la piscina.

—¿Quién dice que necesitas ropa? —Su mirada traviesa me desconcertó por completo.

—¡Iván!

Se rió antes de levantarse y tenderme la mano.

—Ven.

No vi motivos para decir que no. Simplemente entrelacé mis dedos con los suyos y dejé que me guiara a través de las puertas de vidrio, que yo había pensado que daban a un pequeño balcón. Sin embargo, en su lugar había una piscina reflejando las luces de la ciudad y, sobre todo, la luna menguante.

—¡Wow! Todo esto solo para ti.

—Todo esto es para nosotros —me corrigió, haciendo que mis mejillas se sonrojaran un poco.

Con un departamento increíble como ese, nadie consideraría ir a un hotel de lujo.

Iván se puso de pie frente a mí, y lo observé mientras se quitaba el delantal y luego el resto de la ropa.

Humecedí mis labios mientras mis ojos recorrían su cuerpo hasta llegar a la unión de sus muslos. Era un hombre increíblemente atractivo, del tipo que me provocaba solo con mirarlo.

Iván me sonrió al notar que lo estaba mirando fijamente.

—¿Qué pasa? —Me acomodé torpemente un mechón de pelo detrás de la oreja.

—No es justo.

—¿Cómo?

—Que solo yo esté sin ropa.

—Ah...

—¿Quieres que te ayude? —Estiró las manos para tocarme la cintura.

¿Por qué no?

Asentí con la cabeza.

Las yemas de los dedos de Iván subieron por los costados de mi cuerpo, encendiendo aún más las oleadas de deseo dentro de mí, hasta que me quitó el vestido. Lo dejó sobre una reposera al lado de la piscina y me atrajo hacia él, mordiendo mi cuello.

¡Ahhh!

—Ya conoces mis manos —dijo con la boca aún en mi oreja—. No son solo para operar. —Me pasó los dedos por el vientre hasta bajarme las bragas.

—¿Seguro?

Asintió con la cabeza.

Sus dedos comenzaron a moverse sobre mi vulva, provocándome hasta que tiré la cabeza hacia atrás.

Me hizo temblar hasta que se detuvo, y solté un gemido de frustración.

Iván se rió al quitarme la ropa interior y dejarla sobre mi vestido.

El sostén fue la última prenda que salió de mi cuerpo antes de que yo rodeara su cuello con los brazos y lo atrajera para otro beso.

—Aún no estamos en la piscina —murmuró en mi boca.

—Tenemos toda la noche para eso.

—Eso me gusta. —Sonrió antes de volver a besarme.

Nuestras lenguas se entrelazaron mientras frotaba mi cuerpo desnudo contra el suyo, deseosa de más.

Sus manos grandes, firmes y pesadas trazaron mis curvas, de modo que la intensidad de nuestro beso aumentó y mi boca se volvió seca y entumecida.

Iván dio unos pasos hacia atrás antes de soltarme y caer en la piscina, salpicándome con una ola de agua antes de que pudiera entrar.

—Acompáñame. —Me hizo un gesto para que me uniera a él.

—El agua parece fría... —Me estremecí.

—Yo te caliento. —Sus palabras y su mirada definitivamente me calentaron, pero de una manera mucho más traviesa.

Metí el dedo del pie en el agua, midiendo la temperatura, pero antes de que pudiera apartarme, Iván me agarró de la pierna y tiró de mí.

—¡Cuidado! —grité, temiendo hundirme, pero mi cabeza no llegó a sumergirse porque él me sostenía en sus brazos.

—Confía en mí —murmuró—. Cuidaré bien de los dos.

—¿Los dos?

—Sí. —Puso su mano en mi vientre, que ya había crecido considerablemente—. Los dos.

Sonreí y tiré de Iván para darle un beso.

Me acomodó en su regazo, haciéndome flotar en el agua hasta que mis piernas se enredaron en su cintura. Sentí su erección rozar mi cuerpo mientras frotaba mis pechos contra él en una súplica silenciosa.

Con una mano en mi cintura, Iván utilizó la otra para introducir su verga dentro de mí.

—¡Ah! —gemí con mi boca en su húmedo cuello.

—Cómo me calientas… —me dijo, apoyándose en la pared de la piscina para facilitar el movimiento.

Nunca había practicado sexo en el agua y resultó mucho más delicioso de lo que podía imaginar.

Me dejé llevar por la intensa niebla de placer mientras él se movía cada vez más rápido, provocando ondas en el agua que temblaba a nuestro alrededor. A Iván no parecía importarle en lo más mínimo, su boca estaba firmemente pegada a mi piel, sus dientes rozaban mi cuello y la fricción me volvía cada vez más loca.

Todo mi exterior se estremeció cuando me llevó al límite con un orgasmo.

Iván soltó una risita baja, apoyando su boca en la mía mientras jadeaba.

—Necesito cinco minutos.

—¿Cinco minutos para qué?

—Para hacerlo de nuevo.

Me reí, empujándolo hacia atrás y haciendo que nadara detrás de mí.



Ivan

GRAY

Capítulo cincuenta y ocho

Unos meses después...

—¿Crees que le gustará? —Saqué la caja del bolsillo y le enseñé a mi hermano el anillo de compromiso.

Había aprovechado un momento libre en la consulta de pacientes para escaparme hasta su oficina en la administración y tener esa conversación seria que me tenía tan tenso. Me sentía como un adolescente frente al primer gran desafío de su vida.

—Es un anillo precioso. —Ian me sonrió como si no hubiera motivo para que estuviera tan tenso.

—Debería haber hecho esto antes, ¿no? Supongo que lo dejé para demasiado tarde.

—¿De qué hablas, Iván? —Se inclinó sobre la mesa para verme mejor.

—Nuestro hijo podría nacer en cualquier momento a partir de la semana que viene.

—O podría retrasarse un poco —comentó, recordando a su propio hijo, que había nacido dos semanas antes por cesárea, porque Priscilla ya había cumplido cuarenta y una semanas y no había señales de que entrara en trabajo de parto.

—Aun así...

—Hermano. —Me sonrió—. El mejor momento es cuando te sientes listo, y parece que ahora lo estás.

—Sí... —Respiré aliviado.

—Si la quieres, será un buen momento.

—La amo.

Nunca pensé que diría eso sobre ninguna mujer, pero Yasmin había cambiado mi vida desde que quedó embarazada en un desliz que ambos cometimos. Quizás no fue tanto un desliz,

ya que la atracción siempre fue mutua, pero ninguno de los dos lo quería admitir.

Mi celular empezó a sonar, y me sorprendió ver que era ella. Se suponía que estaría de guardia esa noche y nos veríamos al día siguiente. Yasmin había insistido en trabajar hasta el último momento, y yo no quise intervenir.

—Hola...

—¡Ven al Miami! —dio un grito al otro lado de la línea que me sorprendió.

—¿Qué es lo que pasa?

Ian se levantó de la silla, preocupado, pero le hice un gesto a mi hermano para que esperara.

—¡Rompí bolsa!

—¿Pero no era para la próxima semana?

—Parece que no... ¡Ay! —Otro grito de ella hizo que se me encogiera el corazón—. Las contracciones están siendo más frecuentes. Creo que el bebé nacerá en unas horas, tienes que venir.

—¡Ya voy! —Guardé el anillo de nuevo en el bolsillo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Ian cuando desconecté la llamada.

—Mi hijo va a nacer.

—¿Ahora?

—Supongo que sí. Tengo que irme.

—Avisaré que saliste.

—Gracias.

Salí de la oficina de mi hermano directo al estacionamiento. El hospital donde trabajaba Yasmin estaba a media hora del San Rose, pero el trayecto me pareció eterno.

Entré en recepción todavía con el uniforme de quirófano y la bata de laboratorio, sin molestarme en cambiarme.

—Doctor... —La mujer de la entrada no me reconoció.

—Yo no trabajo aquí.

—¡Ah! —Se relajó al darse cuenta de que no había olvidado a ningún médico de allí—. ¿En qué puedo ayudarlo? Recursos humanos...

—No he venido a buscar trabajo, mi novia va a dar a luz aquí. Trabaja en enfermería.

—¿Por qué no lo dijo antes?

Tuve que controlarme para no gritarle, pero me calmé cuando me dio una credencial de visitante y me dejó pasar.

—Los partos son en el séptimo piso...

Eso fue lo último que escuché antes de dirigirme al ascensor y presionar el botón hacia el piso indicado. Mientras se detenía en otros pisos, mi ansiedad aumentaba, hasta que finalmente llegué.

Bajé con otros profesionales y miré de un lado a otro buscando a Yasmin.

—¿Yasmin?

Era un pasillo largo con varias puertas y no parecía apropiado ir llamando a todas.

Antes de llegar a su puesto, una de las enfermeras se dirigió hacia mí y me examinó durante unos instantes. Sin embargo, su análisis se vio pronto interrumpido por mi desesperación.

—¿Dónde está Yasmin?

—Ah, eres el médico novio de ella. Mucho más guapo que en las fotos de internet.

—¿Dónde está? —Apreté los dientes, ignorando aquel comentario.

—En la sala de partos número nueve.

Pasé junto a ella sin esperar a que dijera algo más y busqué el número en la puerta.

—¿Yasmin? —Llamé a la puerta.

—Iván.

Abrí la puerta y la encontré con la bata del hospital, el cabello suelto y la frente cubierta de sudor. Su expresión dejaba claro que estaba sintiendo dolor.

—¡Llegué tan rápido como pude!

—Gracias...

Me acerqué a ella y le pasé un mechón de pelo por detrás de la oreja.

Yasmin suspiró y yo me incliné para rozar ligeramente sus labios con los míos en un gesto de afecto.

—¿Qué quieres que haga?

—Por ahora solo toma mi mano. —Entrelazó sus dedos con los míos, apretándolos con fuerza mientras soltaba un grito de dolor.

—¿Una contracción?

Asintió con la cabeza.

—¿Cuál es el intervalo?

—Diez minutos.

Aún sosteniéndole la mano, miré a mi alrededor para ver si había alguien más en la sala que no hubiera notado en medio de mi nerviosismo.

—¿Dónde está la doctora?

—Fue a ver a otra paciente, pero ya vuelve.

—¿Cómo estás?

—Estoy... —Apretó mi mano con todas sus fuerzas otra vez.

—No han pasado diez minutos.

—No... Creo que no.

—¿Por qué no te acuestas? —Le señalé la cama en el centro de la sala y negó con la

cabeza.

—Estoy mejor de pie.

—¿Segura?

—Sí.

—Voy a llamar a la doctora, deberías ponerte la anestesia ya.

—¡No! —Me tomó de la mano—. Estoy bien.

—No tienes por qué sentir ese dolor.

—Puedo manejarlo.

—¿Segura? —Con la mano libre, le sujeté la cara, haciendo que me mirara.

En cuanto sus ojos oscuros se encontraron con los míos, volvió a sonreír.

—Estoy segura.

—Te amo, Yasmin —confesé algo que debería haber dicho antes, puede que ni siquiera fuera el momento más apropiado, pero sentí que necesitaba decirlo.

—Yo también te amo, Iván.

—¿Quieres casar...

—¡Ay! —Su grito interrumpió lo que iba a decir, y se retorció hasta que la contracción pasó—. ¿Qué querías? —Me animó a continuar, pero antes de que pudiera decir algo más, la doctora entró.

—¿Cómo estás, Yasmin?

—Con dolor. —Mi novia esbozó una sonrisa incómoda.

—¿Quieres la anestesia?

Negó con la cabeza, testaruda.

—Si cambias de opinión, házmelo saber.

—Está bien, doctora.

Con cada nueva ola de dolor, apretaba mi mano y gritaba de una manera que me desesperaba aún más. Yo hubiera preferido que se pusiera la anestesia de inmediato, pero esa decisión era de Yasmin. No sé cuánto tiempo pasó, doce horas fue lo que dijeron después, pero para mí fue una eternidad hasta que el grito de dolor de Yasmin fue reemplazado por el llanto de un bebé.

¡Mi hijo!

¡Nuestro hijo!

Lo acomodaron en el pecho de Yasmin, y yo me quedé a su lado, observándolos. Como sospechaba, se parecía mucho más a ella que a mí, y era tan hermoso como su madre.

—Nuestro bebé —me murmuró Yasmin.

—Sí. —Besé su frente sudorosa y guardé silencio un rato antes de preguntar—. ¿Quieres casarte conmigo?

—¿Qué? ¿Así?

—Sé que debería haber preguntado antes, pero... —Un poco nervioso, intenté buscar la caja en el bolsillo, pero me sudaban los dedos.

—Sí. —Me interrumpió.

—¿Sí?

—Me caso contigo, doctor Gray.

Sonreí y la besé, luego le di un beso en la frente a mi hijo.



Ivan

GRAY

Epílogo

Dos años después...

Era un domingo y estaba en la casa de mis padres. Serví un vaso de limonada, tratando de soportar el calor infernal de esa tarde, y me senté bajo la sombrilla junto a mi hermano gemelo.

A lo lejos, pude ver a Priscilla cerca de los niños, sus dos hijos con Ian y mi hijo pequeño, Stefan. Él tomó un cubo de juguete y se acercó a Yasmin, sentada en una reposera junto a la piscina.

—¡Mamá!

—¿Qué pasó, amor?

—¡Mira!

—¿Te gusta?

—¡Sí!

—Es adorable, ¿no? —Dejé de prestar atención y me giré hacia Ian.

—Los niños son adorables. —Coincidió mi hermano gemelo.

—¿Quién lo hubiera dicho? —Me recosté en la silla y suspiré.

—¿Qué cosa?

—Que un día estaría aquí contigo hablando de niños... de *nuestros* niños.

—Habla por ti. —Se encogió de hombros—. Yo siempre me lo imaginé.

—Quizás yo también debería haberlo imaginado. —Volví a mirar a mi esposa y a mi hijo.

—Lo importante es que estamos aquí. —Mi hermano suspiró.

—Sí, lo importante es que estamos aquí...

—¡Papá! —Stefan se dio la vuelta y vino corriendo hacia mí, tambaleándose un poco, pero sin llegar a caerse.

Me levanté y abrí los brazos para recibirlo.

—Papá...

—Hijo mío... —Le besé la cabeza, feliz de poder llamarlo así.

El autor

Jéssica Macedo, de 27 años, de Minas Gerais, es Sub 30 de Forbes Brasil, la lista de los jóvenes más prometedores del país. Vive en Belo Horizonte, Minas Gerais. Desde su apartamento, en compañía de su marido y de sus tres gatos, produce una serie de libros fantásticos, novelas de época y contemporáneas y, sobre todo, novelas de moda, un verdadero fenómeno editorial entre el público femenino, que se vende a un ritmo intenso en el mercado. plataformas digitales.

Autora de best sellers en Amazon, comenzó su experiencia en el mundo de la escritura a los nueve años y se convirtió en autora a los 14, con el lanzamiento de su primer libro O Vale das Sombras. Con más de 100 obras publicadas, es escritora, editora, diseñadora y guionista. Contribuyó a la adaptación de una de sus novelas Eternamente Minha en un largometraje distribuido en la plataforma Cinebrac. Hoy Jéssica es el nombre principal de un equipo de autoras, en su mayoría mujeres, que integran el catálogo del Grupo Editorial Portal, que fundó a partir de sus experiencias con otras editoriales.

Descubra otros libros del autor en las redes sociales.

Facebook - http://www.facebook.com/autorajessicamacedo/

Instagram - www.instagram.com/autorajessicamacedo/

Sitio web del autor en Amazon: https://amzn.to/2MevtwY

Lea también:



Enlace =>https://amzn.eu/d/bd9Msnk

Sinopsis:

Debería haber sido el día más feliz para una pareja, pero él le rompió el corazón...

Ian Gray es el director general del hospital San Rose, una institución que su familia fundó hace años. Detrás de su apariencia impecable y distante, esconde una herida profunda que lo ha sumergido en un mar de amargura.

Priscilla Menezes tenía el corazón hecho pedazos por el hombre que alguna vez creyó que era el amor de su vida. La dejó plantada en el altar, sin darle una sola explicación, dejándola con un vacío inmenso. Días después, descubrió que estaba embarazada, pero él no quiso escucharla, ni siquiera cuando intentó contarle que iba a tener una hija, fruto de ese amor con el que una vez se ilusionó, pensando que sería eterno.

Nunca imaginó que volvería a ese hospital, ni mucho menos que se reencontraría con el hombre que la destrozó. Sin embargo, un accidente con su bebé la dejó sin opciones, aunque sabía que no estaba preparada para

enfrentarlo de nuevo, ni para lidiar con el dolor de su rechazo.



Enlace =>https://amzn.eu/d/1xiwnwt

Sinopsis:

Un CEO viudo.

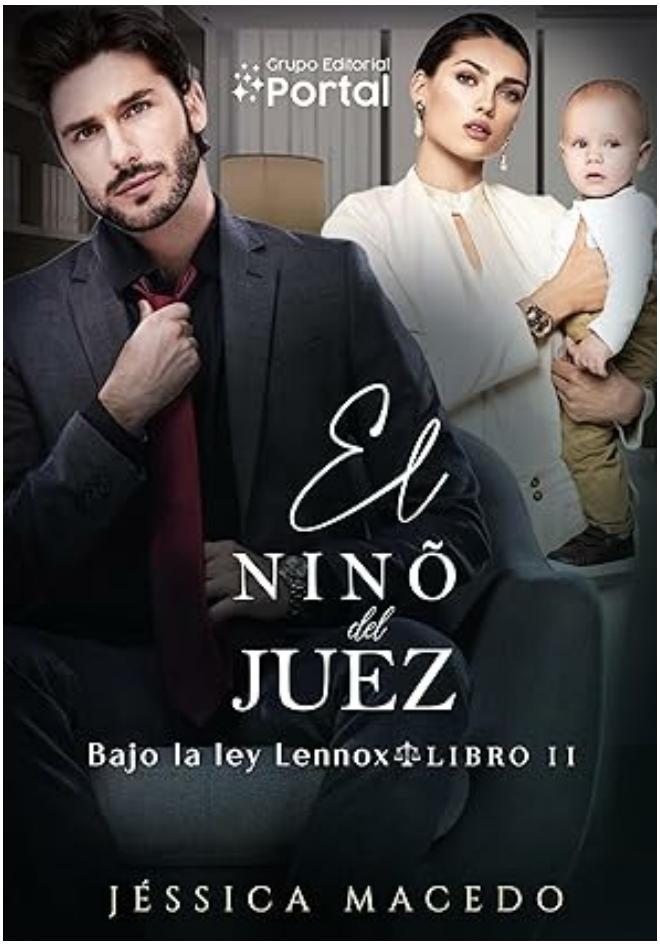
Una maestra de escuela.

Dos niñas gemelas y un plan para tener una mamá.

Tras la muerte de su esposa, Thomas decidió cerrar su corazón para siempre. El director general de Lennox & Associates salió con distintas mujeres solo para satisfacer sus necesidades, pero no estaba dispuesto a tener relaciones profundas. Padre de dos hijas gemelas, guardaba su amor solo para ellas.

Helena Price siempre ha amado a los niños y dedica su vida a enseñarles. Se hizo maestra de guardería infantil y divide su tiempo entre los pequeños alumnos y su anciana abuela, sin pensar en romances.

Las niñas, Anne y Mary, sueñan con tener una mamá y han ideado un plan para unirlos, pero son demasiado ingenuas para entender los misterios del corazón.



Enlace =>https://amzn.eu/d/dFQJAY8

Sinopsis:

Un juez sinvergüenza.

Una abogada recién graduada.

Un hijo rechazado que sacude los cimientos de un hombre.

Tyler Lennox procedía de una familia de gran tradición jurídica y llegó a ser un respetado juez. A diferencia de su hermano mayor, llevaba una vida desenfrenada y se divertía con todas las mujeres posibles.

Tatiana Fisher soñaba con convertirse en una gran fiscal y veía a Deborah Lennox como una inspiración. Conseguir un trabajo como pasante con su más grande modelo a seguir era un gran logro, pero eso la puso en el camino del juez, y Tyler no iba a dejar escapar a la joven pasante de su hermana.

Él rechazó la idea del embarazo, convencido de que el bebé no era suyo, pero los sentimientos pueden cambiar al reencontrarla en la sala de audiencias meses después.

Redes sociales (del editor)

Sitio web del editor: https://grupoeditorialportal.com.br/
Instagram: https://www.instagram.com/grupoeditorialportal/
Facebook: https://www.facebook.com/grupoeditorialportal/
Shopee: https://shopee.com.br/grupoeditorialportal

Grupo Editorial Portal
www.grupoeditorialportal.com.br